

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

Aspiren a cosas grandes



ANO LXII, Número 9 (2.907)

CIUDAD DEL VATICANO

Septiembre de 2025



Sumario

EDITORIAL

Los planes para un «nuevo Oriente Medio»
sin pueblo palestino
ANDREA TORNIELLI en páginas 3-4

La otra guerra
ANDREA MONDA en página 5

CARLO ACUTIS Y LOS JÓVENES

Diálogo del Santo Padre con los jóvenes
en la vigilia del Jubileo en páginas 7-11

a los jóvenes peregrinos egipcios, compañeros de
la joven Pascale en páginas 12-13

misa del Jubileo de los jóvenes Dondequiera que
estéis, aspirad a grandes cosas en página 14-16

Jóvenes en el corazón de la Iglesia

Saludo del Santo Padre León XIV a influencers
y misioneros digitales en página 18-20

Reflexiones sobre la juventud en tiempos mo-
dernos. Hacia un humanismo cristiano
ARTURO LÓPEZ en..... páginas 21-22

Testimonios de los participantes en el Jubileo
de los Jóvenes en..... páginas 23-26

LA IGLESIA EN EL MUNDO

Entrevista con la Nobel de la Paz
Malala Yousafzai
ALESSANDRO GISOTTI en páginas 28-31

Una historia desde Trujillo
del Papa León XIV en tiempos recios
PAOLA UGAZ en páginas 32-36

El cardenal Cupich en Nagasaki en el aniversa-
rio del bombardeo atómico en páginas 37-38

El Borgo Laudato si', un lugar de fe
y cuidado de la creación
LORENA PACHO PEDROCHE en páginas 39-41

Llamamiento de León XIV
en la Jornada de ayuno y oración
por la paz mundial en página 43

DOCUMENTACIÓN

Intervenciones en páginas 67-99



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición
en lengua española

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €
Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

Los planes para un «nuevo Oriente Medio» sin pueblo palestino

Que se respete la obligación de proteger a la población civil, no al desplazamiento forzoso

ANDREA TORNIELLI

El conflicto entre Israel y Palestina siempre ha sido motivo de debate y polarización. El conflicto actual en Gaza y la polémica que lo acompaña han agravado aún más este fenómeno, si es que eso era posible. Gran parte de la sociedad civil de muchos países del mundo está viviendo una polarización acalorada, a veces incluso extrema. Como siempre, no faltan las instrumentalizaciones, las simplificaciones y las aproximaciones que, en un contexto tan complejo, corren el riesgo de confundir y hacer daño. Encontramos este fenómeno en el lenguaje utilizado, en el enfoque extremadamente emocional, en la incapacidad de intentar escuchar al otro.

Al horror de lo ocurrido hace ya dos años, el ataque perpetrado por Hamás, que sigue siendo un acto terrorista inhumano que hay que condenar sin reservas, siguió la previsible reacción israelí. Una reacción desproporcionada, que superó con creces cualquier límite éticamente aceptable, como reconocen no solo numerosas autoridades internacionales, sino también muchas voces dentro del propio Israel y, en general, del mundo judío.

Si analizamos la guerra desatada en Gaza teniendo en cuenta lo que está ocurriendo en el resto de Palestina, en lo que antes se llamaba Cisjordania, no podemos evitar pensar que, además de la reacción a la masacre del 7 de



octubre, hay otros objetivos. La expansión de los asentamientos, las continuas agresiones impunes de los colonos, las declaraciones públicas de algunos ministros del Gobierno israelí que desean el fin de la Autoridad Palestina, la anexión de todos los territorios y la deportación de los palestinos, llevan a pensar que el objetivo va mucho más allá de la eliminación de Hamás o de la garantía de seguridad para el Estado de Israel. En estos días se ha aprobado un nuevo asentamiento en la zona E1 que prácticamente divide en dos ese territorio, así como la amenaza de anexión de la Zona C de los Territorios Palestinos, que, por otra parte, ya está bajo el control total de Israel sin haber sido nunca formalmente anexionada.

En este contexto cada vez más tenso, se publican uno tras otro, primero discretamente y ahora cada vez más abiertamente, «planes»

para un «nuevo Oriente Medio», una especie de nuevo orden en el que, sin embargo, no parece haber lugar para el pueblo palestino. El último de ellos es el plan propuesto para el futuro desarrollo de Gaza, del que se habla estos días. Un plan que prevé la construcción de ciudades «inteligentes» y complejos turísticos de lujo. Por supuesto, se prevé lo que se denomina significativamente «la evacuación voluntaria» de los palestinos. Los cuales, si lo desean, podrán regresar algún día (¡sic!). Y para aquellos que no quieran marcharse, se proyectan «zonas especiales»... Es un plan que se comenta por sí solo. Podríamos haber pensado que se trataba de una historia de ciencia ficción, del argumento de una película fantástica. Sin embargo, por desgracia, parece ser que es cierto.

Es triste constatar la debilidad de la comunidad internacional y de los organismos multilaterales, incapaces de detener esta deriva, a la que se suma el ignorar voluntariamente cualquier convención internacional, el respeto de las normas y los comportamientos morales. El único lenguaje que queda es el de la fuerza, en las palabras antes que en la acción militar.

La Iglesia no tiene armas ni poder para imponer nada. Su única arma es la oración y la fuerza del Evangelio, que nos obliga, sin embargo, a decir una palabra clara de verdad sobre el hombre y la vida del mundo. No se puede construir ningún futuro basado en la fuerza, en la falta de respeto por la vida del hombre, en su aspiración a una existencia digna y segura. Lo deseamos —y lo reiteramos con convicción— para los israelíes, y seguimos pidiendo la liberación inmediata de todos los rehenes que siguen atrapados en los socavones de Gaza, como han hecho en sus llamamientos primero el Papa Francisco y luego el Papa León. Lo deseamos igualmente para los palestinos. Pedimos que los rehenes sean tratados de forma digna y humana, y que al mismo tiempo se trate de forma digna y humana a los palestinos de Gaza. Esperamos que se

establezcan en toda la Franja zonas de no combate, verdaderas zonas francas bajo protección internacional, donde puedan ser acogidos los enfermos, los frágiles y los civiles indefensos.

Las «evacuaciones voluntarias», es decir, los desplazamientos forzados; la destrucción total; las muertes sin fin; los hospitales bombardeados; los asesinatos diarios de quienes hacen cola para conseguir un trozo de pan; el bloqueo de cualquier perspectiva política clara que dé al pueblo palestino dignidad y un hogar en su propia tierra, nunca podrán construir el futuro equilibrio en Oriente Medio. Lo que está sucediendo está, lamentablemente, destinado a crear la próxima generación de odiadores y corre el riesgo de ser la enésima antesala de la enésima ola de violencia futura.

Ciertas propuestas de desarrollo, que imponen a los palestinos un futuro decidido por ellos y tal vez incluso sobre ellos, o peor aún, contra ellos, no son más que una prueba más de arrogancia y ceguera. El futuro de los palestinos solo podrá y deberá decidirse junto con ellos, nunca sin ellos.

La Iglesia, como ya lo está haciendo, seguirá inclinándose sobre las heridas de todos. Seguirá tendiendo la mano a cualquiera que quiera colaborar en la creación de contextos alternativos de vida y dignidad. Siempre tendrá las puertas abiertas a quienes no se rinden a la lógica del odio y la guerra, sino que buscan vías viables para alcanzar la paz. Hace ya varios años que la Santa Sede reconoció formalmente al Estado de Palestina y no podemos permanecer en silencio ante lo que está sucediendo. Hacemos nuestras una vez más las palabras de León XIV, pidiendo que se detenga la barbarie de la guerra, se alcance una solución pacífica al conflicto, se respete el derecho humanitario, se cumpla con la obligación de proteger a la población civil, se prohíba el castigo colectivo, el uso indiscriminado de la fuerza y el desplazamiento forzoso de la población.

A los periodistas no se les permite entrar en Gaza (y quienes lo hacen son asesinados). Pero a algunos influencer sí. Así, la propaganda prevalece sobre la verdad

La otra guerra

ANDREA MONDA

La noticia es alarmante: además de soldados, tanques, bombas y drones, otras personas finalmente han entrado en Gaza para observar el campo de batalla de cerca, desde dentro. Pero no son periodistas, a pesar de meses de solicitudes infructuosas. Quienes han entrado no son periodistas, sino influencers. En particular, algunos influencers israelíes y estadounidenses. Con dolorosa tristeza, podemos afirmar que los periodistas en Gaza no tienen otra opción más que morir: más de 200 han perdido la vida desde el 7 de octubre de 2023.

Por lo tanto, la preocupación surge espontáneamente, junto con algunas preguntas. Porque se trata de dos categorías muy distintas, aunque ambas convergen en el ámbito de la comunicación: si bien los periodistas deben realizar su trabajo con investigación objetiva e imparcialidad, esta condición no se exige a los influencers, quienes siempre son “contratados”, de alguna manera “alistados” en una causa, incluso noble, incluso cuando implica autopromoción. Los influencers son parciales, son propagandistas.

¿Qué significa entonces esta decisión? ¿Que los influencers ahora se consideran más importantes, poderosos e incluso “influyentes” que los periodistas? Y, por lo tanto, surge otra pregunta legítima: ¿quién influye en los influencers? Es decir, ¿quién los recluta? Y, por último: ¿que la prohibición, la prohibición, se impone a la prensa libre, pero no a la propaganda?

La propaganda, como sabemos, es el protagonista negativo de la guerra. De hecho, es, en cierto modo, su causa, su detonante, hasta el punto de que podría decirse que la guerra es la extensión de la propaganda por otros medios. Porque la propaganda ya contiene el virus de la guerra, de la violencia, precisamente por su claridad inquebranta-

ble. La propaganda no ama el claroscuro, sino el blanco y negro. Al responder a la lógica binaria, la propaganda elude la complejidad ofreciendo generosamente la simplificación.

Hoy, esta antigua verdad se hace aún más evidente y perturbadora:

no solo hay una guerra de armas y ejércitos, sino, aún más, una guerra de y en la comunicación. Si en el mundo físico, la violencia se desata entre los hombres, extendiéndose con mayor o menor intensidad, no solo en Gaza, sino por todos los continentes, en el mundo de la comunicación, también “físico”, se agita un tipo diferente de violencia, hecha de palabras utilizadas como armas por un bando, o mejor dicho, una “facción”, contra el otro.

Porque, como podemos observar cada día, el mundo, real y virtual, se ha convertido en un único gran estadio, donde las gradas centrales ya no están, sino que han sido sustituidas por dos enormes, invasivas, omnipresentes, asfixiantes curvas. La lógica ilógica de la afición, con su alma optimista, finalmente ha prevalecido sobre toda mediación, moderación, sentido de complejidad y límites. Es una época de polarización y simplificación, siempre cruda, brutal y salvaje. Sin embargo, solo desde las gradas centrales se puede ver el partido con claridad, se puede intentar comprenderlo en todos sus matices. Pero estas mismas gradas ahora están cerradas e inaccesibles, dejando solo las gradas, gradas muy peligrosas. Peligrosas sobre todo para lo más preciado y frágil que está en juego en la vida humana: la verdad.



DOS NUEVOS SANTOS



Palabras improvisadas antes de la Santa Misa con el Rito de Canonización

¡Buenos días a todos! ¡Feliz domingo y bienvenidos! ¡Gracias! Hermanos y hermanas, hoy es un día de gran alegría para toda Italia, para toda la Iglesia y para todo el mundo. Antes de comenzar la solemne celebración de la Canonización, quería saludarlos y decirles unas palabras a todos ustedes, porque, si bien la celebración es muy solemne, también es un día de gran alegría. Quería saludar especialmente a tantos jóvenes, chicos y chicas, que han venido a esta Santa Misa. Es verdaderamente una bendición del Señor encontrarnos ya que han venido de diferentes países. Es realmente un don de la fe que queremos compartir. Después de la Santa Misa, les pido que tengan un poco de paciencia, espero poder ir a saludarlos a la plaza, ya que ahora están un poco lejos. Espero al menos poder saludarlos. Saludo a los familiares de los dos Beatos, casi Santos, a las delegaciones oficiales, a los numerosos obispos y sacerdotes que han venido. Un aplauso para todos ellos, ¡gracias también a ustedes por estar aquí! ¡Religiosos y religiosas, y a la Acción Católica! Nos preparamos para esta celebración litúrgica con la oración, con el corazón abierto, deseando recibir verdaderamente esta gracia del Señor. Y así sentir en el corazón lo mismo que vivieron Pier Giorgio y Carlo: este amor por Jesucristo, sobre todo en la Eucaristía, pero también en los pobres, en los hermanos y hermanas. También ustedes, todos nosotros, estamos llamados a ser santos. ¡Que Dios los bendiga! ¡Feliz celebración! ¡Gracias por estar aquí!

En la homilía, el Papa invita a seguir
el ejemplo de los dos nuevos santos

Jóvenes, no desperdicien su vida

“Una hermosa celebración para toda Italia, para toda la Iglesia, para el mundo entero”: conmovido por la alegre presencia de ochenta mil fieles reunidos desde todos los rincones del mundo en la Plaza de San Pedro el día en que los jóvenes Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis fueron proclamados santos, León XIV ofreció un saludo improvisado antes de comenzar la Misa con el rito de canonización. Y esas palabras capturan plenamente el significado de la ceremonia que presidió el 7 de septiembre, Vigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario, en el atrio de la Basílica Vaticana, para inscribir en el registro celestial los nombres de “un joven de principios del siglo XX y un adolescente de nuestros días, ambos enamorados de Jesús y dispuestos a darlo todo por Él”, como dijo en su homilía. En su “invitación dirigida a todos nosotros, especialmente a los jóvenes, a no desperdiciar la vida, sino a orientarla hacia arriba y convertirla en una obra maestra”, el Pontífice identificó “la fórmula sencilla pero cautivadora de su santidad”, que es también “el testimonio que estamos llamados a seguir, para disfrutar la vida en plenitud”, añadió, actualizando la reflexión. Además, explicó, “ambos” jóvenes italianos —el primero murió a los 24 años, el segundo a los 15— “cultivaron su amor a Dios y a los hermanos a través de medios sencillos, accesibles a todos: la Santa Misa diaria, la oración, especialmente la Adoración Eucarística”. Publicamos, a continuación, la homilía del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas:

En la primera lectura hemos escuchado una pregunta: «[Señor,] ¿y quién habría conocido tu voluntad si tú mismo no hubieras dado la Sabiduría y enviado desde lo alto tu santo espíritu?» (Sab 9,17). La hemos oído después de que dos jóvenes beatos, Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis, fueran proclamados santos, y eso es providencial. En el libro de la Sabiduría, esta pregunta está atribuida precisamente a un joven como ellos: el rey Salomón.



Cuando murió David, su padre, él se dio cuenta de que disponía de muchas cosas: el poder, la riqueza, la salud, la juventud, la belleza, el reino. Pero esta gran abundancia de medios le había hecho surgir una pregunta en su corazón: “¿Qué debo hacer para que nada se pierda?”. Y había entendido que el único camino para encontrar una respuesta era pedir a Dios un don aún mayor: su Sabiduría, para poder conocer sus proyectos y ad-

sigue, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,27); y agrega: «cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (v. 33). Es decir, nos llama a lanzarnos sin vacilar a la aventura que Él nos propone, con la inteligencia y la fuerza que vienen de su Espíritu y que podemos acoger en la medida en que nos despojamos de nosotros mismos, de las cosas y de las ideas a las que estamos apegados, para ponernos a la

le hizo reflexionar sobre lo que estaba haciendo. Vuelto en sí, dirigió a Dios una pregunta sencilla: «Señor, ¿qué quieres que haga?». [1] Y a partir de allí, volviendo sobre sus pasos, comenzó a escribir una historia diferente: la maravillosa historia de santidad que todos conocemos, despojándose de todo para seguir al Señor (cf. Lc 14,33), viviendo en pobreza y prefiriendo el amor a los hermanos, especialmente a los más débiles y



herir a ellos fielmente. Se dio cuenta, en efecto, que de ese modo todas las cosas encontrarían su lugar en el gran designio del Señor. Sí, porque el riesgo más grande de la vida es desaprovecharla fuera del proyecto de Dios. También Jesús, en el Evangelio, nos habla de un proyecto al que adherir hasta el final. Dice: «El que no carga con su cruz y me

escucha de su palabra. Muchos jóvenes, a lo largo de los siglos, tuvieron que afrontar este momento decisivo de la vida. Pensemos en san Francisco de Asís: como Salomón, también él era joven y rico, y estaba sediento de gloria y de fama. Por eso partió a la guerra, esperando ser nombrado “caballero” y revestirse de honores. Pero Jesús se le apareció en el camino y

pequeños, al oro, a la plata y a las telas preciosas de su padre. ¡Y cuántos otros santos y santas podríamos recordar! A veces nosotros los representamos como grandes personajes, olvidando que para ellos todo comenzó cuando, aún jóvenes, respondieron “sí” a Dios y se entregaron a Él plenamente, sin guardar nada para sí. A este respecto, san Agustín cuenta que, en el «nu-



do tortuosísimo y enredadísimo» de su vida, una voz, en lo profundo, le decía: «Sólo a ti quiero». [2] Y, de esa manera, Dios le dio una nueva dirección, un nuevo camino, una nueva lógica, donde nada de su existencia estuvo perdido. En este marco, contemplamos hoy a san Pier Giorgio Frassati y a san Carlo Acutis: un joven de principios del siglo XX y un adolescente de nuestros días, ambos enamorados de Jesús y

dispuestos a dar todo por Él. Pier Giorgio encontró al Señor por medio de la escuela y los grupos eclesiales –la Acción Católica, las Conferencias de San Vicente de Paúl, la F.U.C.I. (Federación Universitaria Católica Italiana), la Orden Tercera de Santo Domingo– y dio testimonio de ello a través de su alegría de vivir y de ser cristiano en la oración, en la amistad y en la caridad. Hasta el punto de que, a fuerza de verlo recorrer las ca-

lles de Turín con carritos repletos de ayuda para los pobres, sus amigos lo llamaban “Empresa de Transportes Frassati”. También hoy, la vida de Pier Giorgio representa una luz para la espiritualidad laical. Para él la fe no fue una devoción privada; impulsado por la fuerza del Evangelio y la pertenencia a asociaciones eclesiales, se comprometió generosamente en la sociedad, dio su contribución en la vida política, se desgastó con ardor al servicio de los pobres.

Carlo, por su parte, encontró a Jesús en su familia, gracias a sus padres, Andrés y Antonia –presentes hoy aquí con sus dos hermanos, Francesca y Michele– y después en la escuela, también él, y sobre todo en los sacramentos, celebrados en la comunidad parroquial. De ese modo, creció integrando naturalmente en sus jornadas de niño y de adolescente la oración, el deporte, el estudio y la caridad. Ambos, Pier Giorgio y Carlo, cultivaron el amor a Dios y a los hermanos a través de medios sencillos, al alcance de todos: la Santa Misa diaria, la oración, y especialmente la adoración eucarística. Carlo decía: «Cuando nos ponemos frente al sol, nos bronceamos. Cuando nos ponemos ante Jesús en la Eucaristía, nos convertimos en santos», y también: «La tristeza es dirigir la mirada hacia uno mismo, la felicidad es dirigir la mirada hacia Dios. La conversión no es otra cosa que desviar la mirada desde abajo hacia lo alto. Basta



un simple movimiento de ojos». Otra cosa esencial para ellos era la confesión frecuente. Carlo escribió: «A lo único que debemos temer realmente es al pecado»; y se maravillaba porque –son palabras suyas– «los hombres se preocupan mucho por la belleza del propio cuerpo y no se preocupan, en cambio, por la belleza de su propia alma». Ambos, además, tenían una gran devoción por los santos y por la Virgen María, y practicaban generosamente la caridad. Pier Giorgio decía: «Alrededor de los pobres y los enfermos veo una luz que nosotros no tenemos». [3] Llamaba a la caridad “el fundamento de nuestra religión” y, como Carlo, la ejercitaba sobre todo por medio de pequeños gestos concretos, a menudo escondidos, viviendo lo que el Papa Francisco ha llamado «la santidad “de la puerta de

al lado”» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 7).

Incluso cuando los aquejó la enfermedad y esta fue deteriorando sus jóvenes vidas, ni siquiera eso los detuvo ni les impidió amar, ofrecerse a Dios, bendecirlo y pedirle por ellos y por todos. Un día Pier Giorgio dijo: «El día de mi muerte será el día más bello de mi vida»; [4] y en su última foto, que lo retrata mientras escalaba una montaña de Val di Lanzo, con el rostro dirigido a la meta, había escrito: «Hacia lo alto». [5] Por otra parte, a Carlo, siendo aún más joven, le gustaba decir que el cielo nos espera desde siempre, y que amar el mañana es dar hoy nuestro mejor fruto.

Queridos amigos, los santos Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis son una invitación para todos nosotros, sobre todo para los jóvenes, a no malgastar la vi-

da, sino a orientarla hacia lo alto y hacer de ella una obra maestra. Nos animan con sus palabras: “No yo, sino Dios”, decía Carlo. Y Pier Giorgio: “Si tienes a Dios como centro de todas tus acciones, entonces llegarás hasta el final”. Esta es la fórmula, sencilla pero segura, de su santidad. Y es también el testimonio que estamos llamados a imitar para disfrutar la vida al máximo e ir al encuentro del Señor en la fiesta del cielo.

[1] Leyenda de los Tres Compañeros, cap. II, 6: Fuentes biográficas franciscanas, 1401.

[2] Confesiones, II, 10,18.

[3] Nicola Gori, Al prezzo della vita: L'Osservatore romano (11 febrero 2021).

[4] Irene Funghi, I giovani assieme a Frassati: un compagno nei nostri cammini tortuosi: Avvenire (2 agosto 2025).

[5] *Ibid.*

Diálogo del Santo Padre con los jóvenes en la vigilia del Jubileo

La amistad es el camino hacia la paz y puede cambiar el mundo

“Queridos jóvenes, ¡ámense! Ámense en Cristo. Sepan ver a Jesús en los demás. La amistad realmente puede cambiar el mundo. La amistad es un camino hacia la paz. Estas fueron las palabras de León XIV durante la vigilia de oración que presidió en la explanada de Tor Vergata la tarde del sábado 2 de agosto, con motivo del Jubileo de la Juventud. El Papa respondió a las preguntas de dos jóvenes (una en español y otra en italiano) y un joven (en inglés), dialogando con ellos en sus respectivos idiomas. Publicamos, a continuación, la transcripción de la conversación.

Pregunta 1 - Amistad

Santo Padre, soy Dulce María, tengo veintitrés años y vengo de México. Me dirijo a usted haciéndome portavoz de una realidad que vivimos los jóvenes en tantas partes del mundo. Somos hijos de nuestro tiempo. Vivimos en una cultura que nos pertenece y que, sin darnos cuenta, nos va moldeando; está marcada por la tecnología, especialmente en el ámbito de las redes sociales. Frecuentemente nos ilusionamos de tener muchos amigos y de crear relaciones cercanas, mientras que cada vez más seguido experimentamos diversas formas de soledad. Estamos cerca y conectados con tantas personas y, sin embargo, no son relaciones ver-

daderas y duraderas, sino efímeras y comúnmente ilusorias. Santo Padre, mi pregunta es: ¿cómo podemos encontrar una amistad sincera y un amor genuino que nos lleven a la verdadera esperanza? ¿Cómo la fe puede ayudarnos a construir nuestro futuro?

Respuesta

Queridos jóvenes, las relaciones humanas, nuestras relaciones con otras personas son indispensables para cada uno de nosotros, empezando por el hecho de que todos los hombres y mujeres del mundo na-

cen como hijos de alguien. Nuestra vida comienza con un vínculo y es a través de los vínculos que crecemos. En este proceso, la cultura juega un papel fundamental: es el código con el que nos entendemos a nosotros mismos e interpretamos el mundo. Como un diccionario, cada cultura contiene tanto palabras nobles como palabras vulgares, valores y errores que hay que aprender a reconocer. Buscando con pasión la verdad, no sólo recibimos una cultura, sino que la transformamos a través de elecciones de vida. La verdad, en efec-

to, es un vínculo que une las palabras a las cosas, los nombres a los rostros. La mentira, en cambio, separa estos aspectos, generando confusión y malentendidos.

Ahora, entre las muchas conexiones culturales que caracterizan nuestra vida, internet y las redes sociales se han convertido en «una extraordinaria oportunidad de diálogo, encuentro e intercambio entre personas, así como de acceso a la información y al cono-



cimiento» (Papa Francisco, *Christus vivit*, 87). Sin embargo, estos instrumentos resultan ambiguos cuando están dominados por lógicas comerciales e intereses que rompen nuestras relaciones en mil intermitencias. A este respecto, el Papa Francisco recordaba que a veces los «mecanismos de la comunicación, de la publicidad y de las redes sociales pueden ser utilizados para volvernos seres adormecidos, dependientes del consumo» (*Christus vivit*, 105). Entonces nuestras relaciones se vuelven confusas, ansiosas o inestables. Además, como saben hoy en día hay algoritmos que nos dicen lo que tenemos que ver, lo que tenemos que pensar, y quienes deberían ser nuestros amigos. Y entonces nuestras relaciones se vuelven confusas, a veces ansiosas. Es que cuando el instrumento domina al hombre, el hombre se convierte en un instrumento: sí, un instrumento de mercado y a su vez en mercancía. Sólo relaciones sinceras y lazos estables hacen crecer historias de vida buena.

Queridos jóvenes, toda persona desea naturalmente esta vida buena, como los pulmones tienden al aire, ¡pero cuán difícil es encontrarla! Cuán difícil es encontrar una amistad auténtica. Hace siglos, san Agus-



tín captó el profundo deseo de nuestro corazón, es el deseo de todo corazón humano, aun sin conocer el desarrollo tecnológico de hoy. También él pasó por una juventud tempestuosa; pero no se conformó, no silenció el clamor de su corazón. Agustín buscaba la verdad, la verdad que no defrauda, la belleza que no pasa. Y ¿cómo la encontró? ¿Cómo encontró una amistad sincera, un amor capaz de dar esperanza? Encontrando a quien ya lo estaba buscando, encontrando a Jesucristo. ¿Cómo construyó su futuro? Si-

guiéndolo a Él, su amigo desde siempre. En palabras suyas: “Ninguna amistad es fiel sino en Cristo”. San Agustín nos dice: “No hay amistad que sea fiel si no es en Cristo”. Y la verdadera amistad es siempre en Jesucristo con verdad, amor y respeto. “Y sólo en Él puede ser feliz y eterna” (cf. Réplica a las dos cartas de los pelagianos, I, I, 1); «Ama verdaderamente al amigo quien ama a Dios en el amigo» (Sermón 336, 2), nos dice san Agustín. La amistad con Cristo, que está en la base de la fe, no es sólo una ayuda entre muchas otras para construir el futuro, es nuestra estrella polar. Como escribía el beato Pier Giorgio Frassati, «vivir sin fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener una lucha por la

Verdad no es vivir, sino ir tirando» (Cartas, 27 de febrero de 1925). Cuando nuestras amistades reflejan este intenso vínculo con Jesús, ciertamente se vuelven sinceras, generosas y verdaderas.

Queridos jóvenes, ámense los unos a los otros. Ámense en Cristo. Sepan ver a Jesús en los demás. La amistad puede cambiar verdaderamente el mundo. La amistad es el camino por la paz. La amistad es el camino por la paz.

Pregunta 2 - El valor de decidir

Santo Padre, me llamo Gaia, tengo diecinueve años y soy italiana. Esta noche todos los jóvenes aquí presentes quisiéramos hablar de nuestros sueños, esperanzas y dudas. Nuestros años están marcados por las decisiones importantes que estamos llamados a tomar para orientar nuestra vida futura. Sin embargo, por el clima de incertidumbre que nos circunda, la tentación de ir posponiendo tales decisiones y el

Respuesta

Gracias por esta pregunta. La pregunta es ¿cómo encontrar la valentía de escoger? ¿Dónde podemos encontrar el valor para elegir y tomar decisiones acertadas? La decisión es un acto humano fundamental. Observándolo con atención, entendemos que no se trata sólo de elegir algo, sino de optar por alguien. Cuando elegimos, en sentido profundo, decidimos qué queremos llegar a ser. La



miedo a un futuro desconocido nos paraliza. Sabemos que optar equivale a renunciar a algo y esto nos bloquea, a pesar de ello percibimos que la esperanza nos muestra objetivos alcanzables por más que estén marcados por la precariedad del tiempo actual.

Santo Padre, le preguntamos: ¿dónde podemos encontrar el valor para decidir? ¿Cómo podemos ser valientes y vivir la aventura de la libertad viva, tomando decisiones radicales y cargadas de significado?

opción por excelencia, en efecto, es la decisión sobre nuestra vida: ¿qué tipo de hombre quieres ser?, ¿qué clase de mujer quieres ser? Queridos jóvenes, se aprende a elegir a través de las pruebas de la vida, y en primer lugar recordando que nosotros hemos sido elegidos. Este recuerdo debe explorarse y educarse. Hemos recibido la vida gratis, sin elegirla. No somos fruto de nuestra decisión, sino de un amor que nos ha querido. En el curso de la existencia, se demuestra verdaderamente amigo quien nos ayuda

a reconocer y renovar esta gracia en las decisiones que estamos llamados a tomar.

Queridos jóvenes, es cierto lo que han dicho: “optar equivale también a renunciar a algo y esto a veces nos bloquea”. Para ser libres, es necesario partir de un fundamento estable, de la roca que sostiene nuestros pasos. Esta roca es un amor que nos precede, nos sorprende y nos supera infinitamente: el amor de Dios. Por eso, ante Él la decisión es un juicio que no nos quita ningún bien, sino que siempre nos lleva a lo mejor.

La valentía de elegir surge del amor que Dios nos manifiesta en Cristo. Él es quien nos ha amado con todo su ser salvando el mundo y mostrándonos así que el camino para realizarnos como personas es dar la vida. Por eso, el encuentro con Jesús corresponde a las esperanzas más profundas de nuestro corazón, porque Jesús es el Amor de Dios hecho hombre.

A este respecto, hace veinticinco años, precisamente en el lugar donde nos encontramos, san Juan Pablo II dijo: «es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros que-



rrían sofocar» (Vigilia de oración en la XV Jornada Mundial de la Juventud, 19 agosto 2000). El miedo deja entonces espacio a la esperanza, porque estamos seguros de que Dios lleva a término lo que comienza.

Reconozcamos su fidelidad en las palabras de quien ama de verdad, porque ha sido realmente amado. “Tú eres mi vida, Señor”, es lo que un sacerdote o una consagrada pronuncian llenos de alegría y de libertad. “Tú eres mi vida, Señor”. “Te recibo como mi esposa y como mi esposo” es la frase que transforma el amor del hombre y de la mujer en un signo eficaz del amor de Dios en el matrimonio. Estas opciones radicales, opciones llenas de significado: el matrimonio, el orden sagrado, la consagración religiosa, expresan el don de uno mismo, libre y liberador, que nos hace auténticamente felices.

Y ahí encontramos la felicidad, cuando aprendemos a darnos a nosotros mismos. A dar la vida por los demás.

Estas decisiones dan sentido a nuestra vida, transformándola según la imagen del Amor perfecto, que la ha creado y redimido de todo mal, incluso de la muerte. Digo esto esta noche pensando en las dos chicas, María, de veinte años, española, y Pascale, de dieciocho, egipcia. Ambas habían decidido venir a Roma para el Jubileo de los Jóvenes, y en estos días les ha llegado la muerte. Recemos juntos por ellas; recemos también por sus familiares, sus amigos y sus comunidades. Jesús Resucitado las acoga en la paz y en la alegría de su reino. Y quisiera pedirles sus oraciones por otro amigo; un muchacho español, Ignacio González, que ha sido ingresado en el hospital “Bambino Gesù”. Recemos por él, por su salud.

Encontrar el valor de tomar decisiones difíciles y de decir al Jesús: “Tú eres mi vida, Señor”. “Señor, tú eres mi vida”. Gracias.

Pregunta 3 - Llamada al bien

Santo Padre, me llamo Will. Tengo veinte años y soy de los Estados Unidos. Me gustaría hacerle una pregunta en nombre de tantos jóvenes que anhelan, en sus corazones, algo más profundo. Nos sentimos atraídos por la vida interior, aunque a primera vista se nos juzgue como una generación superficial e irreflexiva. En lo más profundo de nuestro ser, nos sentimos atraídos por lo bello y lo bueno como fuentes de verdad. El valor del silencio, como en esta Vigilia, nos fascina, aunque a veces nos infunda temor por la sensación de vacío. Santo Padre, me gustaría preguntarle: ¿cómo podemos encontrar verdaderamente al Señor Resucitado en nuestras vidas y estar seguros de su presencia incluso en medio de las pruebas y las incertidumbres?

Respuesta

Para dar inicio a este Año Jubilar, el Papa Francisco publicó el documento titulado *Spes non confundit*, que significa «la esperanza no defrauda». En ese documento, escribió: «En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien» (*Spes non confundit*, 1). En la Biblia, la palabra “corazón” suele referirse al ser más íntimo

de una persona, que incluye nuestra conciencia. Nuestra comprensión de lo que es bueno, entonces, refleja cómo nuestra conciencia ha sido moldeada por las personas que forman parte de nuestra vida; aquellas que fueron amables con nosotros, aquellas que nos escucharon con amor, aquellas que nos ayudaron. Esas personas contribuyeron a modelarte en la bondad y, por lo tanto, a formar tu conciencia para buscar el bien en tus decisiones de cada día.

Queridos jóvenes, Jesús es el amigo que siempre nos acompaña en la formación de nuestra conciencia. Si realmente quieren encontrar al Señor resucitado, escuchen su palabra, que es el Evangelio de la salvación. Reflexionen sobre su forma de vivir, busquen la justicia para construir un mundo más humano. Sirvan a los pobres y den testimonio así del bien que siempre nos gustaría recibir de nuestros vecinos. Estén unidos a Jesucristo en la Eucaristía. Adoren a Cristo en el Santísimo Sacramento, fuente de vida eterna. Estudien, trabajen y amen siguiendo el ejemplo de Jesús, el buen Maestro que siempre camina a nuestro lado. En cada paso, mientras buscamos lo que es bueno, pidámonle: quédate con nosotros, Señor (cf. Lc 24,29). Quédate con nosotros, porque sin ti no podemos hacer el bien que deseamos. Tú quieres nuestro bien; de hecho Señor, tú eres nuestro bien. Quienes te encuentran



Queridos jóvenes, Jesús es el amigo que siempre nos acompaña en la formación de nuestra conciencia. Si realmente quieren encontrar al Señor resucitado, escuchen su palabra, que es el Evangelio de la salvación

también quieren que otros te encuentren, porque tu palabra es una luz más brillante que cualquier estrella, que ilumina incluso la noche más oscura. Al Papa Benedicto XVI le gustaba decir que quienes creen nunca están solos. En otras palabras, encontramos a Cristo en la Iglesia, es decir, en la comunión de quienes lo buscan sinceramente. El Señor mismo nos reúne para formar comunidad, no cualquier comunidad, sino una comunidad de creyentes que se apoyan mutuamente. ¡Cuánto necesita el mundo misioneros del Evangelio que sean testigos de justicia y paz! ¡Cuánto necesita el futuro hombres y mujeres que sean testigos de esperanza! Queridos jóvenes, ¡esta es la tarea que el Señor resucitado nos confía a cada uno de nosotros! San Agustín escribió: «Tú mismo lo mueves a ello, haciendo que se deleite en alabarte, por-

que nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti. [...] Que yo, Señor, te busque invocándote y te invoque creyendo en ti» (Confesiones, I, 1). Siguiendo esas palabras de Agustín, y en respuesta a sus preguntas, me gustaría invitar a cada uno de ustedes a decirle al Señor: “Gracias, Jesús, por llamarme. Mi deseo es seguir siendo uno de tus amigos, para que, abrazándote, yo también pueda ser un compañero de todos los que encuentre en el camino. Concédeme, Señor, que aquellos que me encuentren puedan encontrarte a ti, incluso a través de mis limitaciones y debilidades”. Al rezar con estas palabras, nuestro diálogo continuará cada vez que miremos al Señor crucificado, porque nuestros corazones estarán unidos en Él. Cada vez que adoremos a Cristo en la Eucaristía, nuestros corazones se unirán en Él. Por último, mi oración por ustedes es que perseveren en la fe, con gozo y valentía. Y podemos decir: “Gracias Jesús por amarnos”. “Gracias Jesús por habernos llamado”. “Quédate con nosotros Señor”.

Saludo al final de la celebración:

Quisiera agradecer al coro, la música. Gracias por acompañarnos. Gracias a todos ustedes. Gracias. Por favor, descansen un poco. Nos encontraremos aquí mañana por la mañana para la celebración de la Santa Misa. Felicidades a todos. Buenas noches.

Palabras del Santo Padre León XIV a los jóvenes peregrinos egipcios
compañeros de la joven Pascale

Nuestra esperanza es más fuerte que el dolor

Una muestra de cercanía, junto con la seguridad de sus oraciones: este fue el significado de la audiencia que León XIV celebró esta mañana alrededor del mediodía con un grupo de jóvenes de la Iglesia Greco-Melquita, quienes lamentaban la repentina muerte de su compañera de viaje de dieciocho años, Pascale Rafic, quien había llegado a Roma desde Egipto para participar en el Jubileo de las Nuevas Generaciones. Al recibir la noticia con profundo pesar, el Papa se puso en contacto con el obispo Jean-Marie Chami, Auxiliar del Patriarcado Greco-Melquita de Antioquía y Vicario Patriarcal para Egipto, Sudán y Sudán del Sur, y recibió al grupo de peregrinos amigos de la joven en el pequeño salón del Aula Pablo VI. A continuación, nuestra traducción del saludo del Papa en inglés durante el emotivo encuentro.

Queridos hermanos y hermanas, la paz esté con ustedes. Esta mañana temprano he recibido la triste noticia de que una compañera que viajaba con ustedes en peregrinación, vuestra compañera de peregrinación, vuestra hermana, falleció inesperadamente anoche, según tengo entendido. Y, por supuesto, la tristeza que la muerte nos produce a todos es algo muy humano y comprensible, sobre todo estando tan lejos de casa y en una ocasión como esta, en la que realmente nos reunimos para celebrar nuestra fe con alegría.

Y entonces, de repente, se nos recuerda de una manera muy poderosa que nuestra vida no es algo superficial, que no tenemos control sobre nuestras propias vidas y que, como dice el mismo Jesús, no sabe-



al celebrar este año jubilar de la esperanza, se nos recuerda de forma muy poderosa cuánto nuestra fe en Jesucristo debe ser parte de quienes somos, de cómo vivimos, de cómo nos apreciamos y respetamos unos a otros

mos ni el día ni la hora en que, por alguna razón, nuestra vida terrenal terminará. Pero, como también aprendemos en el Evangelio, lo que descubrieron Marta y María cuando murió su hermano Lá-

zaro, y cuando Jesús no estaba con ellas al principio, pero luego llegó varios días después de su muerte, y ellas comprendieron que Jesús es la vida y la resurrección.

Así, de cierta manera, al celebrar este año jubilar de la esperanza, se nos recuerda de forma muy poderosa cuánto nuestra fe en Jesucristo debe ser parte de quienes somos, de cómo vivimos, de cómo nos apreciamos y respetamos unos a otros, y especialmente de cómo seguimos adelante a pesar de experiencias tan dolorosas.

San Agustín nos dice que cuando alguien muere, es muy humano y muy natural llorar, sentir ese dolor, sentir la pérdida de alguien querido, pero también dice que no hay que llorar como los paganos, porque nosotros también hemos visto a Jesucristo morir en la cruz y resucitar de entre los muertos.

Y es nuestra esperanza en la resurrección, que es la fuente última de nuestra esperanza, y hablamos de un Año Jubilar de la Esperanza, nuestra esperanza está en Jesucristo que ha resucitado.

Y nos llama a todos a renovar nuestra fe, nos llama a todos



a ser amigos, hermanos y hermanas unos de otros, a apoyarnos mutuamente, y dice que también ustedes deben ser testigos de ese mensaje evangélico. Y para todos ustedes, esto ha tocado sus vidas de una manera muy personal y directa hoy. Así que pensamos que, al menos, en medio de este dolor que todos ustedes sienten por la pérdida de su amiga, al menos tendrían la oportunidad de reunirse para rezar, renovar nuestra fe y pedirle a Dios tanto el descanso eterno de nuestra hermana como también fortaleza y consuelo, fortaleza en nuestra fe y renovarnos en la espe-

“
Así que pensamos que, al menos, en medio de este dolor que todos ustedes sienten por la pérdida de su amiga, al menos tendrían la oportunidad de reunirse para rezar, renovar nuestra fe y pedirle a Dios tanto el descanso eterno de nuestra hermana

ranza y como Iglesia, como hermanos y hermanas, por eso nos hemos reunido aquí. Por eso pedimos al Señor que esté con nosotros, que esté con todos ustedes, mientras viven estos días de peregrinación del Año Jubilar de la Esperanza, y que todos ustedes sean protegidos con el amor y la gracia de Dios. El Señor esté con ustedes. Que la bendición de Dios todopoderoso descienda sobre todos ustedes. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Que Dios esté con ustedes y les dé paz a sus corazones.

Homilía del Papa en la misa del Jubileo de los jóvenes

Dondequiera que estéis, aspirad a grandes cosas

León XIV llegó temprano a Tor Vergata, como si quisiera estar lo más cerca posible de los jóvenes. No eran ni las 8:00 de la mañana del domingo cuando, tras descender del helicóptero que, al igual que la noche anterior, lo había trasladado desde el Vaticano a la abarrotada explanada, el Pontífice sube al jeep blanco descapotable y recorre lentamente las distintas secciones. Los miles de jóvenes, hombres y mujeres, que han pasado la noche en sacos de dormir y camas improvisadas lo reciben con una alegría incontenible, alzando los brazos, gritando su nombre, ondeando banderas, pancartas, gorras y cualquier otra cosa a su alcance que pudiera indicar su presencia. Publicamos, a continuación, la homilía del Pontífice.

Primeras palabras antes de la celebración:

Buenos días y feliz domingo: Espero que todos hayan descansado un poco. En breve comenzaremos la mayor celebración que Cristo nos dejó, su presencia misma en la Eucaristía. Que Dios los bendiga a todos. Y que esta sea una ocasión verdaderamente memorable para todos y cada uno de nosotros cuando, juntos, como Iglesia de Cristo, lo seguimos, caminamos juntos y vivimos con Jesucristo.

Queridos jóvenes:

Después de la Vigilia que vivimos juntos ayer por la tarde, volvemos a encontrarnos hoy para celebrar la Eucaristía, Sacramento del don

total de sí que el Señor ha hecho por nosotros. Podemos imaginar que recorreremos, en esta experiencia, el camino realizado la tarde de Pascua por los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35). Primero se alejaban de Jerusalén atemorizados y desilusionados; se iban

directamente de este episodio, pero nos ayuda a reflexionar sobre aquello que allí se narra: el encuentro con el Cristo resucitado que cambia nuestra existencia, que ilumina nuestros afectos, deseos y pensamientos.

La primera lectura, del Libro de



convencidos de que, después de la muerte de Jesús, ya no había nada más que hacer, nada que esperar. Y, en cambio, se encontraron precisamente con Él, lo acogieron como compañero de viaje, lo escucharon mientras les explicaba las Escrituras, y finalmente lo reconocieron al partir el pan. Entonces, sus ojos se abrieron y el gozoso anuncio de la Pascua encontró lugar en sus corazones.

La liturgia de hoy no nos habla

Qohélet, nos invita a tomar contacto, como los dos discípulos de los que hemos hablado, con la experiencia de nuestros límites, de la finitud de las cosas que pasan (cf. Qo 1,2;2,21-23); y el Salmo responsorial, que le hace eco, nos propone la imagen de «la hierba que brota de mañana: por la mañana brota y florece, y por la tarde se seca y se marchita» (Sal 90,5-6). Son dos referencias fuertes, quizá un poco impactantes, pero



que no deben asustarnos, como si fueran argumentos “tabú”, que se deben evitar. La fragilidad de la que hablan, en efecto, forma parte de la maravilla que somos. Pensemos en el símbolo de la hierba: ¿no es hermosísimo un prado florecido? Ciertamente, es delicado, hecho con tallos delgados, vulnerables, propensos a secarse, doblarse, quebrarse; pero, al mismo tiempo, son reemplazados rápidamente por otros que florecen después de ellos; y los primeros se vuelven generosamente para estos alimento y abono, al consumirse en el terreno. Así vive el campo, renovándose continuamente, e incluso durante los meses fríos del invierno, cuando todo parece callar, su energía vibra bajo tierra y se prepara para explotar en miles de colores durante la primavera.

También nosotros, queridos amigos, somos así; hemos sido hechos para esto. No para una vida donde todo es firme y seguro, sino para una existencia que se regenera constantemente en el don, en el amor. Y por eso aspiramos continuamente a un “más” que

ninguna realidad creada nos puede dar; sentimos una sed tan grande y abrasadora, que ninguna bebida de este mundo puede saciar. No engañemos nuestro corazón ante esta sed, buscando satisfacerla con sucedáneos ineficaces. Más bien, escuchémosla. Hagámonos de ella un taburete para subir y asomarnos, como niños, de puntillas, a la ventana del encuentro con Dios. Nos encontraremos ante Él, que nos espera; más bien, que llama amablemente a la puerta de nuestra alma (cf. Ap



3,20). Y es hermoso, también con veinte años, abrirle de par en par el corazón, permitirle entrar, para después aventurarnos con Él hacia espacios eternos del infinito. San Agustín, hablando de su intensa búsqueda de Dios, se preguntaba: «¿Qué es, entonces, esa cosa tan esperada [...]? ¿La tierra? No. ¿Algo que se origina en la tierra, como el oro, la plata, el árbol, la mies, el agua? [...] Todas estas cosas causan deleite, son hermosas, son buenas» (Sermón 313/F, 3). Y concluía: «Busca a quien las hizo: él es tu esperanza» (ibíd.). Pensando, luego, en el camino que había recorrido, rezaba diciendo: «Y he aquí que tú [Señor] estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando [...]. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz» (Confesiones, 10, 27).

Hermanas y hermanos, son palabras muy hermosas, que nos recuerdan lo que decía el Papa Francisco en Lisboa, durante la Jornada Mundial de la Juventud, a otros jóvenes como ustedes: «Cada uno está llamado a confrontarse con grandes preguntas que no tienen [...] una respuesta simplista o inmediata, sino que invitan a emprender un viaje, a superarse a sí

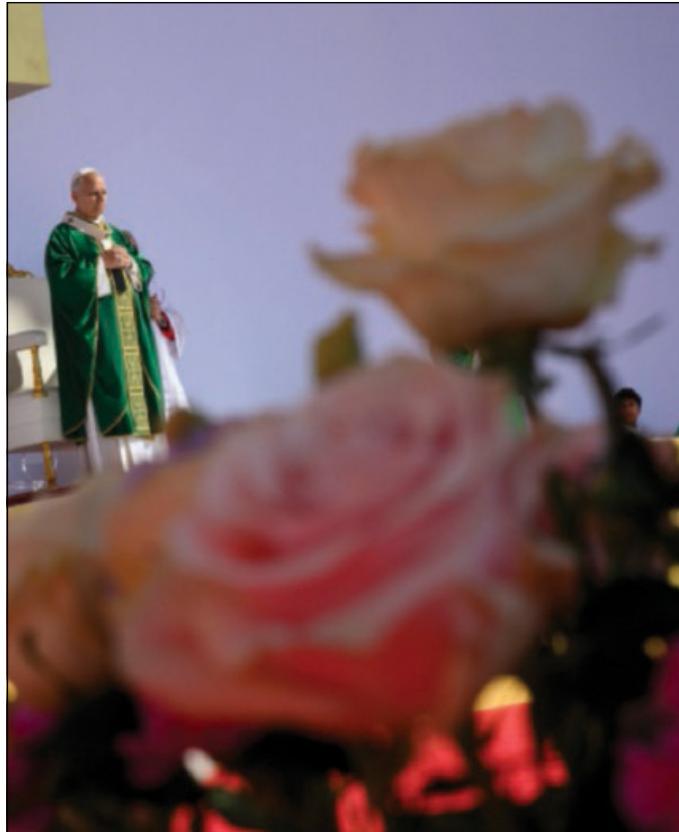
mismos, a ir más allá [...], a un despegue sin el cual no hay vuelo. No nos alarmemos, entonces, si nos encontramos interiormente sedientos, inquietos, incompletos, deseosos de sentido y de futuro [...]. ¡No estamos enfermos, estamos vivos!» (Discurso en el encuentro con los jóvenes universitarios, 3 agosto 2023).

Hay una inquietud importante en nuestro corazón, una necesidad de verdad que no podemos ignorar, que nos lleva a preguntarnos: ¿qué es realmente la felicidad? ¿Cuál es el verdadero sabor de la vida? ¿Qué es lo que nos libera de los pantanos del sinsentido, del aburrimiento y de la mediocridad?

Durante los días pasados ustedes han tenido muchas experiencias hermosas. Se han encontrado entre coetáneos provenientes de diferentes partes del mundo, pertenecientes a culturas distintas. Han intercambiado conocimientos, han compartido expectativas, han dialogado con la ciudad a través del arte, la música, la informática y el deporte. Después, en el Circo Máximo, acercándose al Sacramento de la Penitencia, han recibido el perdón de Dios y le han pedido su ayuda para una vida buena.

De todo esto se puede deducir una respuesta importante: la plenitud de nuestra existencia no depende de lo que acumulamos ni

de lo que poseemos, como hemos escuchado en el Evangelio (cf. Lc 12,13-21); más bien, está unida a aquello que sabemos acoger y compartir con alegría (cf. Mt 10,8-10; Jn 6,1-13). Comprar, acumular, consumir no es suficiente. Necesitamos alzar los ojos, mirar a lo alto, a las «cosas celestiales» (Col 3,2), para darnos cuenta de



que todo tiene sentido, entre las realidades del mundo, sólo en la medida en que sirve para unirnos a Dios y a los hermanos en la caridad, haciendo crecer en nosotros “sentimientos de profunda compasión, de benevolencia, de humildad, de dulzura, de paciencia” (cf. Col 3,12), de perdón (cf. ibíd., v. 13) y de paz (cf. Jn 14,27), como los de Cristo (cf. Flp 2,5). Y en este horizonte comprenderemos cada vez mejor lo que significa que

«la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

Muy queridos jóvenes, nuestra esperanza es Jesús. Es Él, como decía san Juan Pablo II, «el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande,

[...] para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna» (XV Jornada Mundial de la Juventud, Vigilia de oración, 19 agosto 2000). Mantengámonos unidos a Él, permanecemos en su amistad, siempre, cultivándola con la oración, la adoración, la comunión eucarística, la confesión frecuente, la caridad generosa, como nos han enseñado los beatos Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis, que próximamente serán proclamados santos. Aspiren a cosas grandes, a la santidad, allí donde estén.

No se conformen con menos. Entonces verán crecer cada día la luz del Evangelio, en ustedes mismos y a su alrededor.

Los encomiendo a María, la Virgen de la esperanza. Con su ayuda, al regresar a sus países en los próximos días, en cada parte del mundo, sigan caminando con alegría tras las huellas del Salvador, y contagien a los que encuentren con el entusiasmo y el testimonio de su fe. ¡Buen camino!

JÓVENES EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA



Saludo del Santo Padre León XIV a influencers y misioneros digitales

Alimentando las redes sociales con esperanza

Renovar el compromiso de “nutrir las redes sociales y los entornos digitales con la esperanza cristiana”, garantizando que, en esta era desgarrada por la enemistad y la guerra, la nueva cultura “marcada y construida con y por la tecnología” siga siendo humana. Esta es la tarea encomendada por León XIV a los participantes en el Jubileo de los Misioneros Digitales e Influencers Católicos, reunidos esta mañana, martes 29 de julio, en la Basílica Vaticana, tras la misa celebrada por el cardenal Luis Antonio Tagle, propprefecto del Dicasterio para la Evangelización. A continuación, el discurso del Pontífice, pronunciado en italiano, inglés y español.



En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Queridos hermanos y hermanas, hemos comenzado con este saludo: La paz esté con ustedes.

Y cuánto necesitamos la paz en nuestro tiempo, desgarrado por la enemistad y las guerras. Y cuánto nos llama hoy al testimonio el saludo del Resucitado: «La paz esté con ustedes» (Jn 20,19). La paz

esté con todos nosotros. En nuestros corazones y en nuestras acciones.

Esta es la misión de la Iglesia: anunciar la paz al mundo. La paz que viene del Señor, que venció a la muerte, que nos trae el perdón de Dios, que nos da la vida del Padre, que nos indica el camino del Amor.

1. Es la misión que la Iglesia les confía hoy también a ustedes, que están aquí en Roma para su Jubileo, que han venido a renovar el compromiso de alimentar con esperanza cristiana las redes sociales y los entornos digitales. La paz necesita ser buscada, anunciada, compartida en todos los lugares; tanto en los dramáticos escenarios de guerra, como en los corazones vacíos de quienes han perdido el sentido de la existencia y el gusto por la interioridad, el gusto por la vida espiritual. Y hoy, quizás más que nunca, necesitamos discípulos misioneros que lleven al mundo el don del Resucitado; que den voz a la esperanza que nos da Jesús vivo, hasta



los confines de la tierra (cf. Hch 1,3-8); que lleguen a dondequiera que haya un corazón que espera, un corazón que busca, un corazón que necesita. Sí, hasta los confines de la tierra, hasta los confines existenciales donde no hay esperanza.

2. Hay un segundo reto en esta misión: buscar siempre la “carne sufriente de Cristo” en cada hermano y hermana con los que nos encontramos en internet. Hoy nos encontramos en una nueva cultura, profundamente caracterizada y formada por la tecnología. Depende de nosotros, depende de cada uno de ustedes, garantizar que esta cultura siga siendo humana.

La ciencia y la tecnología influyen en la forma en que nosotros vivimos en el mundo, afectando incluso al modo de entendernos a nosotros mismos, de relacionarnos con Dios y los unos con los otros. Pero nada de lo que proviene del hombre y su creatividad debe utilizarse para socavar la dignidad de los demás. Nuestra misión, la misión de ustedes, es nutrir una cultura de humanismo cristiano, y hacerlo juntos. Esta es la belleza de la “red” para todos nosotros.

Frente a los cambios culturales a lo largo de la historia, la Iglesia nunca se ha mantenido pasiva; siempre ha tratado de iluminar cada época con la luz y la esperanza de Cristo, discerniendo el bien del mal y lo que era bueno de lo que debía cambiarse, transformarse y purificarse.

Hoy nos encontramos en una cultura en la que la dimensión tecnológica está presente en casi todo, especialmente ahora que la adopción generalizada de la inteligencia artificial marcará una nueva era en la vida de las personas y de la sociedad en su conjunto. Este es un desafío que debemos afrontar: reflexionar sobre la autenticidad de nuestro testimonio, sobre nuestra capacidad de

escuchar y hablar, y sobre nuestra capacidad de comprender y ser comprendidos. Tenemos el deber de trabajar juntos para desarrollar una forma de pensar y un lenguaje de nuestro tiempo que dé voz al Amor.

No se trata simplemente de generar contenido, sino de crear un encuentro entre corazones. Esto implicará buscar a los que sufren, a los que necesitan conocer al Señor, para que puedan sanar sus heridas, volver a levantarse y encontrar sentido a sus vidas. Este proceso comienza, antes que nada, con la aceptación de nuestra propia pobreza, dejando de lado toda pretensión y reconociendo nuestra innata necesidad del Evangelio. Y este proceso es un reto de la comunidad.

3. Y esto nos lleva a un tercer llamado y por eso les hago un llamado a todos ustedes: “que vayan a reparar las redes”. Jesús llamó a sus primeros apóstoles mientras reparaban sus redes de pescadores (cf. Mt 4,21-22). También lo pide a nosotros, es más, nos pide hoy construir otras redes: redes de relaciones, redes de amor, redes de intercambio gratuito, en las que la amistad sea auténtica y sea profunda. Redes donde se pueda reparar lo que ha sido roto, donde se pueda poner remedio a la soledad, sin importar el número de los seguidores –los follower–, sino experimentando en cada encuentro la grandeza infinita del Amor. Redes que abran espacio al otro, más que a sí mismos, donde ninguna “burbuja de filtros” pueda apagar la voz de los más débiles. Redes que liberen, redes que salven. Redes que nos hagan redescubrir la belleza de mirarnos a los ojos. Redes de verdad. De este modo, cada historia de bien compartido será el nudo de una única e inmensa red: la red de redes, la red de Dios.

Sean entonces ustedes agentes de comunión, capaces de romper la lógica de la división y de la polarización; del individualismo y del egocentrismo. Céntrense en Cristo, para vencer la lógica del mundo, de las fake news y de la frivolidad, con la belleza y la luz de la verdad (cf. Jn 8,31-32).

Y ahora, antes de despedirme con la bendición, encomendando al Señor el testimonio de todos ustedes, quiero darles las gracias por todo el bien que han hecho y hacen en sus vidas, por los sueños que persiguen, por su amor al Señor Jesús, por su amor a la Iglesia, por la ayuda que prestan a los que sufren y por su camino en las vías digitales.



Reflexiones sobre la juventud en tiempos modernos

Hacia un humanismo cristiano

ARTURO LÓPEZ

En una Basílica de san Pedro llena de jóvenes, durante el jubileo de los *influencers*, el Papa León lanzó un llamamiento para crear un nuevo humanismo, y éste, cristiano: «Nuestra misión, la misión de ustedes, es nutrir una cultura de humanismo cristiano, y hacerlo juntos. Esta es la belleza de la “red” para todos nosotros». Vivimos en un mundo tecnológico y digital, y como el mismo Pontífice reconoce, «la ciencia y la tecnología influyen en la forma en que nosotros vivimos en el mundo, afectando incluso al modo de entendernos a nosotros mismos, de relacionarnos con Dios y los unos con los otros» (*Ibid*).

Ahora bien, surge espontánea la pregunta de por qué el Papa impulsa un “nuevo” humanismo, es que ¿existe un “viejo” humanismo?; ¿o se trata de actualizar la reflexión del hombre en el mundo actual? Y todo apunta a esta segunda perspectiva. Ya en el Pontificado del Papa Francisco la reflexión había puesto el acento en el hombre ante el mundo, ante la naturaleza, ante la ecología para «que, entre sus distintas dimen-

siones, incorpore el lugar peculiar del ser humano en este mundo y sus relaciones con la realidad que lo rodea» (*Laudato si*). Sobre todo, si se entiende la tecnología como poder de dominio y manipulación, su intención era, por tanto, orientar hacia «algunas líneas amplias de diálogo y de acción que involucren tanto a cada uno de nosotros, como a la política internacional» (*Ibid*). León XIV cambia de perspectiva, y se focaliza en la situación, sobre todo de los jóvenes, que se ven envueltos desde su nacimiento en la tecnología y los medios de comunicación digital. Un nuevo humanismo, por tanto con nuevos retos, un nuevo humanismo en «una sociedad marcada por la *soledad*, en la que el individualismo exagerado ha desplazado el centro de gravedad del “nosotros” al “yo”, terminando por ignorar al otro»; como también «en una sociedad *competitiva*, donde parece que sólo los fuertes y los ganadores merecen vivir»; y, en definitiva, «una sociedad cada vez más *digital*, en la que las tecnologías, aunque acercan a personas lejanas, a menudo alejan a quienes están cerca» (*Homilía de León XIV en el Jubileo del Deporte*).

Este cambio de paradigma concentra la profundización del puesto del hombre en el mundo digitalizado, abriendo una serie de problemas y situaciones que hay que plantear. Uno ya ha sido ilustrado anteriormente: El hombre digital y su relación con las personas físicas; otro punto a considerar es cómo el mundo digital puede generar o bien la necesidad



de buscar “una salida” o un “aislamiento” del mundo real en este mundo creado por el individuo desde la tecnología: un mundo virtual. Esto, a su vez, mostraría que es posible que muchos identifiquen su ser-en-el mundo no ya como un ser-mundano sino un ser-en-lo-virtual, donde ya no valdrían las “reglas” del mundo físico. Llegando a generar una identificación del individuo con este mundo virtual, e impidiendo una sana distancia de su presente-real de ese posible-futuro-pseudopresente. Esto, como lo vemos en muchos casos genera en algunos una sólo pregunta: ¿quién soy yo?; ¿quien soy, un yo virtual y nada más, o un yo actual que no quiero porque prefiero mi realidad alternativa? Identificarse sólo con el yo-virtual es peligroso, dado que lo virtual es cambiante, una realidad en continuo movimiento, así la respuesta de quién soy, no sería absoluta y estable, se repetirá en cada instante, constantemente, corriendo el riesgo de no encontrar respuesta, o no saber desde que qué estructura identitaria estable podría comenzar para contruir un progreso y un camino, olvidando así aquellas otras preguntas fundamentales: ¿de dónde vengo?; y ¿a dónde voy? Pasado y futuro se disolverían en un presente carente de significado. Es por eso que la búsqueda de un nuevo humanismo no sólo tenga sentido, sino que es urgente.

Y el camino a seguir lo marca el mismo sucesor de Pedro: «Tenemos el deber de trabajar juntos para desarrollar una forma de pensar y un lenguaje de nuestro tiempo que dé voz al Amor». Esto es un camino y un programa muy interesante. En primer lugar: trabajar juntos, que significa que el hombre solo con sus fuerzas no puede, necesita de los demás y en última instancia necesita de ese ser absoluto, Dios, un punto fijo que no cambie y que le garantice una estabilidad en un mundo marcado precisamente por la inestabilidad de lo posible, en continuo movimiento. Este camino se ve anclado posteriormente en virtudes teologales como la fe, que permite ver más allá de este presente y que supera el más allá de lo virtual. A la esperanza que fija una meta de llegada segura y el Amor que mete en movimiento los deseos más íntimos del hombre para poder navegar siempre con una brújula en los laberintos de este mundo cambiante. Cambiar también la forma de pensar, y como todo pensamiento es fruto de la amalgama de nuestras experiencias, exige un agudo trabajo por desarrollar un sano juicio, que implica tiempo, reflexión, introspección, silencio, pausa; esto, aunado a la búsqueda y compañía de grandes maestros, modelos de donde partir (el Papa invita a mirar la vida de tantos santos). Crear, además, un lenguaje que dé voz al amor, pues el lenguaje es la encarnación de nuestro modo de mirar el mundo, es la asimilación, elaboración y transmisión de cultura con lo que implica de valores implícitos, y su consiguiente dimensión de compartir. Y Amor, pues implicando el amor una dimensión de “posesión” (en el *gaudium*) de calma, de *quies*, necesita del Deseo y el Gozo (y éste como *dilectio*) para poder proyectarse. Y esto implica educación del deseo y de su capacidad de deleite. Este es el camino que llevaría al hombre moderno digital hacia un humanismo cristiano sano y duradero.



León XIV cambia de perspectiva, y se focaliza en la situación, sobre todo de los jóvenes, que se ven envueltos desde su nacimiento en la tecnología y los medios de comunicación digital. Un nuevo humanismo, por tanto con nuevos retos

Testimonios de los participantes en el Jubileo de los Jóvenes

Una marea de fe y esperanza: “Toda la juventud cabe en la Iglesia”

LORENA PACHO PEDROCHE

Una marea formada por centenares de miles de jóvenes de todo el mundo inundó de fe y alegría las calles de Roma durante el Jubileo de la Juventud que se celebró en la capital italiana a inicios de agosto. En cada ángulo de la ciudad se encontraban grupos de jóvenes peregrinos entusiasmados y se escuchaban cánticos y conversaciones en todos los idiomas. La atmósfera era de comunión total, de fraternidad y de auténtico júbilo. La capital italiana, transformada en escenario de una gran fiesta de fe, repleta de corazones encendidos, se convirtió esos días en el emblema de la Iglesia que camina hacia el futuro.

Los miles de jóvenes peregrinos se convirtieron en un río de esperanza que con entusiasmo y creatividad mostraron al mundo que la Iglesia está viva y palpita con un corazón joven que no deja de soñar. David, de 27 años, procedente de Argentina y que forma parte de ‘Fasta’, del movimiento Vida en Gracia y del proyecto Éfeso,” algunas de las tantas ramas que embellecen esta gran familia que es la Iglesia”, como él dice, está entusiasmado con esta experiencia que le acompañará siempre. “A finales del año pasado tomé una decisión que hoy puedo decir, sin dudar, quedará guardada en mi corazón como una de las mejores de mi vida: responder al llamado del Papa Francisco y acudir a Roma para celebrar el Jubileo de los Jóvenes”, dice con emoción. No quería que fuera un simple viaje, tenía la intención de que fuera una verdadera peregrinación, explica, con todo lo que eso implica: “preparación, oración e ilusión”. “Así, después de planificar días, costos, programas e intenciones para presentar a Dios al cruzar las puertas santas, el camino comenzó a tomar forma”, relata. Su primera etapa fue recorrer el Camino de Santiago con 5 amigos: “cinco días de peregrinación intensa hacia Compostela, entre cansancio, risas, oración y el compartir con tantos peregrinos; fue una de las experiencias más bellas de todo el viaje, ideal para empezar a meditar el camino hacia la santidad”, apunta.

Al terminar el Camino se sumaron al grupo de jóvenes de Fasta





—más de cincuenta— que emprendía su ruta por distintos santuarios y lugares de fe: “Zaragoza, Lourdes, Siena, Florencia, ¡la casa de Pier Giorgio en Pollone! ¡Asís donde descansa el cuerpo de Carlo!... cada parada era un encuentro con la historia viva de la fe, ver a tantos otros grupos de jóvenes que como nosotros peregrinaban al jubileo, el encontrarnos en cada lugar con un santo más que nos motivaba a recorrer como ellos y con ellos el camino a la santidad”, expone ilusionado. Y destaca la “alegría desbordante” que encontraron al llegar a Roma: “La Ciudad Eterna se veía joven al estar llena de cientos de miles de jóvenes de todos los rincones del mundo reunidos para celebrar juntos este año jubilar; como olvidar las filas interminables para entrar a las basílicas mayores, una espera (aunque larga) cargada de esperanza y alegría para cruzar cada puerta santa, cada momento de oración en cada celebración”, Aún se le estremece el corazón al recordar la vigilia en Tor Vergata,” el silencio orante y la emoción de ver al Papa, la belleza de la misa y la certeza de que estábamos viviendo un momento único”.

En la misa presidida por el Papa León XIV que cerró el Jubileo dedicado a la Juventud en la explanada romana de Tor Vergata se reunieron un millón de jóvenes. “Resuena en mí, con fuerza, lo que nos dijo el Papa León al finalizar la homilía: ‘Muy queridos jóvenes, aspiren a cosas grandes, a la santidad, allí donde estén. No se conformen con menos. Entonces verán crecer cada día la luz del Evangelio, en ustedes mismos y a su alrededor’”, comparte. Y agrega: “Estas palabras fueron un llamado directo al corazón, Dios nos hablaba por boca de León: la santidad no es un ideal lejano, algo que llegará ‘algún día’ ¡La santidad es hoy!, se puede vivir aquí y ahora, en lo cotidiano, a ejemplo de Pier Giorgio Fras-

“

La Ciudad Eterna se veía joven al estar llena de cientos de miles de jóvenes de todos los rincones del mundo reunidos para celebrar juntos este año jubilar; como olvidar las filas interminables para entrar a las basílicas mayores, una espera (aunque larga) cargada de esperanza y alegría para cruzar cada puerta santa, cada momento de oración en cada celebración

“

Y resalta que la fe no entiende de barreras, ni si quiera idiomáticas. “Aunque a veces no entendíamos el idioma, la fe y los signos de nuestra Iglesia nos unían y me recordaban que no estamos solos en este camino

sati y Carlo Acutis, y con la certeza de que no estamos solos”. David confiesa que salió de Roma con la esperanza renovada, “con la certeza de que somos muchísimos los jóvenes que recorreremos juntos este camino hacia la santidad”. Y con un gran mensaje para reflexionar: “Pese a las dificultades de la vida, vale la pena apostar siempre por lo grande, por lo eterno, que la santidad es hoy, que con la esperanza puesta en Dios es posible, y ese es el papel que nos toca hoy a los jóvenes, ser en el mundo apóstoles de la esperanza, una esperanza alegre y confiada que nace de la confianza en el amor de Dios, en el saberse amado y acompañado”.

Emir Zamora, de Honduras, reconoce que participar en el Jubileo fue para él “una experiencia verdaderamente transformadora”. “Es la primera vez que asisto a un encuentro mundial de la Iglesia y he podido confirmar la universalidad que nos une como católicos”, subraya.

Lo que más le impresionó fue ver a tantos jóvenes de distintos países, culturas e idiomas “reunidos por una misma fe y un mismo amor a Cristo”. Y resalta que la fe no entiende de barreras, ni si quiera idiomáticas. “Aunque a veces no entendíamos el idioma, la fe y los signos de nuestra Iglesia nos unían y me recordaban que no estamos solos en este camino”, dice.

También le conmovió ver al Papa León, “con un rostro sorprendido y, al mismo tiempo, lleno de alegría al contemplar a tantos jóvenes”. “En su mirada se reflejaba la esperanza”, concluye.

De este Jubileo se lleva un mensaje fuerte: “La esperanza continúa viva en los jóvenes, y estamos dispuestos a ser parte activa de la misión, llevando el Evangelio a todos los rincones del mundo”.

Un amplio grupo de Jóvenes Hospitalarios con la Orden de Hospitalarios de San Juan de Dios y las Hermanas Hospitalarias lle-



gados de numerosas partes de España ondea banderas de su país y del Jubileo con alegría en los alrededores de la plaza de San Pedro, mientras espera a que comience la misa que inaugura el Jubileo. Llegaron a Roma en autobús y a lo largo de su peregrinación pararon en distintos lugares como Barcelona o Marsella para visitar y acompañar enfermos o estar al lado de los más necesitados, trabajando el carisma de la hospitalidad. “Es precioso que haya tanta gente de tantísimas partes del mundo que han venido solo para el Jubileo”, dice Iván Ramos. Y pide que la Iglesia los acompañe en su camino. “Que siga siendo nuestra guía, nuestra brújula, tenemos un mundo con muchas dudas, vivimos en la sociedad del ‘like’ y muchas veces perdemos nuestra esencia. Pedimos a la Iglesia que nos siga enseñando donde está el norte para poder encontrarnos de verdad con el Señor”, agrega. Guillermo Rodríguez, compañero de peregrinación, le secunda: “Ahora estamos todos como más polariza-



dos, como enemistados a veces y esa calma, esa ayuda, esa guía para seguir como hermanos con normalidad, con tranquilidad, con alegría como estamos haciendo aquí ahora Guillermo Rodríguez Eduardo y Lucía González son dos hermanos de Madrid, España que asistieron juntos al Jubileo, acompañados por los Claretianos. Eduardo subraya que “juntar a tantos jóvenes de distintas culturas e idiomas es algo muy bonito que nos ayuda a darnos cuenta de todo lo que nos une, que es la religión”. “No hay barreras entre nosotros”, exulta Lucía y destaca los gestos que tuvo el Papa Francisco con la juventud y recuerda cuando los convocó para esta cita en Roma. “Gracias a él nos sentimos realmente escuchados y valorados por la Iglesia”. “En el momento internacional que estamos viviendo, con tantos separatismos y tantas diferencias, encontramos en la fe algo que nos une y que es muy bonito”, puntualiza. “Estamos viendo tanta incertidumbre en el mundo y vemos que los jóvenes no podemos hacer nada, que así por lo menos estamos unidos por la Iglesia y la religión y podemos mandar un mensaje de unión”, agrega su hermano. Ambos piden a la Iglesia que les escuche y les acompañe, también en sus crisis vitales: “Que la iglesia esté a nuestro lado y nos acompañe en nuestros momentos de duda es un signo de que todos tenemos cabida en la Iglesia y no hay barreras ni fronteras entre naciones. Toda la juventud cabe en la Iglesia”.

LA IGLESIA EN EL MUNDO



Entrevista con la Premio Nobel de la Paz Malala Yousafzai

Todos debemos luchar valientemente por el derecho a la educación

En una entrevista exclusiva con los medios de comunicación del Vaticano, la Premio Nobel de la Paz habla de su compromiso con la educación de las niñas a través del 'Malala Fund' y reflexiona sobre el derecho a la escuela de los niños en los países devastados por la guerra. Malala Yousafzai también subraya la importancia del diálogo interreligioso para promover el derecho mundial a la educación.

ALESSANDRO GISOTTI

A los 14 años, en su lucha por hacer valer el derecho a la educación de las mujeres en su país, Pakistán, Malala Yousafzai se convirtió en el blanco de un brutal ataque talibán que casi acaba con su vida. Pero Malala no se detuvo. Continuó la batalla que empezó cuando sólo tenía 11 años, escribiendo en un blog para defender el derecho de las niñas a ir a la escuela en su región, el valle del Swat.

En muy poco tiempo, se ha convertido en una voz mundial en la promoción del derecho a la educación de las mujeres de todo el mundo. Se ha convertido en una inspiración para innumerables personas -mujeres y hombres- que se han unido a su causa.

En 2014, con solo 17 años, Malala se convirtió en la persona más joven en recibir el Premio Nobel de la Paz. Junto con su padre, el profesor Ziauddin Yousafzai, fundó el Malala Fund, que lleva más de una década luchando por el acceso a la educación a través de proyectos e iniciativas concretas.

En esta entrevista exclusiva con nuestro medio, Malala relata su apasionado compromiso con la educación de las niñas, reflexiona sobre los millones de niños a los que se niega la escolarización a causa de la guerra y subraya la importancia del diálogo interreligioso también para promover la educación.

Su trayectoria desde joven bloguera en el Swat Valley hasta activista mundial de la educación es fuente de inspiración en todo el mundo. ¿Ha cambiado con los años su experiencia personal y su compromiso con la educación?

Cuando empecé a implicarme en la educación de las niñas, estaba





Este pensamiento me quita el sueño. ¿Cuántos niños se están durmiendo ahora mismo con el sonido de los disparos? ¿Cuántas escuelas han sido bombardeadas esta semana? ¿Cuántas familias han quedado separadas para siempre y nunca volverán a reunirse? En Gaza, el número de niños muertos es espeluznante y aterrador

llena de esperanza. Creía que los líderes gubernamentales e institucionales solidarios utilizarían su poder para tomar medidas rápidas y decisivas a fin de transformar el mundo para las jóvenes. Hoy, a mis 28 años, debo admitir en una verdad más frustrante: el cambio lleva su tiempo. A pesar de mis años de activismo, más de 122 millones de niñas siguen sin ir a la escuela. La experiencia me ha enseñado que el progreso requiere algo más que promesas: exige soluciones creativas, recursos continuos y paciencia. Pero estos retos no han mermado mi sentido de la urgencia por crear un futuro mejor para las niñas. Esta es mi misión en la vida y siempre lo será.

Los conflictos y la violencia, desde Siria hasta Ucrania, desde Gaza hasta Sudán del Sur, impiden que millones de niños -especialmente niñas- asistan a la escuela, lo que agrava la crisis mundial de alfabetización. ¿Cómo podemos garantizar que estos niños no se queden atrás, olvidados?

Este pensamiento me quita el sueño. ¿Cuántos niños se están durmiendo ahora mismo con el sonido de los disparos? ¿Cuántas escuelas han sido bombardeadas esta semana? ¿Cuántas familias han quedado separadas para siempre y nunca volverán a reunirse? En Gaza, el número de niños muertos es espeluznante y aterrador. Cuando somos testigos de un genocidio como éste, a veces parece que no hay esperanza, como si no se pudiera hacer nada, pero no es cierto. Para ayudar a los niños afectados por los conflictos, podemos financiar la educación en situaciones de emergencia y apoyar a las organizaciones locales que ofrecen espacios para que los niños obtengan recursos básicos, material educativo y apoyo en salud mental. Mantener a los niños en la escuela o conseguir que vuelvan a la escuela lo antes posible es vital para su bienestar psicosocial y su sensación de seguridad.

La situación de las niñas afganas bajo el régimen talibán sigue siendo nefasta, con graves restricciones en su acceso a la educación. El futuro de toda una generación de mujeres afganas está en peligro. ¿Qué está haciendo el Malala Fund para ayudar a las niñas afganas y qué puede hacer la comunidad internacional para apoyar estos esfuerzos?

El alcance de la opresión talibán es casi inimaginable. A las mujeres y las niñas se les niega el acceso a la educación, al empleo y a todas las formas de participación pública y política. Controlan todos los aspectos de la vida de una mujer, incluso si puede ir a un parque, lo alta que puede ser su voz, cómo se viste. Esto es más que discriminación de género, es apartheid de género. Esta semana, el Malala Fund anunció que asignaremos 3 millones de dólares en subvenciones nuevas y ampliadas para ayudar a las niñas de Afganistán, abordando necesidades educativas urgentes y promoviendo la justicia a largo plazo. Desde escuelas en casa hasta televisión y radio por satélite, desde plataformas online hasta aplicaciones offline,

apoyamos programas innovadores y flexibles que permiten a las niñas continuar su educación bajo el régimen talibán. A través de nuestra Afghanistan Initiative, también nos unimos a mujeres líderes y activistas de derechos humanos para liderar un movimiento global, presionando a los líderes mundiales para que pongan fin al apartheid de género y garanticen un futuro para la educación de las niñas.

Usted ha destacado en numerosas ocasiones -especialmente cuando recibió el Premio Nobel de la Paz en 2014- que la educación es un derecho humano básico que debe protegerse y promoverse. Ha arriesgado su vida por este derecho. ¿Cómo cree que la educación puede contribuir a alcanzar objetivos como la igualdad de género, el desarrollo económico y la paz, especialmente en las comunidades marginadas?

La educación alimenta la esperanza de un futuro más pacífico y más justo. Es en la escuela donde los niños aprenden a pensar de forma crítica y a resolver problemas. Es allí donde hacen amigos, desarrollan la compasión y aprenden a trabajar con los demás. Estas habilidades son esenciales para enfrentarse a la injusticia -como la misoginia y la discriminación- y recordar a la gente nuestra humanidad común.

A través del Malala Fund, usted apoya a quienes defienden la educación local. ¿Puede contarnos la historia de un activista de base cuyo trabajo le inspiró y cómo su enfoque demuestra el poder de las iniciativas de alfabetización basadas en la comunidad?

Desde muy joven he visto cómo una persona puede tener un impacto positivo. Mi padre, maestro en nuestro pueblo de Pakistán, iba a menudo de puerta en puerta para convencer a las familias de que enviaran a sus hijas a la escuela. Sus esfuerzos cambiaron la vida de muchas niñas y de sus familias. Mi padre y yo creamos el Malala Fund para ayudar a más gente a cambiar las cosas. Hoy trabajamos con organizaciones dirigidas localmente en Afganistán, Brasil, Etiopía, Nigeria, Pakistán y Tanzania, que promueven avances en la educación de las niñas. Este verano visité el distrito de Kongwa, en Tanzania, para ver trabajar a nuestro socio Msichang Initiative. Esta organización ayuda a madres jóvenes que se han visto obligadas a abandonar la escuela a continuar sus estudios. Visité las aulas, conocí al personal y escuché a las alumnas hablar de los obstáculos a los que se enfrentan para aprender y de la determinación que las impulsa a seguir adelante. La Iniciativa Msichang ha ayudado hasta ahora a más de 400 jóvenes a volver a la escuela. Su compromiso conmigo reafirmó por qué esta lucha es tan importante y por qué es tan necesario invertir en personas apasionadas e innovadoras que quieran ayudar a las niñas a salir adelante.



A través de nuestra Afghanistan Initiative, también nos unimos a mujeres líderes y activistas de derechos humanos para liderar un movimiento global, presionando a los líderes mundiales para que pongan fin al apartheid de género y garanticen un futuro para la educación de las niñas

El Papa León XIV, al igual que el Papa Francisco, hizo hincapié en la importancia de la educación como elemento clave para fomentar la paz y promover los derechos humanos. ¿Está de acuerdo en que el diálogo interreligioso puede aumentar las iniciativas educativas?

Totalmente. Siempre hay algo que la gente puede aprender de los demás. Cuando empecé la universidad, conocí a muchos amigos nuevos de todo el mundo que me introdujeron en diferentes religiones, valores e intereses. Esto cuestionó algunas de mis creencias y amplió, para mejor, mi visión del mundo. Ese periodo fue tan importante en mi vida y en la formación de lo que soy hoy que he escrito mucho sobre él en mis nuevas memorias, *Finding My Way*. Espero que los lectores puedan ver en mi historia cómo la amistad y la comunidad pueden cambiarnos como individuos y cómo los lazos que creamos pueden cambiar el mundo que nos rodea. Cuando personas de distintas religiones se encuentran, puede ser una oportunidad para entenderse mejor y recordar los muchos valores que todos compartimos. Creo sinceramente en el poder de la educación para salvar las diferencias y fomentar la empatía entre culturas y religiones.



importante en mi vida y en la formación de lo que soy hoy que he escrito mucho sobre él en mis nuevas memorias, *Finding My Way*. Espero que los lectores puedan ver en mi historia cómo la amistad y la comunidad pueden cambiarnos como individuos y cómo los lazos que creamos pueden cambiar el mundo que nos rodea. Cuando personas de distintas religiones se encuentran, puede ser una oportunidad para entenderse mejor y recordar los muchos valores que todos compartimos. Creo sinceramente en el poder de la educación para salvar las diferencias y fomentar la empatía entre culturas y religiones.

Dentro de unos días será el Día de la Alfabetización de la ONU (8 de septiembre). ¿Qué mensaje le gustaría compartir con nuestros lectores para inspirar acciones que garanticen que todos los niños, especialmente todas las niñas, tengan la oportunidad de leer, escribir y aprender libremente?

Cada día hay muchas niñas que estudian a la luz de las velas, caminan kilómetros hasta la escuela o estudian a pesar de quienes les dicen que se queden en casa. Su valor y determinación para aprender me inspiran. En el Islam, los actos de servicio y la búsqueda del conocimiento son principios fundamentales de la fe. Sé que también se valoran en la tradición católica. Si hay niñas capaces de arriesgarlo todo por la oportunidad de aprender, creo que todos podemos encontrar la fuerza para hacer oír nuestra voz junto a ellas. El cambio no se producirá por sí solo. Debemos escuchar a las niñas y pedir a nuestros dirigentes que inviertan en educación y en soluciones duraderas.

Una historia desde Trujillo del Papa León XIV en tiempos recios

Ante todo la esperanza



En 1984, don Felipe Alvarado y su hija Adá Gabriela, con el padre Robert Prevost animando la fe de su pueblo, en la parroquia San José Obrero de Chulucanas.

PAOLA UGAZ

Cuando en 1985, el entonces joven sacerdote, Robert Prevost, hoy Papa León, viajó a vivir a Chulucanas en Piura, al norte de Perú, se encontró con una situación distinta a la que encontramos hoy: se puede llegar en una carretera asfaltada, hay mayor acceso a servicios públicos y una red de desarrollo agrario en el que se exporta mangos y arándanos al mundo, así como se consume limones y arroz, para el crecimiento de la gastronomía peruana.

Si uno llega a Chulucanas tras la elección del hoy agustino más ilustre se encontrará en la plaza principal con una exposición de fotos del entonces sacerdote Robert Prevost durante su vida en el Perú y una pizarra con plumones de colores para escribir sobre él. Como parte de un regalo especial para el “padre Robert”, los niños de la zona practican en grupo como hacer los pasos de la cumbia del Papa que elaboró el famoso cantante Donnie Yaipen y que dice en una parte de la canción: “Aunque el Papa nació en Chicago, lo mejor lo vivió en Perú, le rezaba a Santa Rosita y al Cautivo de Monsefú...porque el Papa es más peruano que el ceviche y esta canción...”.



*Aún hoy y a pesar
de la riqueza que viene
de la agroexportación,
Chulucanas es una
de las localidades más pobres
del país y la llegada
de los misioneros
de la provincia agustina
en Chicago, en colaboración
con la provincia de Santo
Tomas de Villanova
en Pensilvania, fue un punto
de inflexión positivo
en su historia*

Aún hoy y a pesar de la riqueza que viene de la agroexportación, Chulucanas es una de las localidades más pobres del país y la llegada de los misioneros de la provincia agustina en Chicago, en colaboración con la provincia de Santo Tomas de Villanova en Pensilvania, fue un punto de inflexión positivo en su historia. La decisión de los agustinos de venir al norte de Perú fue la respuesta al llamado del Papa Juan XXIII (1958-1963) de enviar misioneros para incrementar las vocaciones en América Latina. Es por esa razón que en 1964 se instaló la Prelatura de San Juan de Sahagun y que en 1988 fue ascendida a Diócesis.

En 1961, el Papa Juan XXIII “hizo un llamado a las Órdenes y Congregaciones norteamericanas invitándoles a enviar religiosos y religiosas a América Latina”. Según reseña el agustino Ricardo Mullen, el Papa Juan XXIII pidió que el 10 por ciento de miembros de las congregaciones fueran enviadas a América porque había “escasez de vocaciones en el ministerio”.

La misión inicial se extendía en Piura en las provincias de Morropon (cuya capital es Chulucanas), Ayabaca y Huancabamba. Esta área de cerca de 13.500 kilómetros cuadrados es rica en tierras agrícolas y grandes extensiones de agua. El territorio está entre 120 metros y los 4000 metros sobre el nivel del mar. Colinda por el norte con Ecuador. Luego, los agustinos hicieron una extensión a Trujillo en La Libertad cuando se instala la escuela de formación de religiosos agustinos.

Aterrizaje en Lima

Pero antes de poner en marcha la misión en Piura se estableció una iglesia en Lima en la urbanización club de Villa, al sur de la capital, que en ese entonces se consideraba fuera de la ciudad y era un territorio sin construir. Además, gracias a los buenos oficios del entonces provincial, padre Francis Cavanaugh OSA junto al Cardenal peruano, Juan Landazuri Ricketts y miembros del gobierno de Fernando Belaunde Terry, obtuvieron el terreno para construir una iglesia en la acomodada zona de Monterrico en Lima. Es así que el 4 de marzo de 1964, el Papa Pablo VI (1963-1978) erige la Prelatura Nullius de Chulucanas y la confió a la Provincia de Nuestra Señora del Buen Consejo de Chicago y nombró como obispo a John Conway McNabb, OSA, quien en ese entonces tenía 38 años.

“A real gringo”

Era un reto tan grande asumir la tarea de Chulucanas que hasta el final el Nuncio apostólico de entonces, monseñor Romulo Carboni, le pregunto a McNabb si aceptaba o no la tarea. La primera misa se hizo en la plaza y lo ayudaron con un texto en español para la homilía y que leyó McNabb con dificultad. En las memorias de esos días, McNabb dijo que quedo claro para todos que había llegado “a real gringo”. Así, la Santa Sede nombra en mayo de 1964 como primer prelado Nullius a John Conway McNabb, OSA. Tres

años después McNabb fue ordenado obispo

En entrevista con Osservatore Romano, el sacerdote agustino, John Lydon, que vivió por 40 años en Perú y fue compañero y colega del hoy Papa León XIV, recuerda que la llegada de los agustinos al Perú no fue nada fácil: “llegamos cuando aún no se había realizado la reforma agraria en el país (sucedió en 1968) y todo era muy diferente”.

“Las familias que vivían en las haciendas no tenían acceso a la educación y es por esa razón que lo primero que se hizo fue una escuela para mujeres y un programa de becas para que los profesores viajen a Lima a mejorar su formación”.

John Lydon es un religioso y académico nacido en Canadá que estudió en la Universidad de Villanova y terminó la carrera en 1977. Es de la misma promoción de Roberto Prevost. Estudió educación secundaria y ciencia política y al igual que el Papa León XIV ostenta con mucho orgullo su Documento Nacional de Identidad como un peruano más.

Reencuentro en Chulucanas

Lydon recuerda que el reencuentro con el Papa León XIV fue en 1985 en Chulucanas a donde llegó en 1983, aunque ambos desempeñaron diferentes tareas: mientras Lydon se dedicaba al trabajo pastoral y al acompañamiento a los laicos, al entonces sacerdote Prevost le encargaron hacer toda la documentación para que la Prelatura de Chulucanas se convierta en diócesis. Una tarea difícil sobretodo por la burocracia que había que sortear con el ministerio de Relaciones Exteriores, con sede en Lima, pero además porque en ese entonces, Perú atravesaba una crisis económica en ciernes y ya se sufría el embate de los grupos terroristas: Sendero Luminoso -de corte maoísta- y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru, -de corte guevarista-. Robert Prevost se quedó en Chulucanas de 1985 hasta 1986, período en el que dejó lista la documentación para que se eleve de Prelatura a Diócesis a Chulucanas. En 1989, el Papa Juan Pablo II le dio la distinción de Diócesis a Chulucanas, mientras seguía John McNabb como obispo.

Prevost y su regreso a Perú en 1987

En 1987, relata John Lydon, decidieron tener un espacio de forma-



Padre John Lydon



En Trujillo, las tareas que tuvo Robert Prevost por hacer iban desde las obvias: buscar un terreno, planear la construcción, la formación de los agustinos, la actividad pastoral, el trabajo con los laicos para tener más sedes religiosas y apoyar a las urgencias de Chulucanas

ción para los agustinos y escogieron la ciudad de Trujillo, capital de La Libertad. En 1988, el sacerdote agustino, Daniel Turley invita a Prevost como parte del proyecto de la casa de formación junto al padre John McKniff.

En Trujillo, las tareas que tuvo Robert Prevost por hacer iban desde las obvias: buscar un terreno, planear la construcción, la formación de los agustinos, la actividad pastoral, el trabajo con los laicos para tener más sedes religiosas y apoyar a las urgencias de Chulucanas.

Al llegar a Trujillo, las tareas se multiplicaron para Robert Prevost, porque además el entonces obispo de Trujillo, Manuel Prado Pérez, le pidió ser vicario judicial por sus conocimientos en derecho canónico. También lo designaron como rector de estudios del Seminario San Carlos y San Marcelo y catedrático de derecho canónico y patología. Las “otras” tareas dentro de la comunidad fueron ser chofer de la camioneta “van” para llevar y recoger a los alumnos del seminario, profesor de inglés y de computación, supervisor de la construcción de la casa de formación y maestro de “concentración” en los estudios.

El Vicario agustino de Trujillo, Ramiro Castillo, recuerda que una vez, Robert Prevost, le aconsejó prender una vela en su habitación y así retomar la concentración que requería para aprobar los exámenes en el seminario. También se metió de “pico y patas” como decimos en peruano en la construcción de dos iglesias en Santa Rita de Casia y Santa María en Monserrate, que en ese entonces, se ubicaban en la periferia de Trujillo, pero eso es parte de otra historia.

Habemus casa en medio de la crisis

La casa de formación agustinos de Trujillo ubicada en Santa María se inauguró el 28 de agosto de 1990 en una misa presidida por el Arzobispo de Trujillo, monseñor Manuel Prado Pérez. La primera comunidad estuvo formada por el hoy Papa León XIV, el Siervo de Dios Juan McNiff y el fallecido sacerdote Gerardo Theis.

Todo mientras en Perú se atravesaba la crisis económica que batió récords: 7 mil por ciento de inflación, escasez de combustible y alimentos básicos. En 1990, el entonces presidente Alberto Fujimori decretó un shock económico y la crisis se volvió generalizada porque la banda terrorista Sendero Luminoso atacó con bombas en Trujillo que causaba apagones y una columna terrorista ingresó a Pacaipampa en Ayabaca.

Aún así, la violencia estaba ahí pero el riesgo de vivir en esos tiempos en Trujillo era muy grande y había amenazas abiertas a los sacerdotes de parte de Sendero Luminoso. El 09 de agosto de 1991 y 25 de agosto de 1991 en Chimbote (Ancash), los sacerdotes católicos, de nacionalidad polaca, Zbigniew Adan Strzalkowski y Michael Tomaszek , y nacionalidad italiana, Alessandro Giusseppe

Dordi Negroni, “fueron víctimas de la violación de su derecho fundamental a la vida cometidos por miembros del Partido Comunista del Perú- el PCP-SL (PCP-SL)”, según el informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR). Ancash es limítrofe con el departamento de La libertad y desde 1989, Sendero Luminoso empezó a asesinar a religiosos de la iglesia católica lo que causó que los jefes de los agustinos les pidieran un plan de salida del país, a través de la frontera de Ecuador, porque al ser sacerdotes nacidos en Estados Unidos eran un blanco para los terroristas. Desde 1987 hasta 1992 murieron 10 sacerdotes y monjas de la iglesia católica, según la CVR.

Decisión difícil y al lado de la gente

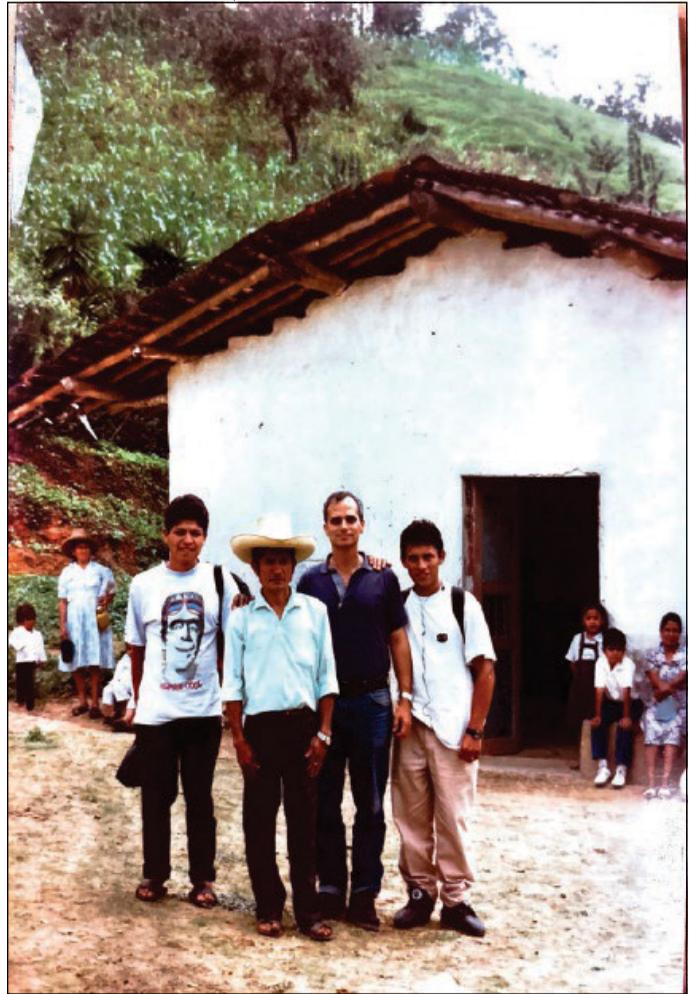
En medio de esa peligrosa y difícil trance, en Estados Unidos les piden desarrollar un plan de salida del país a través de la frontera del Ecuador con el fin de proteger a los seminaristas peruanos y trasladarlos a comunidades ecuatorianas. Entonces, según indica a OR, Lydon conversó con Robert Prevost y Gerardo Theis sobre lo que debían hacer y “decidimos que esa no era una respuesta adecuada, ni la más evangélica. Nosotros debemos acompañar a la gente en tiempo de la cruz, en tiempo de la oscuridad que eran estos años, ¿no?”.

“Entonces nosotros hemos hecho un plan de acompañamiento de la gente en el tiempo de la cruz y lo presentamos argumentando que era más fiel a lo que debemos hacer como misioneros y como iglesia. Y al final (nuestros Jefes en Estados Unidos) aceptaron. Ellos dijeron está bien si quieren, entonces, no insistieron”, explica.

Entonces, según señala Lydon decidieron junto a Prevost y Theis, quedarse en Perú, y decirle a su comunidad que la iglesia no los iba a abandonar, hacer un trabajo pastoral sin que ninguna corra riesgos innecesarios y en el medio de apagones y un toque de queda. De ese modo, los jefes en Estados Unidos aceptaron la decisión de no dejar el Perú en tiempos recios.

“Lo fundamental era mantener la esperanza, no encerrarnos en el miedo y seguir trabajando el plan pastoral con la gente (Nueva Imagen de la Parroquia, donde los laicos eran la nueva fuerza de la organización). Nuestro estilo es el trabajo de equipo. Junto al trabajo pastoral, organizamos comedores populares para la gente y tratamos en equipo de que haya esperanza”, finaliza Lydon.

Visto lo visto, funcionó. Y de qué manera.



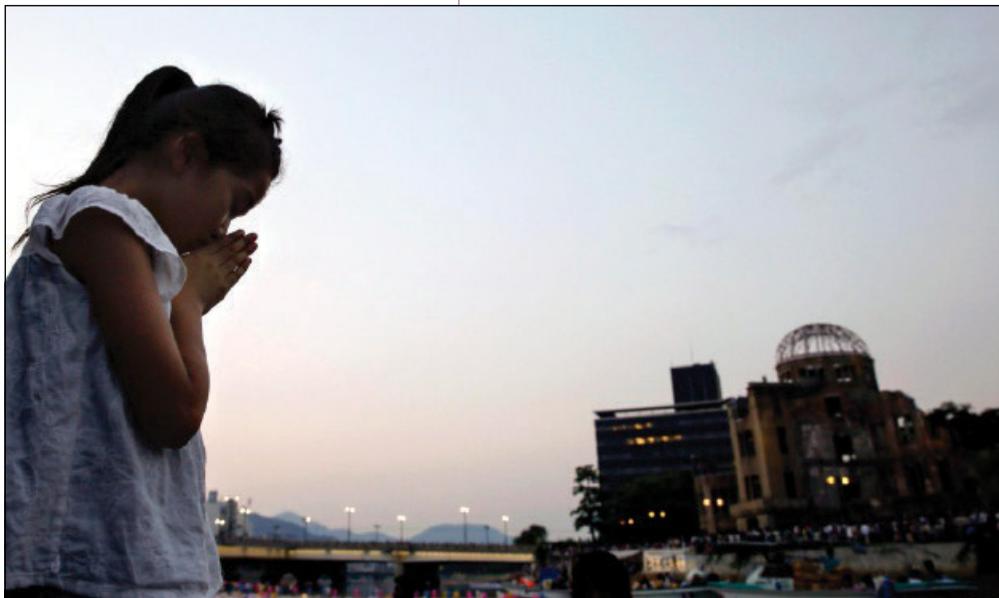
El cardenal Cupich en Nagasaki en el aniversario del bombardeo atómico

La carrera por el rearme nuclear no se gana, solo se puede perder

El arzobispo de Chicago, en su homilía en la Misa por las víctimas de la bomba atómica, celebrada esta mañana en Hiroshima, recordó que el día en que la Iglesia conmemora la Transfiguración del Señor, contrasta la luz que brilló en el monte Tabor con la luz cegadora que devastó Hiroshima: «Cuando ignoramos la visión del Tabor, cuando hacemos oídos sordos a la voz de Dios que nos llama al amor fraterno, terminamos allanando el camino para el odio y la devastación».

En el Monte Tabor, la luz reveló nuestro llamado a compartir

eternamente la gloria divina como hijos e hijas del Padre; en Hiroshima, la luz trajo destrucción, oscuridad y muerte inimaginables. Con estas palabras, el cardenal Blase Cupich, arzobispo de Chicago, abrió su homilía en la Misa por las víctimas de la bomba atómica, celebrada esta mañana en Hiroshima, el día en que la Iglesia celebra la Transfiguración del Señor y en el octogésimo aniversario



sario de aquella explosión que cambió para siempre la historia de la humanidad.

Una luz de destrucción

En el corazón de su homilía, el cardenal Cupich contrastó la luz que brilló en el monte Tabor con la luz cegadora que devastó Hiroshima: «En el Tabor», dijo, «Jesús se reveló a los discípulos como el Señor de la historia, y el Padre proclamó desde el cielo: “Este es mi Hijo amado... escúchenlo”. Pero aquí, hace ochenta años, una luz diferente descendió del cielo: una luz de destrucción que sumió al mundo en un silencio devastador». Para el cardenal, este contraste nos obliga a afrontar la verdad: «Cuando ignora-

mos la visión del Tabor, cuando hacemos oídos sordos a la voz de Dios que nos llama al amor fraterno, terminamos allanando el camino para el odio y la devastación».

El testimonio de los supervivientes

Haciendo eco de las palabras del Papa Francisco, pronunciadas en el mismo lugar en 2019, Cupich reiteró lo que él llama los "tres imperativos morales" para salvaguardar el futuro de la humanidad: recordar, caminar juntos y proteger. "Recordar", enfatizó, "significa evitar que la tragedia de Hiroshima caiga en el olvido. Significa transmitir a las generaciones futuras la memoria de los hibakusha, aquellos sobrevivientes que, con su testimonio, gritaron durante décadas: ¡nunca más!". Pero la memoria, añadió, no puede ser meramente histórica: "Como Jesús conversando con Moisés y Elías en la montaña, estamos llamados a situar nuestras tragedias en el plan salvífico de Dios, que abarca los orígenes y señala el día en que el Hijo del Hombre reunirá a todos los pueblos y lenguas. Necesitamos una memoria viva que despierte las conciencias y pueda decir a cada generación: ¡nunca más!".

Escucha y respeto

Para Cupich, la respuesta cristiana exige "generar reacciones en cadena de paz y reconciliación, caminar juntos como pueblo en éxodo, dejando de lado el nacionalismo y la rivalidad, escuchando las historias de los demás y construyendo una mesa donde nadie quede excluido". El arzobispo de Chicago también enfatizó la contribución de la Iglesia al bien común: "Nuestra experiencia sinodal", dijo, "ofrece al mundo un ejemplo concreto: aprender a escucharnos, a dialogar, a respetarnos. Este es el camino hacia la paz y, juntos, hacia la liberación interior".

Construyendo caminos de paz

Finalmente, el cardenal abordó el tercer imperativo: la protección. «En un mundo marcado por una guerra mundial librada a pedazos», recordó, «no hay seguridad para nadie mientras falte la paz, ni siquiera en un solo rincón de la tierra». Tras recordar la imagen evangélica de los discípulos «envueltos en la nube en la montaña» para indicar el significado más profundo de esta protección, Cupich concluyó su intervención con una invitación que es a la vez compromiso y misión: «Hace ochenta años, el mundo presenció el alarmante abuso del ingenio humano empeñado en la destrucción. Hoy, aquí en Hiroshima, estamos llamados a usar ese ingenio para protegernos y construir caminos de paz. Esta fiesta de la Transfiguración cambió para siempre hace ochenta años. Mantengámonos firmes al explicarle al mundo por qué». (Sara Costantini)



Para Cupich, la respuesta cristiana exige "generar reacciones en cadena de paz y reconciliación, caminar juntos como pueblo en éxodo, dejando de lado el nacionalismo y la rivalidad, escuchando las historias de los demás y construyendo una mesa donde nadie quede excluido"

El Borgo Laudato si', un lugar de fe y cuidado de la creación



LORENA PACHO PEDROCHE

En el Borgo (burgo) Laudato si' de Castel Gandolfo se respira armonía, fe, paz y la belleza de la creación en todo su esplendor. La atmósfera es idílica: jardines cuidados al detalle, flores de colores alegres, árboles centenarios, huertos y cultivos prometedores. Las vistas panorámicas de los Montes Albanos, que se funden con el mar al fondo y con el lago, causan deleite en el visitante, que se ve envuelto por un silencio inspirador solo interrumpido por el trino de los pájaros y el susurro del viento cuando mueve la vegetación. El entorno invita al discernimiento, a la oración y la reflexión y a cuidar la casa común.

Este hermoso paraje, situado en los jardines de las Villas Pontificias de la localidad de Castel Gandolfo, en medio de la naturaleza a poca distancia de Roma está inspirado en la encíclica del Papa Francisco sobre el cuidado de la casa común. Y pretende promover la cultura del cuidado de la casa común y ser un modelo de desarrollo sostenible e integral que se articula en torno a tres ejes: educación en ecología integral, economía circular y generativa, y sostenibilidad medioambiental.

El Borgo Laudato si' es un lugar de formación, trabajo y colaboración, que espera recibir dos mil estudiantes al año, procedentes de todo el mundo. Es también un lugar de inclusión, sin barreras y adaptado para personas con discapacidad. Se extiende por 35 hectáreas de jardines y 20 hectáreas de terreno agrícola y granja, que son morada de animales y de más de 3000 plantas de 300 especies diversas. El visitante, además, podrá deslumbrarse visitando los restos arqueológicos de la Villa del emperador romano Domiciano.

En cuanto a la zona de los jardines, el Borgo se encarga de su conservación, mantenimiento y cuidado, así como de su desarrollo, utilizando también nuevas técnicas e innovaciones tecnológicas que permiten custodiar mejor la riqueza del lugar y preservar su integridad para las generaciones futuras. "El Borgo es una bellísima realidad donde los principios de la Laudato si' encuentran verdadero

hogar. Es un modelo de economía circular que se vuelve generativa: produce beneficios que se reinvierten en formación. La materia prima es la formación en ecología integral, enraizada en el territorio y en diálogo con la comunidad”, ha señalado a los medios vaticanos el cardenal Fabio Baggio, subsecretario del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral y director general del Centro de Alta Formación Laudato si’.

El Papa León XIV inauguró el viernes 5 de septiembre oficialmente el Borgo Laudato si’ con una ceremonia solemne. El Pontífice recorrió las instalaciones y los jardines y encontró a los trabajadores del Borgo y a sus familias.

También saludó a Pio Eugenio Zevini, un hombre de 80 años que nació en la cama que perteneció a Pío XII, cuando las villas pontificias abrieron sus puertas a la población local, entre la que se encontraban varias mujeres embarazadas, que buscaba refugio, durante la Segunda Guerra Mundial, para protegerse de las incursiones nazis y los bombardeos aéreos estadounidenses.

Es una muestra de la historia centenaria de este emplazamiento tan singular.

El lugar, que durante siglos ha sido residencia de los Papas, abre al gran público, que podrá contemplar un ejemplo práctico de cómo se aplican los principios de la encíclica Laudato si’, escrita por el Papa Francisco hace diez años. Este proyecto nace por voluntad de Francisco, que confió en el año 2023 al Centro de Alta Formación Laudato si’ la misión de crear un lugar donde el cuidado de la creación y el respeto de la dignidad humana, sobre todo de los más frágiles, puedan protegerse y ponerse en valor.

El visitante encontrará en un único lugar siglos de historia, bellezas naturales únicas y se sumergirá en la ecología integral recorriendo jardines históricos, palacios, monumentos, restos arqueológicos y los nuevos espacios dedicados a la formación y al cultivo biológico y regenerativo. Un proyecto edificado sobre una base de espiritualidad, educación y sostenibilidad, con el objetivo de ofrecer un espacio abierto, accesible e inclusivo para formarse, reflexionar y experimentar una relación más consciente y de respeto con la creación.



La materia prima es la formación en ecología integral, enraizada en el territorio y en diálogo con la comunidad”, ha señalado a los medios vaticanos el cardenal Fabio Baggio, subsecretario del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral y director general del Centro de Alta Formación Laudato si’.



Sor Alessandra Smerilli, secretaria del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral y consejera del Centro de Alta Formación Laudato si', ha definido el Borgo como un lugar de esperanza. "Es un proyecto de esperanza. Un modelo de cómo vivir reconciliados con uno mismo, con Dios, con los demás y con la casa común. La Laudato si' no es solo una encíclica verde, es una encíclica social: aquí hablamos también de inclusión. Se ofrecen cursos para jardineros, restauración, hospitalidad y mucho más, pensados especialmente para migrantes, refugiados, mujeres víctimas de violencia o trata, y personas que salen de prisión", ha explicado en conversación con los medios vaticanos.



El proyecto también incluye una escuela de formación profesional dedicada a los más vulnerables de la zona y los alrededores, para que puedan aprender un oficio y después trabajar en el Borgo Laudato si'. "Es un ejemplo de que la Iglesia no solo predica, sino que también pone en práctica lo que dice, lo hace, lo vive", ha señalado el padre Don Manuel Dorantes, director administrativo del Centro de Alta Formación. Y ha explicado que el objetivo es formar en sostenibilidad, justicia social y cuidado de la creación. En el Centro también se ofrecerá formación para grandes empresarios, a los que invitarán a reflexionar sobre un modelo económico donde la ganancia también tenga en cuenta la dignidad del trabajador y el respeto de la creación y que esté al servicio del bien común para mejorar el mundo para todos, siguiendo los principios que Francisco describió en la Laudato si'.

Evangelio y ambiente son prioridades

En un telegrama firmado por el cardenal secretario de Estado Parolin, enviado a la Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA) que se reunió del 17 al 20 de agosto en Bogotá, el Papa pidió que la misión de la Iglesia, el trato justo a los pueblos y la protección de la casa común se interconecten en la “acción pastoral” de la región y que se apoye concretamente a los obispos en su ministerio. El Pontífice ha animado a los obispos de la región amazónica a evangelizar «con claridad» y les ha recordado el «derecho y deber» de proteger los bienes naturales.

En el texto, dirigido al presidente de la Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA), el cardenal peruano Pedro Ricardo Barreto, León XIV ha señalado que la labor pastoral en esa región debe integrar tres dimensiones que están interconectadas. Se trata de «la misión de la Iglesia de anunciar el Evangelio a todos los hombres, el trato justo a los pueblos que allí habitan y el cuidado de la ‘casa común’».

«Dentro de esta doctrina perenne, no menos evidente es el derecho y el deber de cuidar de la ‘casa’ que Dios Padre nos ha confiado como a administradores solícitos», indica el Papa en el telegrama.

El pontífice advierte también que nadie debe destruir de forma irresponsable los «bienes naturales que hablan de la bondad y belleza del Creador». También subraya que es «preciso» que Jesucristo «sea anunciado con claridad e inmensa caridad entre los habitantes de la Amazonía». Y anima a los obispos a fortalecer la unidad y la colegialidad como «organismo episcopal». Además, exhorta a los prelados a «ayudar de manera concreta y eficaz a los obispos diocesanos y a los vicarios apostólicos a llevar a cabo su misión».



El Papa pidió que la misión de la Iglesia, el trato justo a los pueblos y la protección de la casa común se interconecten en la “acción pastoral” de la región y que se apoye concretamente a los obispos en su ministerio



Llamamiento de León XIV en la Jornada de ayuno y oración por la paz mundial

Oremos juntos, libres del odio y la división

El Papa León XIV convocó para el viernes 22 de agosto, memoria de la Santísima Virgen María, Reina del cielo una jornada de ayuno y oración por la paz. «Mientras nuestra tierra sigue estando herida por las guerras en Tierra Santa, en Ucrania y en tantas otras partes del mundo, supliquemos al Señor que conceda paz y justicia y que enjugue las lágrimas de los que sufren», dijo al finalizar la audiencia general del miércoles 20 de agosto.

“Hoy celebramos la memoria de la Santísima Virgen María Reina, también invocada como Reina de la Paz. Vivamos este día en ayuno y oración, suplicando al Señor por el don de la paz. #OremosJuntos para que los corazones se liberen del odio, para que se salga de la lógica de la división y la represalia y prevalezca la visión de conjunto animada por el bien común”. León XIV escribió esto

en una publicación en X desde su cuenta @Pontifex .

En la Jornada de Ayuno y Oración que convocó, el Pontífice invita al mundo no sólo a invocar la paz, sino sobre todo a hacerlo unido, mirando el bien común de los pueblos más que las divisiones y las represalias de los individuos.

Tierra Santa, Ucrania, Darfur, Myanmar, Bangladesh, la República Democrática del Congo, Haití: estos son solo algunos de los muchos, demasiados, países hoy devastados y desgarrados por el conflicto.

Es por ellos que el Papa nos invita a orar, para que el Señor enjugue sus lágrimas y sane sus heridas.

Pero si único parece el hilo rojo sangre que une el dolor de las zonas de guerra, único es también el hilo de esperanza del que podemos volver a empezar: el llamamiento del Papa a orar por la paz fue de hecho acogido en muchas Iglesias particulares del mundo, que se han unido a la Jornada de ayuno y oración con múltiples iniciativas.



León XIV erige la Diócesis de Stella Maris en República Dominicana

La nueva diócesis con territorio desmabrado de la Arquidiócesis Metropolitana de Santo Domingo tendrá como obispo al padre Manuel Antonio Ruíz de la Rosa, del clero de la misma arquidiócesis

El Santo Padre ha erigido la Diócesis de Stella Maris, en República Dominicana, con territorio desmembrado de la Arquidiócesis Metropolitana de Santo Domingo, haciéndola sufragánea de la misma circunscripción eclesiástica.

Al mismo tiempo, ha nombrado primer obispo de Stella Maris al padre Manuel Antonio Ruíz de la Rosa, del clero de la misma arquidiócesis y, hasta ahora, párroco de Santo Domingo de Guzmán.

La Nueva Diócesis dominicana

La nueva Diócesis de Stella Maris se extiende por una superficie de 588,87 km² y cuenta con una población de 1.291.516 personas, de los cuales 943.762 son católicos.





Stella Maris cuenta con 64 parroquias, 40 sacerdotes diocesanos, 55 sacerdotes religiosos, 39 diáconos permanentes, 12 seminaristas, 12 religiosos profesos y 83 monjas. Después del desmembramiento de la Arquidiócesis Metropolitana de Santo Domingo, los municipios que forman el territorio de la Diócesis de Stella Maris son: Santo Domingo Este, San Antonio de Guerra y Boca Chica

Stella Maris cuenta con 64 parroquias, 40 sacerdotes diocesanos, 55 sacerdotes religiosos, 39 diáconos permanentes, 12 seminaristas, 12 religiosos profesos y 83 monjas. Después del desmembramiento de la Arquidiócesis Metropolitana de Santo Domingo, los municipios que forman el territorio de la Diócesis de Stella Maris son: Santo Domingo Este, San Antonio de Guerra y Boca Chica.

Por su parte, la Arquidiócesis de Santo Domingo reduce su extensión a 3.406,13 Km², cuenta con una población de 2,906,306 personas, de las cuales 2,539,412 son católicas.

El servicio pastoral estará al cuidado de 156 parroquias, 150 sacerdotes diocesanos, 166 presbíteros religiosos, 132 diáconos permanentes, 29 seminaristas, 37 religiosos profesos y 448 monjas. Además del Distrito Nacional, Santo Domingo Norte y Oeste, a la Arquidiócesis Metropolitana le corresponden los municipios de Los Alcarrizos, Pedro Brand, Monte Plata, Bayaguana, Yamasá, Peralvillo y Sabana Grande de Boyá.

Las diócesis sufragáneas, son, además de la nueva diócesis, las de Baní, Nuestra Señora de la Altagracia en Higüey, Barahona, San Juan de la Maguana y San Pedro de Macorís.

Currículum vitae de mons. Ruiz de la Rosa

Nació el 27 de agosto de 1965, en Los Haitises, Bayaguana. Estudió filosofía en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) y teología en el Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino (SPSTA). Fue ordenado sacerdote el 10 julio 1993. Posee un doctorado en Humanidades por la Universidad de Sevilla, España.

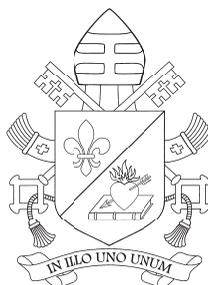
Ha sido profesor en la PUCMM, la Universidad Católica Santo Domingo (UCSD) y formador en el SPSTA. Fue enlace del Poder Ejecutivo con la Iglesia católica, cofundador de Radio María de la Altagracia (Santo Domingo), director de Televida canal 41, así como de las emisoras Radio ABC y Vida FM.

Fundó los siguientes proyectos: Movearte, movimiento de evangelización a través del arte; Politécnico Movearte, donde el modelo educativo está centrado en el arte y la diversión; Posada de Belén, casa de acogida para mujeres en peligro de aborto; Vida sobre el Ozama, iniciativa que buscaba transformar la vida de las comunidades de la ribera del río Ozama, entre otros.

En la actualidad, es secretario ejecutivo de la Comisión Nacional de Vida de la Conferencia del Episcopado Dominicano (CED), delegado de la CED ante el Consejo Económico y Social (CES), y director del proyecto “Hogar Vida y Esperanza”, dedicado a niños abandonados y con discapacidad.



Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



ÁNGELUS

Plaza de San Pedro Domingo, 31 de agosto de 2025

Detengamos la pandemia de armas que infecta al mundo

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! Sentarse a la mesa juntos, especialmente en los días de descanso y de fiesta, es un signo de paz y de comunión en todas las culturas. En el Evangelio de este domingo (Lc 14,1.7-14), Jesús es invitado a comer por uno de los jefes de los fariseos. Tener invitados ensancha el espacio del corazón, y hacerse huésped exige la humildad de entrar en el mundo del otro. Una cultura del encuentro se nutre de estos gestos que acercan.

Encontrarse no siempre es fácil. El evangelista señala que los comensales “observaban” a Jesús y, en general, Él era mirado con cierta desconfianza por los intérpretes más rigurosos de la tradición. Sin embargo, el encuentro es posible porque Jesús se hace realmente cercano, no permanece ajeno a la situación. Se hace huésped de verdad, con respeto y autenticidad. Renuncia a esos buenos modales que son sólo formalidades que eluden comprometerse recíprocamente. Así, con su estilo, mediante una parábola, describe lo que ve e invita a pensar a quienes lo observan. De hecho, Él se había percatado de una carrera por ocupar los primeros lugares. Esto sucede también hoy, no tanto en la familia, sino en las ocasiones en que importa “hacerse notar”. Entonces, el estar juntos, se transforma en una competición.

Hermandades y hermanos, sentarnos juntos en torno

a la mesa eucarística, en el día del Señor, significa también para nosotros darle a Jesús la palabra. Él, se hace nuestro huésped y puede describir cómo nos ve. Es muy importante vernos a través de su mirada, repensar cómo muchas veces reducimos la vida a una competición, cómo perdemos la compostura con tal de obtener algún reconocimiento, cómo nos comparamos inútilmente unos con otros. Detenernos a reflexionar, dejarnos sacudir por una Palabra que cuestiona las prioridades que ocupan nuestro corazón, es una experiencia de libertad. Jesús nos llama a la libertad.

El Evangelio usa la palabra “humildad” para describir la forma plena de la libertad (cf. Lc 14,11). La humildad, en efecto, es ser libre de uno mismo. Nace cuando el Reino de Dios y su justicia se han convertido verdaderamente en nuestro interés y podemos permitirnos mirar lejos: no la punta de nuestros pies, ¡sino lejos! Quien se engrandece, en general, parece no haber encontrado nada más interesante que sí mismo y, en el fondo, tiene poca seguridad en sí. Pero quien ha comprendido que es muy valioso a los ojos de Dios, quien se siente profundamente hijo o hija de Dios, tiene cosas más grandes de las que gloriarse y posee una dignidad que brilla por sí sola. Esa se coloca en primer plano, ocupa el primer lugar sin esfuerzo y sin estrategias, cuando en vez de servirnos de las situaciones, aprendemos a servir.

Queridos amigos, pidamos hoy que la Iglesia sea para todos un taller de humildad, es decir, esa casa en la que siempre se es bienvenido, donde los puestos no se conquistan, donde Jesús puede

tomar todavía la Palabra y educarnos en su humildad y en su libertad. María, a quien ahora invocamos, es verdaderamente la Madre de esta casa.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas, lamentablemente, la guerra en Ucrania sigue sembrando muerte y destrucción. También en estos días, los bombardeos han alcanzado varias ciudades, incluida la capital, Kiev, causando numerosas víctimas. Renuevo mi cercanía al pueblo ucraniano y a todas las familias afectadas. Invito a todos a no ceder a la indiferencia, sino a acercarse con la oración y con gestos concretos de caridad. Reitero con fuerza mi urgente llamamiento a un alto el fuego inmediato y a un compromiso serio con el diálogo. Es hora de que los responsables renuncien a la lógica de las armas y emprendan el camino de la negociación y la paz, con el apoyo de la comunidad internacional. La voz de las armas debe callar, mientras que debe alzarse la voz de la fraternidad y la justicia.

Elevemos nuestras oraciones por las víctimas del trágico tiroteo ocurrido durante una misa de estudiantes en Minnesota, Estados Unidos. Oremos también, por los innumerables niños asesinados y heridos cada día en todo el mundo. Supliquemos a Dios que detenga la proliferación de las armas, largas y cortas, que infectan el mundo. Que nuestra Madre María, Reina de la Paz, nos ayude a cumplir la profecía de Isaías: «Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas» (Is 2, 4).

Nuestros corazones también están heridos por las más de cincuenta personas fallecidas y las aproximadamente cien que siguen desaparecidas tras el naufragio de una embarcación cargada de migrantes que intentaban recorrer los 1100 kilómetros que separan Mauritania de las Islas Canarias y que volcó cerca de la costa atlántica de Mauritania. Esta tragedia mortal se repite cada día en todo el mundo. Oremos para que el Señor nos enseñe, como individuos y como sociedad, a poner plenamente en práctica su palabra: «estaba de paso, y me alojaron» (Mt 25,35).

Encomendemos a todos los heridos, desapareci-

dos y fallecidos, en cualquier lugar del mundo, al amoroso abrazo de nuestro Salvador.

Mañana, 1 de septiembre, es la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación. Hace diez años, el Papa Francisco, en sintonía con el Patriarca Ecuménico Bartolomé I, instituyó esta Jornada para la Iglesia católica. Esta celebración es más que nunca importante y urgente, y este año, tiene como tema «Semillas de paz y esperanza». Unidos a todos los cristianos, la celebramos y la prolongamos en el “Tiempo de la Creación” hasta el 4 de octubre, fiesta de san Francisco de Asís. En el espíritu del Cántico del hermano sol, compuesto por él hace 800 años, alabamos a Dios y renovamos nuestro compromiso de no estropear su don, sino de cuidar nuestra casa común.

Dirijo mi afectuoso saludo a todos ustedes, fieles de Roma y peregrinos de Italia y de diversos países. En particular, saludo a los grupos parroquiales de Quartu Sant’Elena, Morigerati, Venegono, Rezzato, Brescello, Boretto y Gualtieri, Val di Gresta, Valmadrera, Stiatico y Casadio; y al grupo de familias de Lucca que ha venido por la Vía Francígena.

Saludo también a la Fraternidad Laical de las Hermanas Dimesse de Padua, a los jóvenes de Acción Católica y de AGESCI de Reggio Calabria, a los jóvenes de Gorla Maggiore y a los confirmandos de Castel San Pietro Terme; así como al Movimiento Shalom de San Miniato con la Filarmónica Angiolo del Bravo, a la Asociación «Note libere» de Taviano y al grupo «Genitori Orsenigo».

¡Feliz domingo a todos!

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 24 de agosto de 2025

Oración y esperanza por la paz en Cabo Delgado y Ucrania

Queridos hermanos y hermanas, feliz domingo. En el centro del Evangelio que hemos proclamado hoy (Lc 13,22-30) encontramos la imagen de

la “puerta estrecha”, usada por Jesús para responder a uno que le pregunta si son pocos los que se salvan. Jesús dice: «Traten de entrar por la puerta estrecha, porque les aseguro que muchos querrán entrar y no lo conseguirán» (v. 24).

A primera vista, esta imagen hace surgir en nosotros algunas preguntas: Si Dios es el Padre del amor y de la misericordia, que siempre permanece con los brazos abiertos para acogernos, ¿por qué Jesús dice que la puerta de la salvación es estrecha?

Ciertamente, el Señor no quiere desanimarnos. Sus palabras, más bien, sirven para rechazar la presunción de aquellos que se sienten seguros de su salvación, de aquellos que practican la religión y, por eso, se confían. En realidad, ellos no han comprendido que no basta cumplir actos religiosos si estos no transforman el corazón. El Señor no quiere un culto separado de la vida ni acepta sacrificios y oraciones que no nos conducen a vivir el amor a los hermanos y a practicar la justicia. Por eso, cuando estos se presenten ante el Señor enorgulleciéndose de haber comido y bebido con Él y de haber escuchado sus enseñanzas, oírán que les dice: «No sé de dónde son ustedes; ¡apártense de mí todos los que hacen el mal!» (v. 27).

Hermanos y hermanas, es hermosa la provocación que nos trae hoy el Evangelio. Mientras a veces nos sucede que juzgamos a quien está alejado de la fe, Jesús pone en crisis “la seguridad de los creyentes”. Él, en efecto, nos dice que no es suficiente profesar la fe con los labios, comer y beber con Él celebrando la Eucaristía o conocer bien las enseñanzas cristianas. Nuestra fe es auténtica cuando abraza toda nuestra vida, cuando es un criterio en las decisiones que tomamos, cuando nos hace mujeres y hombres que se comprometen con el bien y son capaces de arriesgarse por amor tal y como hizo Jesús. Él no ha elegido el camino fácil del éxito o del poder, sino que, con tal de salvarnos, nos ha amado hasta atravesar la “puerta estrecha” de la cruz. Él es la medida de nuestra fe, Él es la puerta que debemos cruzar para ser salvados (cf. Jn 10,9), viviendo su mismo amor y siendo constructores de jus-

ticia y de paz con nuestra vida.

A veces, esto significa tomar decisiones complicadas e impopulares, luchar contra el propio egoísmo y prodigarse por los demás, perseverar en el bien allí donde parecen prevalecer las lógicas del mal, y así sucesivamente. Pero, franqueando este umbral, descubriremos que la vida se abre de par en par ante nosotros como un mundo nuevo, y, desde ese momento, entraremos en el amplio corazón de Dios y en la alegría de la fiesta eterna que Él ha preparado para nosotros. Invoquemos a la Virgen María, para que nos ayude a atravesar con valentía la “puerta estrecha” del Evangelio, de modo que podamos abrirnos con alegría a la amplitud del amor de Dios Padre.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero manifestar mi cercanía a la población de Cabo Delgado, en Mozambique, víctima de una situación de inseguridad y violencia que continúa provocando muertos y desplazados. Mientras hago un llamamiento a no olvidar a estos hermanos y hermanas, los invito a rezar por ellos y expreso la esperanza de que los esfuerzos que llevan a cabo los responsables del país puedan restablecer la seguridad y la paz en ese territorio.

El pasado viernes, 22 de agosto, hemos acompañado con nuestra oración y ayuno a los hermanos y hermanas que sufren a causa de las guerras. Hoy nos unimos a nuestros hermanos ucranianos, que, con la iniciativa espiritual Oración Mundial por Ucrania, piden al Señor que conceda la paz a su martirizado país.

Los saludo a todos ustedes, fieles de Roma y peregrinos de varios países, en particular a los de Karaganda en Kazajistán, Budapest y la comunidad del Pontificio Colegio Norteamericano. Me alegro de acoger a la Banda Musical de Gozzano y a los grupos parroquiales de Bellagio, Vidigulfo, Carbonia, Corlo y Val Cavallina. Saludo también a los fieles que han llegado en bicicleta desde Rovato y Manerbio, y al grupo de la Via Lucis itinerante.

A todos ustedes les deseo un feliz domingo.

En las negociaciones de paz, anteponer el bien común de los pueblos

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! Hoy el Evangelio nos presenta un texto exigente (cf. Lc 12,49-53), en el que Jesús, con imágenes fuertes y gran sinceridad, dice a los discípulos que su misión, y también la de quienes lo siguen, no es toda “color de rosa”, sino que es “signo de contradicción” (cf. Lc 2,34).

Diciendo esto, el Señor anticipa lo que deberá afrontar cuando en Jerusalén sea agredido, arrestado, insultado, golpeado, crucificado; cuando su mensaje, aun hablando de amor y de justicia, sea rechazado; cuando los jefes del pueblo reaccionen con violencia a su predicación. Por otra parte, muchas de las comunidades a las que el evangelista Lucas se dirigía con sus escritos vivían la misma experiencia. Eran, como nos dicen los Hechos de los Apóstoles, comunidades pacíficas que, aun con sus límites, intentaban vivir de la mejor manera el mensaje de caridad del Maestro (cf. Hch 4,32-33). Y, sin embargo, sufrían persecuciones.

Todo esto nos recuerda que el bien no siempre encuentra una respuesta positiva en su entorno. Es más, en ocasiones, precisamente porque la belleza de ese bien molesta a quienes no lo acogen, aquel que lo pone en práctica termina encontrando duras oposiciones, hasta sufrir maltratos y abusos. Obrar en la verdad cuesta, porque en el mundo hay personas que eligen la mentira, y porque el diablo, aprovechándose de ello, a menudo busca obstaculizar el obrar de los buenos. Pero Jesús, con su ayuda, nos invita a no rendirnos ni a equipararnos con esta mentalidad, sino a seguir obrando por nuestro bien y el de todos, incluso de quienes nos hacen sufrir. Nos invita a no responder a la prepotencia con la venganza, sino a permanecer fieles a la verdad en la cari-

dad. Los mártires dan testimonio de ello derramando su sangre por la fe, pero también nosotros, en circunstancias y de modos diferentes, podemos imitarlos.

Pensemos, por ejemplo, en el precio que debe pagar un buen padre, si quiere educar bien a sus hijos, con sanos principios; antes o después deberá saber decir algún “no”, hacer alguna corrección, y esto le causará sufrimiento. Lo mismo vale para un maestro que desea formar correctamente a sus alumnos, para un profesional, un religioso, un político, que se propongan realizar su misión honestamente, y para quienes se esfuerzan en ejercitar con coherencia, según las enseñanzas del Evangelio, sus propias responsabilidades.

A este respecto, san Ignacio de Antioquía, mientras viajaba hacia Roma, donde sufriría el martirio, escribía a los cristianos de esta ciudad: «No quisiera que procurarais agradar a los hombres, sino a Dios» (Carta a los Romanos, 2,1), y agregaba: «Es bueno para mí el morir por Jesucristo, más bien que reinar sobre los extremos más alejados de la tierra» (ibíd., 6,1).

Hermanos y hermanas, pidamos juntos a María, Reina de los mártires, que nos ayude a ser, en toda circunstancia, testigos fieles y valientes de su Hijo, y a sostener a los hermanos y hermanas que hoy sufren por la fe.

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero expresar mi cercanía a las poblaciones de Paquistán, India y Nepal que han visto afectadas por unos violentos aluviones. Rezo por las víctimas y sus familiares, y por todos aquellos que sufren a causa de estas calamidades.

Recemos para que lleguen a buen puerto los esfuerzos para hacer cesar las guerras y promover la paz; de modo que, en las tratativas, ocupe siempre el primer lugar el bien común de los pueblos.

Es este tiempo veraniego recibo noticias de muchas y variadas iniciativas de animación cultural y de evangelización, organizadas con frecuencia en los lugares de vacaciones. Es hermoso ver como la pasión por el Evangelio estimula la creatividad y el compromiso de grupos y asociaciones

de todas las edades. Pienso, por ejemplo, a la misión juvenil que se ha desarrollado en estos días a Riccione. Agradezco a los promotores y a cuantos en distintos modos participan en estos eventos.

Saludo con afecto a cuantos están aquí presentes en Castel Gandolfo. En particular, me alegro de acoger al grupo AIDO de Coccaglio, que celebra los 50 años de compromiso por la vida, a los donantes de sangre AVIS que han venido en bicicleta desde Gavardo (Brescia) y a los jóvenes de Casarano y las religiosas franciscanas de San Antonio.

Bendigo además la gran peregrinación al Santuario mariano de Piekary, en Polonia.

Que tengan un feliz domingo.

ÁNGELUS

Plaza de la Libertad (Castel Gandolfo). Viernes, 15 de agosto de 2025

No resignarse a la lógica del conflicto

Queridos hermanos y hermanas, feliz fiesta.

Los Padres del Concilio Vaticano II nos han dejado un texto estupendo sobre la Virgen María, que hoy me gustaría releer con ustedes, mientras celebramos la fiesta de su ascensión a la gloria del cielo. Al final del documento sobre la Iglesia, el Concilio dice así: «La Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 P 3,10)» (Lumen gentium, 68).

María, que Cristo resucitado ha llevado consigo a la gloria en cuerpo y alma, resplandece como icono de esperanza para sus hijos peregrinos en la historia.

¿Cómo no evocar los versos de Dante, en el último canto del Paraíso? En la oración que pone

en boca de san Bernardo, que comienza diciendo: «Oh, Virgen Madre, hija de tu hijo» (XXXIII, 1), el poeta alaba a María porque aquí abajo, entre los mortales, es «de esperanza vivo manantial» (ibíd., 12), es decir, fuente de la que brota la esperanza.

Hermanas y hermanos, esta verdad de nuestra fe es perfectamente coherente con el tema del Jubileo que estamos viviendo: “Peregrinos de esperanza”. El peregrino necesita una meta que oriente su viaje. Una meta hermosa, atrayente, que guíe sus pasos y lo anime cuando esté cansado, que reavive siempre en su corazón el deseo y la esperanza. En el camino de la existencia esta meta es Dios, Amor infinito y eterno, plenitud de vida, de paz, de alegría, de todo bien. El corazón humano es atraído por esa belleza y no es feliz hasta que no la encuentra; y, en efecto, si se pierde en medio de la “selva oscura” del mal y del pecado corre el riesgo de no encontrarla.

Pero ahí está la gracia. Dios ha salido a nuestro encuentro, ha asumido nuestra carne, hecha de tierra, y la ha llevado consigo, simbólicamente decimos “al cielo”, es decir, con Dios. Es el misterio de Jesucristo, encarnado, muerto y resucitado para nuestra salvación; e inseparable de Él está también el misterio de María, la mujer de la cual el Hijo de Dios ha tomado la carne, y de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. Se trata de un único misterio de amor y, por tanto, de libertad. Como Jesús ha dicho “sí”, también María ha dicho “sí”, ha creído en la palabra del Señor. Y toda su vida ha sido un peregrinaje de esperanza junto al Hijo de Dios y suyo, una peregrinación que, a través de la cruz y la resurrección, la hizo alcanzar la patria, el abrazo de Dios.

Por eso, mientras estamos en camino, como individuos, como familia, en comunidad, especialmente cuando aparecen las nubes oscuras y el camino se percibe incierto y difícil, levantemos la mirada, contemplémosla a ella, nuestra Madre, y volveremos a encontrar la esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5).

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy queremos encomendar a la intercesión de la

Virgen María, asunta a los cielos, nuestra oración por la paz. Ella, como Madre, sufre por los males que afligen a sus hijos, especialmente a los pequeños y a los débiles. Muchas veces, a través de los siglos, lo ha confirmado con de mensajes y apariciones.

Al proclamar el dogma de la Asunción, cuando todavía estaba candente la trágica experiencia de la segunda guerra mundial, Pío XII escribía: «Es de esperar, además, que todos aquellos que mediten los gloriosos ejemplos de María se persuadan cada vez más del valor de la vida humana», y expresaba su deseo de que nunca se hiciesen «estragos de vidas humanas, suscitando guerras» (Const. ap. Munificentissimus Deus).

Estas palabras son más actuales que nunca. Todavía hoy desgraciadamente nos sentimos impotentes ante el propagarse en el mundo una violencia cada vez más sorda e insensible a cualquier gesto de humanidad. Y, sin embargo, no debemos dejar de esperar, pues Dios es más grande del pecado de los hombres. No debemos resignarnos a que prevalezca la lógica del conflicto y de las armas. Con María creemos que el Señor continúa a socorrer a sus hijos, recordándose de su misericordia. Sólo en esta misericordia es posible encontrar de nuevo el camino de la paz. Y ahora quiero saludarles a ustedes, peregrinos de Italia y de distintos países.

Saludo a la comunidad de evangelización universitaria que ha llegado desde Honduras, a las familias del Movimiento del Amor Familiar, que ha concluido sus ejercicios espirituales; y a los grupos de matrimonios y novios “Santa Rita”.

¡Saludos y feliz fiesta a todos!

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 10 de agosto de 2025

Rechazo necesario de la guerra

Queridos hermanos y hermanas, feliz domingo. En el Evangelio de hoy, Jesús nos invita a reflexionar sobre cómo invertir el tesoro de nuestra vida (cf. Lc 12,32-48). Dice: «Vendan sus bienes y

denlos como limosna» (v. 33).

Nos exhorta, por tanto, a no guardar para nosotros los dones que Dios nos ha dado, sino a emplearlos con generosidad para el bien de los demás, especialmente de quienes están más necesitados de nuestra ayuda. Se trata no sólo de compartir las cosas materiales de las que disponemos, sino de poner en juego nuestras capacidades, nuestro tiempo, nuestro afecto, nuestra presencia, nuestra empatía. En resumen, todo aquello que hace de cada uno de nosotros, en los designios de Dios, un bien único, inapreciable, un capital vivo, palpitante, que para crecer requiere ser cultivado y empleado, porque si no se seca y se devalúa. O bien termina perdido, a merced de quienes, como ladrones, se apropian de él para convertirlo simplemente en un objeto de consumo.

El don de la vida, recibido de Dios, no se nos entregó para terminar así, sino que necesita espacio, libertad, relación, para realizarse y expresarse; necesita amor, que es lo único que transforma y ennoblece cada aspecto de nuestra existencia, haciéndonos cada vez más semejantes a Dios. No es casualidad que Jesús pronuncia estas palabras mientras está de camino hacia Jerusalén, donde se ofrecerá a sí mismo en la cruz para nuestra salvación.

Las obras de misericordia son el banco más seguro y rentable al que confiar el tesoro de nuestra existencia, porque en él, como nos enseña el Evangelio, con “dos monedas” incluso una pobre viuda puede convertirse en la persona más rica del mundo (cf. Mc 12,41-44).

San Agustín, a este propósito, dice: «Si diceses una libra de bronce y la recibieses de plata, o la diceses de plata y la recibieras de oro, te considerarías feliz. Lo que das se transforma realmente; se convertirá para ti no en oro ni en plata, sino en vida eterna» (Sermón 390, 2). Y explica por qué: «se transformará, porque te transformarás tú» (ibíd.).

Y para entender lo que quiere decir, podemos pensar en una mamá que abraza a sus hijos, ¿no es la persona más hermosa y rica del mundo? O también dos novios, cuando están juntos, ¿no se

sienten un rey y una reina? Y podríamos poner tantos otros ejemplos.

Por eso, en la familia, en la parroquia, en la escuela y en los lugares de trabajo, en cualquier lugar donde nos encontremos, intentemos no perder ninguna ocasión para amar. Esta es la vigilancia que nos pide Jesús, habituarnos a estar atentos, dispuestos, sensibles los unos con los otros, como Él lo está con nosotros en cada instante.

Hermanas y hermanos, confiemos a María este deseo y este compromiso. Que ella, la Estrella de la mañana, nos ayude a ser, en un mundo marcado por tantas divisiones, “centinelas” de la misericordia y de la paz, como nos ha enseñado san Juan Pablo II (cf. Vigilia de oración para la XV Jornada Mundial de la Juventud, 19 agosto 2000) y como nos han mostrado de una manera tan hermosa los jóvenes que han venido a Roma para el Jubileo.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Sigamos rezando por el fin de las guerras. El 80º aniversario de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki ha reavivado en todo el mundo el necesario rechazo a la guerra como medio para resolver conflictos. Que quienes toman las decisiones tengan siempre presente su responsabilidad frente a las consecuencias de las mismas sobre las poblaciones; que no ignoren las necesidades de los más vulnerables ni el anhelo universal de paz.

En este sentido, felicito a Armenia y Azerbaiyán, que han firmado la Declaración conjunta de paz. Espero que este evento contribuya a una paz estable y duradera en el Cáucaso meridional.

Mientras tanto, la situación del pueblo haitiano es cada vez más desesperada. Son continuas las noticias de asesinatos, violencia de todo tipo, trata de personas, exilios forzados y secuestros. Hago un llamamiento apremiante a todos los responsables para que liberen inmediatamente a los rehenes y solicito el apoyo concreto de la comunidad internacional para crear las condiciones sociales e institucionales que permitan a los haitianos vivir en paz.

Saludo a todos ustedes, fieles de Roma y peregrinos de diversos países, especialmente a los de Woodstock, Georgia, Estados Unidos, y a los de la diócesis de Down y Connor, en Irlanda.

Saludo a los miembros de la Operación Mato Grosso, de diferentes ciudades italianas, y a los grupos parroquiales de Stezzano, Medole y Villastellone.

Gracias por su presencia y sus oraciones. ¡Feliz domingo a todos!

ÁNGELUS

Tor Vergata. Domingo, 3 de agosto de 2025

Cerca de las tierras ensangrentadas por la guerra

Queridos hermanos y hermanas:

El Señor Jesús está presente en medio de nosotros y en nosotros, todo en todos en la Eucaristía. Unidos a Él queremos elevar un inmenso “gracias” al Padre por el don de estos días de su Jubileo. Ha sido una cascada de gracia para la Iglesia y para el mundo entero. Y lo ha sido a través de la participación de cada uno de ustedes. Por esto se lo quiero agradecer uno por uno, de todo corazón. Un particular recuerdo, mientras las encomendamos al Señor, para María y Pascale, las dos jóvenes peregrinas, una española y la otra egipcia, que nos han dejado en estos días. Agradezco a los obispos, a los sacerdotes, a las religiosas y a los religiosos, a los educadores que les han acompañado a ustedes; y también a todos aquellos que han rezado por este evento y han participado espiritualmente en él.

En comunión con Cristo nuestra paz, esperanza para el mundo, estamos más que nunca unidos a los jóvenes que sufren el mayor de los males, el que es producido por otros hombres. Estamos con los jóvenes de Gaza, estamos con los jóvenes de Ucrania, con todos aquellos cuya tierra está ensangrentada por las guerras. Mis jóvenes hermanos y hermanas, ustedes son el signo que un mundo distinto es posible, un mundo de fraternidad y amistad, donde los conflictos se afrontan

no con las armas sino con el diálogo.

Sí, ¡con Cristo es posible! Con su amor, con su perdón, con la fuerza de su Espíritu. Mis queridos amigos, unidos a Jesús como los sarmientos a la vid, ustedes darán mucho fruto; serán sal de la tierra, luz del mundo; serán semillas de esperanza allí donde viven: en la familia, con sus amigos, en la escuela, en el trabajo, en el deporte. Semillas de esperanza con Cristo nuestra esperanza.

Después de este Jubileo, el “peregrinaje de esperanza” de los jóvenes continúa y nos llevará a Asia. Les renuevo la invitación que el Papa Francisco hizo en Lisboa hace dos años: los jóvenes de todo el mundo se volverán a encontrar junto al Sucesor de Pedro para celebrar la Jornada Mundial de la Juventud en Seúl, Corea, del 3 al 8 de agosto de 2027. Esta Jornada tendrá como tema: «Tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Precisamente la esperanza que habita en nuestros corazones nos da la fuerza de anunciar la victoria de Cristo Resucitado sobre el mal y sobre la muerte; y de esto ustedes, jóvenes peregrinos de esperanza, serán testigos hasta los confines de la tierra. Nos vemos en Seúl; continuemos a soñar juntos, a esperar juntos.

Encomendémonos a la materna protección de la Virgen María.

Últimas palabras después de la celebración: Bueno, chicos y chicas, un saludo final.

Gracias de nuevo a todos ustedes. Gracias por la música, gracias a todos aquellos que han trabajado para preparar tantas cosas durante esta semana, durante este Jubileo.

Ya hemos dicho que la próxima cita será en Corea. Un aplauso a los numerosos coreanos presentes.

También les pido que lleven un saludo a todos aquellos jóvenes que no han podido acudir para estar con nosotros, [sobre todo] de aquellos países de los que les ha sido imposible salir. Hay muchos lugares donde los jóvenes no han podido [venir] por las razones que conocemos.

Lleven esta alegría, este entusiasmo a todo el mundo. Ustedes son la sal de la tierra, la luz del mundo. Lleven este saludo a todos sus amigos, a

todos los jóvenes que tienen necesidad de un mensaje de esperanza.

Gracias de nuevo a todos ustedes. Y buen viaje.

DISCURSOS

SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
MIEMBROS DE LAS ESCUELAS DE
EVANGELIZACIÓN “SAN ANDRÉS”
Sala Clementina. Viernes, 29 de agosto de 2025

Testimonio del encuentro con Dios

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Queridos hermanos y hermanas, muy buenos días y bienvenidos.

Han venido a Roma en este Año jubilar desde distintos países, como peregrinos de esperanza. Les doy la bienvenida. Saludo a Su Eminencia, el cardenal Gérald Cyprien Lacroix, arzobispo de Quebec, al señor José Prado Flores y también a su familia y a todos los miembros de las Escuelas de Evangelización “San Andrés” que están aquí presentes.

Como saben, hoy en la Iglesia universal se celebra la memoria litúrgica del martirio de san Juan Bautista. Su figura puede ayudarnos mucho a reflexionar sobre la misión de los evangelizadores en la actualidad en la Iglesia y en el mundo. En el Prólogo del evangelio de san Juan se afirma que «la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14), y después se indica que Juan, el Bautista, da testimonio de ello (cf. v. 15). Si releemos con atención los primeros capítulos del cuarto evangelio podemos descubrir cuál es la clave de toda escuela de evangelización: dar testimonio de aquello que se ha contemplado, del encuentro que se ha tenido con el Dios de la vida. Así también nos lo dice el evangelista en su primera carta: «Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn

1,3). Esta es la misión de la Iglesia, esta es la misión de todo cristiano.

Queridos hermanos y hermanas, esta es nuestra vocación como bautizados, por eso, hemos de transmitir lo que a su vez hemos recibido, para que todos lleguemos a ser uno en Cristo. Durante estos días de peregrinación, los invito de manera especial a contemplar las vidas de los santos que, como san Juan el Bautista, han sido fieles seguidores de Jesucristo, manifestándolo en palabras y obras de bien.

Les agradezco la fecunda labor que llevan adelante en favor de la evangelización, a través de distintos medios, y los animo a seguir caminando con renovada esperanza. Que Dios los bendiga y Nuestra Señora de Guadalupe los proteja siempre en su misión. ¡Buen camino!

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS PARTICIPANTES EN LOS CAPÍTULO GENERAL DE CUATRO INSTITUTOS: MISIONERAS HIJAS DE LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARET, INSTITUTO HIJAS DE NAZARET, INSTITUTO APÓSTOLES DE LA SAGRADA FAMILIA, HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA MARÍA (HNAS. DEL BUEN CONSEJO)

Sala del Consistorio. Sábado, 23 de agosto de 2025

“Construir una familia” a través de la oración y la escucha

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Buenos días a todas, gracias por la paciencia.

Queridas hermanas, y también algún hermano, que las acompaña, me alegra encontrarme con ustedes esta mañana en ocasión de sus Capítulos Generales. Son momentos de gracia, un don para la Iglesia, además de serlo para sus congregaciones. Saludo a las Superiores generales presentes, están las nuevas y las que ya han concluido, y están contando los días para descansar un poco. Muy bien.

Celebran sus asambleas durante este año: el Ju-

bileo de la esperanza. Como dice san Pablo, la esperanza no defrauda, es fruto de virtud probada y está animada por el amor de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo (cf. Rm 5,5). Estas palabras se adaptan bien para describir la belleza que ustedes hacen presente hoy en esta sala: aportan el don carismático que el Paráclito dio un día a sus fundadoras y fundadores, y que aún sigue renovándose; traen la presencia fiel y providente del Señor en las historias de sus institutos; ofrecen la virtud con la que, quienes las han precedido, a menudo atravesando duras pruebas, han respondido a los dones de Dios. Todo esto las hace testigos, testigos de esperanza por excelencia; sobre todo de esa esperanza que nos orienta constantemente hacia los bienes futuros y de los cuales, en cuanto religiosas, están llamadas a ser signo y profecía (cf. Flp 3,13-14; Conc. Ecum. Vat. II, Const. ap. *Lumen gentium*, 44).

Sus fundaciones tienen orígenes diferentes, vinculados a la vida de hombres y mujeres de Dios que, con valentía, han respondido “sí” a la llamada: José Manyanet, María Encarnación Colomina, María Luigia Angelica Clarac, Giuseppe Guarino, Carmela Auteri, Teresa Ferrara, Agostino de Montefeltro. A todos ellos, el Espíritu Santo les ha dado dones particulares para el bien común, también por medio de la inspiración de grandes escuelas de espiritualidad, como la franciscana y la salesiana. Sin embargo, hay un rasgo que muchas de ustedes comparten: el deseo de vivir y transmitir a los hermanos los valores de la Sagrada Familia de Nazaret, hogar de oración, forja de amor y modelo de santidad, y sobre esto quisiera detenerme un momento.

San Pablo VI, durante su viaje a Tierra Santa, hablando a los fieles en la Basílica de la Anunciación, expresaba su deseo de que, mirando a Jesús, María y José, se pudiera comprender cada vez más la importancia de la familia, su comunión de amor, su belleza sencilla y austera, su carácter sagrado e inviolable, su dulce pedagogía y su natural e insustituible función en la sociedad (cf. Discurso en la Basílica de la Anunciación en Nazaret, 5 enero 1964).

También hoy es muy necesario todo esto. La familia, en nuestros días, precisa más que nunca ser ayudada, promovida y animada; con la oración, con el ejemplo y con una acción social diligente, dispuesta a socorrerla en sus necesidades. En este sentido, el testimonio carismático y el trabajo que ustedes realizan como consagradas, pueden hacer mucho. Por eso, las invito a reflexionar sobre aquello que sus institutos han hecho, a lo largo del tiempo, en favor de tantas familias —niños y niñas, madres y padres, ancianos y jóvenes—, y también a renovar su compromiso para que, como dice la liturgia, en nuestras casas, “siguiendo los ejemplos de la Sagrada Familia”, florezcan “las virtudes domésticas y se mantenga vivo el amor” (cf. Misal Romano, Misa por la familia). Continúen las obras que les han sido confiadas “siendo familia” y estando cerca de las personas que asisten, con la oración, la escucha, el consejo y la ayuda, para cultivar y difundir, en las diferentes realidades en las que se desempeñan, el espíritu de la casa de Nazaret. Queridas hermanas, les agradezco el trabajo que llevan adelante en tantas partes del mundo. Las encomiendo al Señor en la oración, las confío a la intercesión de la Madre de Dios y de san José, y las bendigo de corazón.

¡Gracias!

[Después de la BENDICIÓN]

Gracias a todas ustedes, buen Capítulo y buena continuación.

VIDEOMENSAJE DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN
XIV A LA RED CATÓLICA PANAFRICANA DE
TEOLOGÍA Y PASTORAL CON MOTIVO DE SU
TERCER CONGRESO

6 de agosto

Que la Iglesia sea luz y faro para los desafíos de África

Queridos amigos,

Envío un cordial saludo a todos ustedes que participan en el tercer Congreso Católico Panafricano sobre Teología, Sociedad y Vida Pastoral.

Agradezco a los organizadores su arduo trabajo en la preparación de este importante encuentro. También ofrezco mis oraciones a los obispos, teólogos, líderes pastorales, jóvenes y todos los fieles laicos que se han reunido para reflexionar sobre el futuro de la Iglesia en África.

Hace tres años, con motivo del segundo Congreso, el papa Francisco habló de la importancia de la fe. Ahora, en el marco del Jubileo de este año, celebramos otra virtud teologal: la esperanza. Quizás a veces se da más importancia a las virtudes de la fe y la caridad; sin embargo, la esperanza tiene un papel vital en nuestra peregrinación terrenal. De hecho, puede considerarse la virtud que une a las otras dos. En cierto sentido, la fe y la teología proporcionan la base para conocer a Dios, mientras que la caridad es la vida de amor que disfrutamos con él. Sin embargo, es por la virtud de la esperanza que deseamos alcanzar la plenitud de esta felicidad en el cielo. Así, nos inspira y nos sostiene para acercarnos más a Dios incluso cuando nos enfrentamos a las dificultades de la vida.

Como bien saben, África, como cualquier otra parte del mundo, se enfrenta a sus propias dificultades particulares. Ante estos desafíos y la percepción de que las cosas no cambian, es fácil desanimarse. Sin embargo, es precisamente el papel de la Iglesia ser la luz del mundo y una ciudad situada en una colina [1], para ser un faro de esperanza para las naciones.

En este sentido, el tema de su Congreso es particularmente relevante: «Caminar juntos con esperanza como Iglesia Familia de Dios en África». Si bien cada uno de nosotros está llamado a cultivar su propia relación personal con Dios, al mismo tiempo, a través de nuestro bautismo, estamos unidos como hijos e hijas de nuestro Padre Celestial. Por lo tanto, tenemos cierta responsabilidad de cuidarnos unos a otros. De hecho, la familia es normalmente el primer lugar donde recibimos el amor y el apoyo que necesitamos para avanzar y superar las pruebas que se nos presentan en la vida. Por esta razón, les animo a seguir construyendo la familia de las Iglesias locales en sus diversos países y zonas, para que existan re-

des de apoyo disponibles para todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo, y también para la sociedad en general, especialmente para los que se encuentran en las periferias.

Por último, queridos amigos, quisiera subrayar la importancia de ver la unidad entre la teología y el trabajo pastoral. Tenemos que vivir lo que creemos. Cristo nos dijo que no vino simplemente para darnos la vida, sino para dárnosla en plenitud. [2] Por lo tanto, es tarea suya trabajar juntos para poner en práctica programas pastorales que demuestren cómo las enseñanzas de la Iglesia ayudan a abrir los corazones y las mentes de las personas a la verdad y al amor de Dios.

Encomiendo a ustedes y a su trabajo a la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, para que guíe e inspire sus esfuerzos. Y que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre y Hijo, y del Espíritu Santo descienda sobre ustedes y permanezca con ustedes para siempre. Amén.

1 cf. Mt 5, 14.

2 cf. Jn 10, 10.

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LA SEMANA SOCIAL EN PERÚ
18 de octubre

Dar tanto el pan material como el Pan de la Palabra

Saludo cordialmente a los participantes en la Semana Social, que se realiza en Lima del 14 al 16 de agosto. Agradezco la invitación que me han hecho mis hermanos obispos para compartir unas reflexiones con todos ustedes.

Resulta evidente, a quien repase la historia del Perú, que aquellas tierras han sido acompañadas por un designio particular de la Providencia, sobre todo en cuanto a nuestra fe católica, que se ha profesado siempre en armonía con la atención y el servicio a los más necesitados. Sólo así puede entenderse la “densidad de santidad” que registra esa nación, tan cercana a mi ministerio y a mi plegaria. Los testimonios de vida mística, en san-

ta Rosa de Lima; de caridad ardiente, en san Martín de Porres; y de amor a los pobres, en san Juan Macías, hablan de una presencia vigorosa y fecunda del Evangelio, que nunca descuidó la oración por servir al prójimo, ni tampoco se olvidó de los pequeños mientras engrandecía y embellecía el culto debido al Dios eterno.

A este respecto, son iluminadoras las palabras de san Pablo VI en la canonización de Juan Macías: él «iba uniendo a todos en la caridad, trabajando en favor de un humanismo pleno. Y todo esto, porque amaba a los hombres, porque en ellos veía la imagen de Dios. ¡Cuánto desearíamos recordar esto a cuantos hoy trabajan entre pobres y marginados! No hay que alejarse del Evangelio, ni hay que romper la ley de la caridad para buscar por caminos de violencia una mayor justicia. Hay en el Evangelio virtualidad suficiente para hacer brotar fuerzas renovadoras que, transformando desde dentro a los hombres, los muevan a cambiar en todo lo que sea necesario las estructuras, para hacerlas más justas, más humanas» (Homilía, 28 septiembre 1975).

Junto a estos tres grandes testimonios de vida cristiana que nos han legado los siglos XVI y XVII, y otros más que aún podrían mencionarse, ¿cómo no recordar el ministerio episcopal de santo Toribio de Mogrovejo, español por nacimiento, pero evidentemente peruano por su actividad misionera y su extensísima labor pastoral? En el curso de su episcopado fundó un centenar de parroquias, convocó un Concilio Panamericano, dos consejos provinciales y doce sínodos diocesanos; todo ello mientras entregaba día a día lo mejor de sus fuerzas en favor de los abandonados y de quienes habitaban aquellas regiones geográficas o culturales que mi Predecesor, el Papa Francisco, llamaba “las periferias”. Podemos decir que Toribio fue, en el siglo XVI, el símbolo episcopal de la auténtica sinodalidad y del Evangelio ofrecido en las periferias. Las tierras peruanas lo vieron no sólo en el fragor de una acción apostólica que todavía hoy nos asombra; sino también en la quietud de su rostro sereno y su aspecto recogido y devoto, que mostraban bien de dónde le venía esa fuerza: de una intensa oración

y unión con Dios.

Contemplemos ahora nuestro tiempo, atravesado por múltiples desafíos en el orden económico, político y cultural. El dolor por la injusticia y la exclusión que padecen tantos hermanos nuestros apremia a todos los bautizados a dar una respuesta que, en cuanto Iglesia, debe corresponder a los signos de los tiempos desde las entrañas del Evangelio. Para ello, urge el testimonio de santos de hoy, es decir, de personas que permanezcan unidas al Señor, como los sarmientos a la vid (cf. Jn 15,5). Pues los santos no son adornos de un pasado barroco; surgen de un llamado de Dios para construir un futuro mejor. Comprendamos, al mismo tiempo, que toda acción social de la Iglesia ha de tener como centro y meta el anuncio del Evangelio de Cristo, de modo tal que, sin desatender lo inmediato, siempre conservemos la conciencia de la dirección propia y última de nuestro servicio. Pues si no damos a Cristo íntegro, estaremos siempre dando extremadamente poco.

Queridos hermanos y hermanas: no son dos amores, sino uno solo y el mismo, el que nos mueve a dar tanto el pan material como el Pan de la Palabra que, a su vez, por su propio dinamismo, habrá de despertar hambre del Pan del cielo, ese que sólo la Iglesia puede dar, por mandato y voluntad de Cristo, y que ninguna institución humana, por bien intencionada que sea, puede reemplazar. Y, por nuestra parte, no dejemos de recordar las palabras del Apóstol de los gentiles: «No nos cansemos de hacer el bien, porque la cosecha llegará a su tiempo si no desfallecemos» (Ga 6,9).

Con el deseo de que estas jornadas sean fructíferas y contribuyan a dar un nuevo impulso a la pastoral social en esa querida Iglesia peruana, a todos imparto de corazón la implorada Bendición Apostólica.

Vaticano, 4 de agosto de 2025

LEÓN PP. XIV

SANTA MISA POR EL INICIO DEL CAPÍTULO
GENERAL DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica de San Agustín en Campo Marzio (Roma).
Lunes, 1 de septiembre de 2025

Escuchar con humildad y trabajar por la unidad

Mis queridos hermanos y hermanas:

Padre Alejandro Moral, Prior General, mis hermanos en el Episcopado, Luis y Wilder, y todos vosotros, hermanos agustinos, hermanos y hermanas aquí presentes. Antes de comenzar la homilía formal que está preparada, solo quiero saludaros a todos. Y para aquellos que entendedís inglés pero no italiano: ¡rezad por el don del Espíritu Santo! Y tal vez durante este breve tiempo de reflexión sobre la Palabra de Dios y sobre lo que el Señor os pide a todos vosotros, a los que estáis a punto de comenzar este Capítulo General Ordinario, se os conceda, no necesariamente el don de entender o hablar todas las lenguas, sino el don de escuchar, el don de ser humildes y el don de promover la unidad, dentro de la Orden y en toda la Orden, en toda la Iglesia y en el mundo.

Queridos hermanos, celebramos esta Eucaristía al inicio del Capítulo General, un momento de gracia para la Orden Agustiniense y para toda la Iglesia.

En la Misa votiva del Espíritu Santo, pedimos que Él, por quien el amor de Cristo habita en nuestros corazones (cf. Rm 5,5), guíe su trabajo día a día.

Un antiguo autor, hablando de Pentecostés (cf. Hch 2,1-11), lo describe como un «triumfo abundante e irresistible del Espíritu» (Dídimo el Ciego, De Trinitate, 6, 8: PG 39, 533). Pedimos al Señor que sea lo mismo para ustedes: que su Espíritu prevalezca sobre toda lógica humana, de manera «abundante e irresistible», para que la Tercera Persona de Dios se convierta verdaderamente en la protagonista de los días venideros.

El Espíritu Santo habla, hoy como en el pasado. Lo hace en la «penetralia cordis» y a través de los hermanos y las circunstancias de la vida. Por ello, es importante que el ambiente del Ca-

pítulo, en armonía con la tradición centenaria de la Iglesia, sea de escucha: de escucha a Dios y a los demás.

Meditando sobre Pentecostés, nuestro Padre Agustín, respondiendo a la provocativa pregunta de quienes preguntaban por qué, hoy, no se repite el extraordinario signo de la «glosolalia», como en su día en Jerusalén, ofrece una reflexión que creo les será muy útil en el mandato que están a punto de cumplir. Dice: «Al principio, cada creyente [...] hablaba en todas las lenguas [...]. Ahora el cuerpo de los creyentes habla en todas las lenguas. Por lo tanto, incluso ahora, todas las lenguas son nuestras, pues somos miembros del cuerpo que habla» (Sermo 269, 1).

Queridos hermanos, aquí juntos, son miembros del Cuerpo de Cristo, que habla todas las lenguas. Si no todas las del mundo, ciertamente todas las que Dios sabe que son necesarias para el cumplimiento del bien que, en su sabiduría providente, les confía.

Vivan estos días, por tanto, con un esfuerzo sincero por comunicarse y comprender, y háganlo como una respuesta generosa al gran y único don de luz y gracia que el Padre Celestial les da al llamarlos aquí, a ustedes, para el bien de todos.

Y llegamos a un segundo punto: hagan todo esto con humildad. San Agustín, al comentar la variedad de maneras en que el Espíritu Santo se ha derramado sobre el mundo a lo largo de los siglos, interpreta esta multiplicidad como una invitación a humillarnos ante la libertad e inescrutabilidad de la acción de Dios (ibíd., 2). Que nadie crea tener todas las respuestas. Que cada uno comparta abiertamente lo que tiene. Que todos acojan con fe lo que el Señor inspira, sabiendo que «tan altos como los cielos sobre la tierra» (Is 55,9), tan altos son sus caminos sobre nuestros caminos y sus pensamientos sobre nuestros pensamientos. Solo así el Espíritu podrá «enseñar» y «recordar» lo que Jesús dijo (cf. Jn 14,26), grabándolo en sus corazones para que su eco se extienda desde ellos en la singularidad e irrepetibilidad de cada latido.

Sin embargo, hay un punto de reflexión más

que quisiera destacar en lo que la Liturgia de la Palabra nos ofrece hoy: el valor de la unidad. En la primera lectura, san Pablo, hablando de la comunidad de Corinto, ofrece una descripción fácilmente aplicable a esta asamblea. De hecho, también aquí, «a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Co 12,7); también aquí «todo esto lo obra un mismo Espíritu, que reparte a cada uno como quiere» (v. 11); y de ustedes también puede decirse que «así como [...] el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque muchos, son un solo cuerpo, así sucede con Cristo» (v. 12).

Que la unidad sea un objetivo indispensable de sus esfuerzos, pero no solo eso: también debe ser el criterio para evaluar sus acciones y su trabajo conjunto, porque lo que une proviene de Él, pero lo que divide no puede. En este sentido, san Agustín nos ayuda de nuevo, comentando el milagro de Pentecostés: «Así como entonces las diferentes lenguas que un hombre podía hablar eran signo de la presencia del Espíritu Santo, ahora el amor a la unidad [...] es signo de su presencia» (ibíd., 3). Y continúa: «Así como los hombres espirituales se alegran de la unidad, los hombres carnales siempre buscan el conflicto» (ibíd.). Por lo tanto, pregunta: «¿Qué fuerza mayor que la piedad es el amor a la unidad?» y concluye: «Tendrás el Espíritu Santo cuando permitas que tu corazón se aferre a la unidad mediante la caridad sincera» (ibíd.).

Escucha, humildad y unidad: estas son tres sugerencias útiles que la liturgia te ofrece para los próximos días. Os invitamos a hacerlas vuestras, renovando la oración que dirigimos al Señor al inicio de esta Celebración: «El Espíritu Paráclito, que procede de ti, oh Padre, ilumine nuestras mentes y, según la promesa de tu Hijo, nos guíe hacia la verdad completa» (cf. MISAL ROMANO, Misa Votiva del Espíritu Santo, B, Colecta).

SANTA MISA. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN
XIV SANTUARIO DE SANTA MARIA DELLA

La caricia del Papa a los pobres de Albano

Queridos hermanos y hermanas:

Es una alegría estar juntos, para celebrar la Eucaristía dominical, que nos brinda un gozo aún más profundo. Si ya es un don estar hoy cerca y vencer la distancia mirándonos a los ojos, como auténticos hermanos y hermanas, es un don más grande vencer la muerte en el Señor. Jesús ha vencido la muerte –el domingo es su día, el día de la resurrección– y nosotros ya comenzamos a vencerla con Él. Es así, cada uno de nosotros llega a la iglesia con ciertos cansancios y miedos –a veces más pequeños, a veces más grandes– y de repente estamos menos solos, estamos juntos y encontramos la Palabra y el Cuerpo de Cristo. De esa manera, nuestro corazón recibe una vida que va más allá de la muerte. Es el Espíritu Santo, el Espíritu del Resucitado, el que hace esto entre nosotros y en nosotros, silenciosamente, domingo tras domingo y día tras día.

Nos encontramos en un antiguo santuario cuyos muros nos abrazan. Se llama “Rotonda” y la forma circular, como en la Plaza de San Pedro y como en otras iglesias antiguas y nuevas, nos hace sentir acogidos en el seno de Dios. La iglesia por fuera, como algunas realidades humanas, puede parecernos áspera; pero su realidad divina se manifiesta cuando atravesamos la puerta y encontramos acogida. Entonces nuestra pobreza, nuestra vulnerabilidad y sobre todo los fracasos por los que podemos ser despreciados y juzgados –y en ocasiones nosotros mismos nos despreciamos y nos juzgamos– son finalmente acogidos en la dulce fuerza de Dios, un amor sin asperezas, un amor incondicional. María, la madre de Jesús, es para nosotros signo y anticipación de la maternidad de Dios. En ella nos convertimos en una Iglesia madre, que genera e regenera no en virtud de un poder mundano, sino con la virtud de la caridad.

Quizás puede habernos sorprendido, en el Evangelio que acabamos de leer, lo que dice Jesús. Nosotros buscamos la paz, pero hemos escuchado: «¿Piensan ustedes que he venido a traer paz a la tierra? No, les digo que he venido a traer la división» (Lc 12,51). Y casi le responderíamos: “Pero cómo, Señor, ¿también tú? Ya tenemos demasiadas divisiones. ¿No eres precisamente tú el que dijo en la última cena: «Les dejo la paz, les doy mi paz?»”. “Sí –nos podría responder el Señor– soy yo. Pero recuerden que esa tarde, mi última tarde, agregué inmediatamente a propósito de la paz: «Les doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman!» (Jn 14,27)”.

Queridos amigos, el mundo nos acostumbra a intercambiar la paz con la comodidad, el bien con la tranquilidad. Por eso, para que su paz venga entre nosotros, el shalom de Dios, Jesús debe decirnos: «Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lc 12,49). Quizás nuestros mismos familiares, como preanuncia el Evangelio, e incluso los amigos se dividirán en esto. Y alguno nos aconsejará que no arriesguemos ni nos desgastemos, porque lo importante es estar tranquilos y los demás no merecen ser amados. Jesús, en cambio, se sumergió en nuestra humanidad con valentía. Este es el «bautismo» del que habla (v. 50): es el bautismo de la cruz, una inmersión total en los riesgos que conlleva el amor. Y nosotros, cuando –como se dice– “hacemos la comunión”, nos alimentamos de este audaz don suyo. La Misa fortalece esta decisión; es la decisión de ya no vivir para nosotros mismos y de llevar fuego al mundo. No el fuego de las armas, ni tampoco el de las palabras que incineran a los demás. Esto no. Más bien, el fuego del amor, que se abaja y sirve, que opone el cuidado a la indiferencia y la mansedumbre a la prepotencia; el fuego de la bondad, que no cuesta como los armamentos, sino que renueva el mundo gratuitamente. Puede costar incompreensión, burlas, e incluso persecución, pero no hay mayor paz que la de tener su llama en nosotros.

Por eso hoy quisiera agradecer, junto vuestro

obispo Vincenzo, a todos ustedes, que en la diócesis de Albano se comprometen para llevar el fuego de la caridad. Y los animo a no distinguir entre el que asiste y el que es asistido, entre el que parece dar y el que parece recibir, entre el que se presenta pobre y el que siente la necesidad de ofrecer tiempo, capacidades y ayuda. Somos la Iglesia del Señor, una Iglesia de pobres, todos preciosos, todos partícipes, cada uno portador de una Palabra única de Dios. Cada uno es un don para los demás. Derribemos los muros. Agradezco a quienes trabajan en cada comunidad cristiana para facilitar el encuentro entre personas distintas por su procedencia, por su situación económica, psicológica, afectiva. Sólo juntos, sólo siendo un único Cuerpo en el que aun el más frágil participa en plena dignidad, seremos el Cuerpo de Cristo, la Iglesia de Dios. Esto sucede cuando el fuego que Jesús ha venido a traer quema los prejuicios, las cautelas y los miedos que siguen marginando a quienes llevan escrita la pobreza de Cristo en su propia historia. No dejemos al Señor fuera de nuestras iglesias, de nuestras casas y de nuestra vida. Más bien, dejémoslo entrar en los pobres, y entonces haremos paz también con nuestra pobreza, a la que tememos y negamos cuando buscamos a toda costa tranquilidad y seguridad.

Que interceda por nosotros la Virgen María, quien escuchó al santo anciano Simeón que señalaba a su Hijo Jesús como «signo de contradicción» (Lc 2,34). Que sean reveladas las intenciones de nuestros corazones, y que el fuego del Espíritu Santo los cambie de corazones de piedra en corazones de carne.

Santa María de la Rotonda, ruega por nosotros.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy no es domingo, pero de manera diferente celebramos la Pascua de Jesús que cambia la historia. En María de Nazaret está nuestra historia, la historia de la Iglesia inmersa en la humanidad común. Encarnándose en ella, el Dios de la vida, el Dios de la libertad ha vencido a la muerte. Sí, hoy contemplamos cómo Dios vence a la muerte, pero no sin nosotros. Suyo es el reino, pero nuestro es el “sí” a su amor que todo puede cambiar. En la cruz, Jesús pronunció libremente el “sí” que debía vaciar de poder a la muerte, esa muerte que aún se difunde cuando nuestras manos crucifican y nuestros corazones son prisioneros del miedo, de la desconfianza. En la cruz, venció la confianza; venció el amor, que es capaz de ver aquello que aún no llega; venció el perdón.

Y María estaba; estaba allí, unida al Hijo. Hoy podemos intuir que María somos nosotros cuando no huimos, somos nosotros cuando respondemos con nuestro “sí” a su “sí”. En los mártires de nuestro tiempo, en los testigos de la fe y de la justicia, de la mansedumbre y de la paz, ese “sí” sigue viviendo y sigue enfrentando a la muerte. De ese modo, este día de alegría es un día que nos compromete a decidir cómo y para quién vivimos.

La liturgia de esta fiesta de la Asunción nos ha propuesto el pasaje evangélico de la Visitación. San Lucas transmite en esta página la memoria de un momento crucial en la vocación de María. Es hermoso regresar a ese momento en el día en que celebramos la meta final de su existencia. Toda historia en la tierra, incluso la de la Madre de Dios, es breve y termina. Pero nada se pierde. De ese modo, cuando una vida concluye, brilla con mayor claridad la unidad de toda su existencia. El Magníficat, que el Evangelio pone en labios de la joven María, irradia ahora una luz que ilumina su historia. En este día, el del encuentro con su prima Isabel, se contiene el secreto de cualquier otro día, de cualquier otra época. Y las palabras no son suficientes; es necesario un canto, que la Iglesia sigue entonando cada día, al atardecer, «de generación en generación» (Lc 1,50). La sorprendente fecundidad de la estéril

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE LA
ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA. HOMILÍA DEL
SANTO PADRE LEÓN XIV
*Parroquia Pontificia de San Tomás de Villanueva (Castel
Gandolfo) Viernes, 15 de agosto de 2025*

El “sí” de María sigue vivo en los testigos de la paz

Isabel confirmó a María en su confianza; le anticipó la fecundidad de su “sí”, que se prolonga en la fecundidad de la Iglesia y de toda la humanidad, cuando la Palabra renovadora de Dios es acogida. Ese día dos mujeres se encontraron en la fe, después permanecieron tres meses juntas para ayudarse, no sólo en las cosas prácticas, sino en un nuevo modo de leer la historia.

De esa manera, hermanas y hermanos, la resurrección entra también en nuestro mundo. Las palabras y las decisiones de muerte parecen prevalecer, pero la vida de Dios trunca la desesperación por medio de experiencias concretas de fraternidad, por medio de nuevos gestos de solidaridad. La resurrección, antes incluso de ser nuestro destino último, modifica —en el alma y en el cuerpo— nuestro habitar en la tierra. El canto de María, su Magnificat, refuerza en la esperanza a los humildes, a los hambrientos, a los siervos diligentes de Dios. Son las mujeres y los hombres de las Bienaventuranzas, que ya ven lo invisible aun estando en la tribulación: los poderosos derribados de sus tronos, los ricos con las manos vacías, las promesas de Dios realizadas. Se trata de experiencias que todos, en cada comunidad cristiana, deberíamos poder decir que hemos vivido; que parecen imposibles, pero en ellas se sigue revelando la Palabra de Dios. Cuando nacen los vínculos con los que nos oponemos al mal con el bien, a la muerte con la vida, entonces vemos que con Dios no hay nada imposible (cf. Lc 1,37).

En algunas ocasiones, lamentablemente, allí donde predominan las seguridades humanas, un cierto bienestar material y esa relajación que adormece las conciencias, esta fe puede envejecer. Es entonces cuando nos invade la muerte, en formas de resignación y queja, de nostalgia e inseguridad. En lugar de ver que este viejo mundo se acaba, se sigue buscando auxilio en él; el auxilio de los ricos, de los poderosos, que generalmente se acompaña con el desprecio de los pobres y los humildes. Pero la Iglesia vive en sus miembros frágiles, rejuvenece gracias a su Magnificat. También hoy las comunidades cristianas pobres y perseguidas, los testigos de la ternura y

del perdón en los lugares de conflicto, los operadores de paz y los constructores de puentes en un mundo hecho pedazos son la alegría de la Iglesia, son su permanente fecundidad, las primicias del Reino que viene. Muchos de ellos son mujeres, como la anciana Isabel y la joven María; mujeres pascuales, apóstoles de la resurrección. ¡Dejémoslos convertir por sus testimonios! Hermanos y hermanas, cuando “elegimos la vida” (cf. Dt 30,19) durante nuestra existencia, tenemos motivos para contemplar nuestro destino en María, asunta al cielo. Ella nos ha sido dada como el signo de que la resurrección de Jesús no fue un caso aislado, ni una excepción. Todos, en Cristo, podemos vencer a la muerte (cf. 1 Co 15,54). Ciertamente, es una obra de Dios, no nuestra. Con todo, María es ese entramado de gracia y libertad que nos impulsa a la confianza, a la valentía, al compromiso con la vida de un pueblo. «El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas» (Lc 1,49); que cada uno de nosotros pueda experimentar esta alegría y testimoniarla con un canto nuevo. ¡No tengamos miedo de elegir la vida! Con frecuencia puede parecer peligroso, imprudente. Cuántas voces están siempre ahí susurrándonos: “¿Quién te obliga a que lo hagas? ¡Déjalo! Piensa en tus propios intereses”. Estas son voces de muerte. Nosotros, en cambio, somos discípulos de Cristo. Es su amor el que nos impulsa, alma y cuerpo, en nuestro tiempo. Como individuos y como Iglesia ya no vivimos para nosotros mismos. Es precisamente esto —y sólo esto— lo que hace que se difunda y prevalezca la vida. Nuestra victoria sobre la muerte comienza desde ahora.

SANTA MISA. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN
XIV CATEDRAL DE SAN PANCRACIO (ALBANO)
XVI Domingo del Tiempo Ordinario, 20 de julio de
2025

Servicio y escucha para promover la cultura de paz

Queridos hermanos y hermanas:

Estoy muy contento de encontrarme hoy aquí, celebrando la Eucaristía dominical en esta hermosa catedral. Como saben, tenía que venir el 12 de mayo, pero el Espíritu Santo lo predispuso de otra forma. ¡Estoy verdaderamente feliz! Con esta fraternidad y alegría cristiana, saludo a todos los presentes, al obispo de la Diócesis, a las autoridades y a todos ustedes.

En la liturgia de este domingo, la primera lectura y el Evangelio nos hablan de hospitalidad, de servicio y de escucha (cf. Gn 18,1-10; Lc 10,38-42).

En el primer caso, Dios visita a Abraham en la persona de “tres hombres” que llegan a su tienda “a la hora más calurosa” (cf. Gn 18,1-2). Podemos imaginar la escena: el sol abrasador, la calma inmutable del desierto, el calor intenso y los tres desconocidos que buscan resguardo. Abraham, sentado “a la entrada de su carpa”, está en la posición del dueño de casa, y es muy hermoso ver cómo ejercita su papel: habiendo reconocido en los visitantes la presencia de Dios, se pone en pie, corre a su encuentro, se inclina hasta el suelo y les ruega que se detengan. Así se anima toda la escena. La inmovilidad de la tarde se llena de gestos de amor que involucran no sólo al Patriarca, sino también a Sara, su mujer, y a los siervos. Abraham ya no está sentado, sino «de pie al lado de ellos, debajo del árbol» (Gn 18,8), y allí Dios le comunica la noticia más hermosa que podría esperar: “Sara, tu mujer, tendrá un hijo” (cf. Gn 18,9-10).

La dinámica de este encuentro puede hacernos reflexionar: Dios elige la vía de la hospitalidad para encontrarse con Sara y Abraham y darles el anuncio de la fecundidad, que tanto habían deseado y que ya habían dejado de esperar. Después de tantos momentos de gracia en los que los había visitado, vuelve a llamar a su puerta, pidiéndoles acogida y confianza. Y los dos ancianos esposos responden positivamente, sin saber aún qué iba a suceder. Reconocen en los visitantes misteriosos su bendición, su misma presencia. Les ofrecen lo que tienen: la comida, la compañía, el servicio, la sombra de un árbol; y reciben la promesa de una vida nueva y de una descen-

dencia.

Aunque en circunstancias diferentes, también el Evangelio nos habla del mismo modo de obrar de Dios. También aquí, en efecto, Jesús se presenta como huésped en la casa de Marta y María. No es un desconocido; está en casa de amigos y el clima es de fiesta. Una de las hermanas lo acoge con infinidad de atenciones, mientras la otra lo escucha sentada a sus pies, con la típica actitud del discípulo hacia el maestro. Como sabemos, ante las quejas de la primera, que quisiera recibir un poco de ayuda en las tareas domésticas, Jesús le responde invitándola a apreciar el valor de la escucha (cf. Lc 10,41-42).

Pero sería erróneo ver estas dos actitudes como opuestas, así como hacer comparaciones de méritos entre las dos mujeres. El servicio y la escucha, de hecho, son dos dimensiones gemelas de la acogida.

En primer lugar, en nuestra relación con Dios. Si bien es importante que vivamos nuestra fe en las acciones concretas y en la fidelidad a nuestros deberes, según el estado y la vocación de cada uno, también es fundamental que lo hagamos partiendo de la meditación de la Palabra de Dios y de la atención a lo que el Espíritu sugiere a nuestro corazón, reservando, para tal fin, momentos de silencio, momentos de oración, tiempos en los que, acallando ruidos y distracciones, nos pongamos ante Él y logremos unidad en nuestro interior. Esta es una dimensión de la vida cristiana que hoy necesitamos recuperar particularmente, tanto como valor personal y comunitario, que como signo profético para nuestros tiempos: dar espacio al silencio, a la escucha del Padre que habla y «ve en lo secreto» (Mt 6,6). Para ello, los días de verano pueden ser un momento providencial para experimentar qué hermosa e importante es la intimidad con Dios, y cuánto puede ayudarnos también a ser más abiertos, más acogedores los unos con los otros.

Son días en los que tenemos más tiempo libre, tanto para el recogimiento y la meditación, como para el encuentro con los demás, los viajes y las visitas. Aprovechemos todo eso para disfrutar —saliendo del torbellino de compromisos y preo-

cupaciones— de algún momento de tranquilidad y recogimiento, como también para compartir, yendo a algún lugar, la alegría de vernos —como lo es para mí estar hoy aquí—. Propiciemos las ocasiones para cuidarnos unos a otros, para intercambiar experiencias e ideas, para ofrecernos comprensión y consejos mutuamente; esto nos hace sentirnos amados, y todos lo necesitamos. Hagámoslo con valentía. De este modo, siendo solidarios y compartiendo la fe y la vida, promoveremos una cultura de paz, ayudando también a quienes nos rodean a superar rupturas y hostilidades, y a construir comunión entre las personas, entre los pueblos y entre las religiones.

El Papa Francisco decía que «si queremos disfrutar de la vida con alegría, debemos aunar estas dos actitudes: por un lado, el “estar a los pies” de Jesús, para escucharlo mientras nos revela el secreto de cada cosa; por otro, ser diligentes y estar listos para la hospitalidad, cuando Él pasa y llama a nuestra puerta, con el rostro de un amigo que necesita un momento de descanso y fraternidad» (Ángelus, 21 julio 2019). Por cierto, decía estas palabras poco antes de que empezara la pandemia, y cuánto nos ha enseñado, en este sentido, esa larga y dura experiencia, que aún recordamos.

Ciertamente, todo esto cuesta esfuerzo. Ni el servicio ni la escucha son siempre fáciles; requieren tenacidad y capacidad de renuncia. Cuesta esfuerzo, por ejemplo, en la escucha y en el servicio, la fidelidad y el amor con los que un padre y una madre llevan adelante a su familia; como también cuesta esfuerzo el tesón con el que los hijos, en casa y en la escuela, corresponden a sus sacrificios; cuesta esfuerzo comprenderse cuando se tienen opiniones diferentes, perdonarse cuando uno se equivoca, ayudarse cuando uno está enfermo, sostenerse cuando uno está triste. Pero es sólo así, con estos esfuerzos, como es posible construir algo bueno en la vida; sólo así pueden nacer y crecer entre las personas relaciones auténticas y fuertes, y, desde abajo, desde la cotidianidad, puede crecer, difundirse y experimentarse el Reino de Dios (cf. Lc 7,18-22).

San Agustín, en uno de sus discursos, reflexio-

nando sobre el episodio de Marta y María, comentaba: «en estas dos mujeres están figuradas dos vidas, la presente y la futura; una laboriosa y otra descansada; una calamitosa y otra dichosa; una temporal y otra eterna» (Sermón 104, 4). Y pensando en el trabajo de Marta Agustín decía: «¿Quién está libre del servicio de socorrer a otros? ¿Quién respira libre de estos cuidados? Hagámoslo santamente, hagámoslo con caridad [...]. Pasará la fatiga y llegará el descanso; pero al descanso no se llega sino a través de la fatiga. Pasa la nave y llega a la patria, pero a la patria no se llega si no es con la nave» (ibíd., 6-7).

Abraham, Marta y María hoy nos recuerdan precisamente esto: que la escucha y el servicio son dos actitudes complementarias que nos ayudan, en nuestra vida, a estar abiertos a la presencia providente del Señor. Su ejemplo nos invita a conciliar, en nuestras jornadas, contemplación y acción, descanso y fatiga, silencio y laboriosidad, con sabiduría y equilibrio, teniendo siempre como medida la caridad de Jesús, como luz su Palabra y como fuente de fortaleza su gracia, que nos sostiene más allá de nuestras posibilidades (cf. Flp 4,13).

Palabras pronunciadas por el Santo Padre León XIV al término de la Santa Misa en la Catedral de Albano, antes de la bendición, mientras entrega una casulla como regalo a Su Excelencia Reverendísima Monseñor Vincenzo Viva, Obispo de la Diócesis.

Excelencia, le presentamos este regalo, expresión de nuestra cercanía a su Iglesia Diocesana, con el deseo de que la bendición del Señor le acompañe siempre. Gracias por su servicio y gracias a su pueblo.

AUDIENCIAS

AUDIENCIA GENERAL

Aula Pablo VI Miércoles, 27 de agosto de 2025

“En Tierra Santa, pongamos fin al terror, a la destrucción y a la muerte”

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. III. La Pascua de Jesús. 4. La entrega. «¿A quién buscan?» (Jn 18,4)

¡Viva Brescia! ¡Buenos días a todos! ¡Buenos días! ¡Buenos días! Tengan un poco de paciencia, celebramos la audiencia dentro, podrán seguir todo en la pantalla y, después de la audiencia, como también voy a la basílica, pasaré por aquí, y así también ustedes, los que están al fondo, nos saludaremos un poco... ¡Gracias por estar aquí! ¡Buenos días! ¡Gracias!

Queridos hermanos y hermanas,

Hoy nos detenemos en una escena que marca el inicio de la pasión de Jesús: el momento de su detención en el huerto de los Olivos. El evangelista Juan, con su habitual profundidad, no nos presenta a un Jesús asustado, que huye o se esconde. Al contrario, nos muestra a un hombre libre, que se adelanta y toma la palabra, afrontando con valentía la hora en la que puede manifestarse la luz del amor más grande.

«Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, se adelantó y les dijo: “¿A quién buscan?”» (Jn 18,4). Jesús lo sabe. Sin embargo, decide no retroceder. Se entrega. No por debilidad, sino por amor. Un amor tan pleno, tan maduro, que no teme el rechazo. Jesús no es capturado: se deja capturar. No es víctima de un arresto, sino autor de un don. En este gesto se encarna una esperanza de salvación para nuestra humanidad: saber que, incluso en la hora más oscura, se puede seguir siendo libre para amar hasta el final.

Cuando Jesús responde «Soy yo», los soldados caen al suelo. Se trata de un pasaje misterioso, ya que esta expresión, en la revelación bíblica, evoca el nombre mismo de Dios: «Yo soy». Jesús revela que la presencia de Dios se manifiesta precisamente allí donde la humanidad experimenta la injusticia, el miedo y la soledad. Precisamente allí, la luz verdadera está dispuesta a brillar sin temor a ser abrumada por el avance de las tinieblas.

En plena noche, cuando todo parece derrumbarse, Jesús muestra que la esperanza cristiana no es evasión, sino decisión. Esta actitud es fruto de una profunda oración en la que no se pide a

Dios que nos libre del sufrimiento, sino que nos dé la fuerza para perseverar en el amor, conscientes de que la vida ofrecida libremente por amor nadie nos la puede quitar.

«Si me buscan a mí, dejen que estos se vayan» (Jn 18,8). En el momento de su detención, Jesús no se preocupa por salvarse a sí mismo: solo desea que sus amigos puedan irse libres. Esto demuestra que su sacrificio es un verdadero acto de amor. Jesús se deja capturar y encarcelar por los guardias solo para poder dejar en libertad a sus discípulos.

Jesús vivió cada día de su vida como preparación para este momento dramático y sublime. Por eso, cuando llega, tiene la fuerza de no buscar una vía de escape. Su corazón sabe bien que perder la vida por amor no es un fracaso, sino que posee una misteriosa fecundidad. Como el grano de trigo que, al caer en tierra, no permanece solo, sino que muere y da fruto.

También Jesús se siente turbado ante un camino que parece conducir solo a la muerte y al fin. Pero está igualmente convencido de que solo una vida perdida por amor, al final, se reencuentra. En esto consiste la verdadera esperanza: no en tratar de evitar el dolor, sino en creer que, incluso en el corazón de los sufrimientos más injustos, se esconde la semilla de una nueva vida.

¿Y nosotros? Cuántas veces defendemos nuestra vida, nuestros proyectos, nuestras seguridades, sin darnos cuenta de que, al hacerlo, nos quedamos solos. La lógica del Evangelio es diferente: solo lo que se da florece, solo el amor que se vuelve gratuito puede devolver la confianza incluso allí donde todo parece perdido.

El Evangelio de Marcos también nos habla de un joven que, cuando Jesús es arrestado, huye desnudo (Mc 14,51). Es una imagen enigmática, pero profundamente evocadora. También nosotros, en nuestro intento de seguir a Jesús, vivimos momentos en los que nos vemos sorprendidos y quedamos despojados de nuestras certezas. Son los momentos más difíciles, en los que nos sentimos tentados de abandonar el camino del Evangelio porque el amor nos parece un viaje imposible. Sin embargo, será precisamente un jo-

ven, al final del Evangelio, quien anunciará la resurrección a las mujeres, ya no desnudo, sino vestido con una túnica blanca.

Esta es la esperanza de nuestra fe: nuestros pecados y nuestras vacilaciones no impiden que Dios nos perdone y nos devuelva el deseo de retomar nuestro seguimiento, para hacernos capaces de dar la vida por los demás.

Queridos hermanos y hermanas, aprendamos también nosotros a entregarnos a la buena voluntad del Padre, dejando que nuestra vida sea una respuesta al bien recibido. En la vida no es necesario tenerlo todo bajo control. Basta con elegir cada día amar con libertad. Esta es la verdadera esperanza: saber que, incluso en la oscuridad de la prueba, el amor de Dios nos sostiene y hace madurar en nosotros el fruto de la vida eterna.

Llamamiento

El viernes pasado acompañamos con la oración y el ayuno a nuestros hermanos y hermanas que sufren a causa de las guerras. Hoy vuelvo a hacer un fuerte llamamiento tanto a las partes implicadas como a la comunidad internacional para que pongan fin al conflicto en Tierra Santa, que ha causado tanto terror, destrucción y muerte.

Ruego que se libere a todos los rehenes, se alcance un alto el fuego permanente, se facilite la entrada segura de la ayuda humanitaria y se respete íntegramente el derecho humanitario, en particular la obligación de proteger a los civiles y la prohibición del castigo colectivo, del uso indiscriminado de la fuerza y del desplazamiento forzoso de la población. Me uno a la declaración conjunta de los patriarcas greco-ortodoxo y latino de Jerusalén, que ayer pidieron que se pusiera fin a esta espiral de violencia, que se pusiera fin a la guerra y que se diera prioridad al bien común de las personas.

Imploramos a María, Reina de la Paz, fuente de consuelo y esperanza. Que su intercesión obtenga la reconciliación y la paz en esa tierra tan querida por todos.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Hoy celebramos la fiesta litúrgica de santa Mónica y mañana la de su hijo, san Agus-

tín. Pidamos al Señor, por la intercesión de estos queridos santos, que sepamos –siguiendo la lógica del Evangelio– amar y dar la vida de manera libre y gratuita, como lo hizo Cristo, nuestra esperanza. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

¡Buenos días de nuevo! ¡Gracias por vuestra paciencia! Muchas gracias a todos por vuestra paciencia y por estar aquí, lo cual es una señal muy bonita de nuestra unidad en la fe. Y todos queremos renovar nuestra fe. Hoy es la fiesta de Santa Mónica, mañana la de San Agustín, que nos ha llamado a todos a estar siempre unidos en Cristo, a vivir esta fe en nuestra peregrinación. bSaludos a ustedes de Brescia que están aquí hoy, y que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca siempre con ustedes. Amén. ¡Felicidades y gracias!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¡la paz esté con vosotros!

Supongo que habéis seguido toda la audiencia, os agradezco vuestra presencia y también vuestra paciencia. Es una señal, también esta es una señal de la presencia del espíritu de Dios que está con nosotros. Muchas veces en la vida nos gustaría recibir una respuesta inmediata, una solución inmediata, y por alguna razón Dios nos hace esperar, y hay mucho que aprender. Sin embargo, como Jesús mismo nos enseña, debemos tener esa confianza que solo viene porque sabemos que somos hijos e hijas de Dios, y que Dios siempre nos da la gracia. No siempre nos quita el dolor, no siempre nos quita el sufrimiento, pero nos dice que está cerca de nosotros. Dios está siempre con nosotros, y hay que renovar esta fe. Dios está siempre con nosotros, y por eso somos felices. Hermanas y hermanos, que Dios os bendiga a todos en este día, que camine con vosotros, con nosotros, como Iglesia, y nos ayude a ser siempre una familia, una comunión de fe que da testimonio en el mundo de la presencia del amor de Dios.

Damos ahora la bendición.

Ahora impartimos la bendición a todos vosotros, pidiendo al Señor que la gracia, el amor y la mi-

sericordia desciendan sobre cada uno de vosotros. (traducción del inglés)

AUDIENCIA GENERAL

Aula Pablo VI. Miércoles, 20 de agosto de 2025

El perdón es una esperanza concreta que precede al arrepentimiento

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. III. La Pascua de Jesús. 3. El perdón. «Los amó hasta el final» (Jn 13,2)

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy nos detenemos en uno de los gestos más conmovedores y luminosos del Evangelio: el momento en que Jesús, durante la última cena, ofrece el bocado a aquel que está a punto de traicionarlo. No es solo un gesto de compartir, es mucho más: es el último intento del amor por no rendirse.

San Juan, con su profunda sensibilidad espiritual, nos cuenta así ese instante: «Durante la cena, cuando el diablo ya había puesto en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de traicionarlo [...] Jesús, sabiendo que había llegado su hora [...] los amó hasta el final» (Jn 13,1-2). Amar hasta el final: esta es la clave para comprender el corazón de Cristo. Un amor que no se detiene ante el rechazo, la decepción, ni siquiera la ingratitud.

Jesús conoce la hora, pero no la sufre: la elige. Es Él quien reconoce el momento en que su amor tendrá que pasar por la herida más dolorosa, la de la traición. Y en lugar de retirarse, acusar, defenderse... sigue amando: lava los pies, moja el pan y lo ofrece.

«Es aquel al que daré el bocado que voy a mojar en el plato» (Jn 13,26). Con este gesto sencillo y humilde, Jesús lleva adelante y a fondo su amor. No porque ignore lo que está sucediendo, sino precisamente porque lo ve con claridad. Ha comprendido que la libertad del otro, incluso cuando se extravía en el mal, todavía puede alcanzarse

con la luz de un gesto manso. Porque sabe que el verdadero perdón no espera el arrepentimiento, sino que se ofrece primero, como un don gratuito, incluso antes de ser acogido.

Judas, por desgracia, no lo comprende. Después de dar el bocado —dice el Evangelio— «Satanás entró en él» (v. 27). Este pasaje nos impacta: es como si el mal, hasta ese momento oculto, se manifestara después de que el amor mostrara su rostro más desarmado. Y precisamente por eso, hermanos y hermanas, ese bocado es nuestra salvación: porque nos dice que Dios lo hace todo, absolutamente todo, para llegar a nosotros, incluso en el momento en que lo rechazamos.

Es aquí donde el perdón se revela en toda su potencia y manifiesta el rostro concreto de la esperanza. No es olvido, no es debilidad. Es la capacidad de dejar libre al otro, amándolo hasta el final. El amor de Jesús no niega la verdad del dolor, pero no permite que el mal sea la última palabra. Este es el misterio que Jesús realiza por nosotros, en el que también nosotros, a veces, estamos llamados a participar.

Cuántas relaciones se rompen, cuántas historias se complican, cuántas palabras no dichas quedan en el aire. Sin embargo, el Evangelio nos muestra que siempre hay una manera de seguir amando, incluso cuando todo parece irremediablemente comprometido. Perdonar no significa negar el mal, sino impedir que genere más mal. No es decir que no haya pasado nada, sino hacer todo lo posible para que no sea el rencor el que decida el futuro.

Cuando Judas sale de la habitación, «era de noche» (v. 30). Pero inmediatamente después, Jesús dice: «Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado» (v. 31). La noche sigue ahí, pero una luz ya ha comenzado a brillar. Y brilla porque Cristo permanece fiel hasta el final, y así su amor es más fuerte que el odio.

Queridos hermanos y hermanas, nosotros también vivimos noches dolorosas y agotadoras. Noches del alma, noches de decepción, noches en las que alguien nos ha herido o traicionado. En esos momentos, la tentación es cerrarnos, protegernos, devolver el golpe. Pero el Señor nos

muestra que hay esperanza, que siempre hay otro camino. Nos enseña que se puede ofrecer un bocado incluso a quien nos da la espalda. Que se puede responder con el silencio de la confianza. Y que se puede seguir adelante con dignidad, sin renunciar al amor.

Hoy pedimos la gracia de saber perdonar, incluso cuando no nos sentimos comprendidos, incluso cuando nos sentimos abandonados. Porque es precisamente en esos momentos cuando el amor puede alcanzar su cima. Como nos enseña Jesús, amar significa dejar al otro libre –incluso para traicionar– sin dejar nunca de creer que incluso esa libertad, herida y perdida, puede ser arrancada del engaño de las tinieblas y devuelta a la luz del bien.

Cuando la luz del perdón logra filtrarse entre las grietas más profundas del corazón, comprendemos que nunca es inútil. Aunque el otro no lo acoja, aunque parezca vano, el perdón libera a quien lo ofrece: disuelve el resentimiento, devuelve la paz, nos devuelve a nosotros mismos.

Jesús, con el sencillo gesto de ofrecer el pan, muestra que toda traición puede convertirse en una oportunidad de salvación, si se elige como espacio para un amor más grande. No cede ante el mal, sino que lo vence con el bien, impidiendo que apague lo que hay de más verdadero en nosotros: la capacidad de amar.

Llamamiento

El próximo viernes, 22 de agosto, celebraremos la memoria de la Santísima Virgen María Reina. María es Madre de los creyentes aquí en la tierra y también se la invoca como Reina de la Paz. Mientras nuestra tierra sigue herida por las guerras en Tierra Santa, en Ucrania y en muchas otras regiones del mundo, invito a todos los fieles a vivir la jornada del 22 de agosto en ayuno y oración, suplicando al Señor que nos conceda la paz y la justicia y que seque las lágrimas de los que sufren a causa de los continuos conflictos armados.

Que María, Reina de la Paz, interceda para que los pueblos encuentren el camino de la paz.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua

española. Saludo a las monjas benedictinas del Monasterio Nuestra Señora de la Expectación, de Cuenca. Pidamos al Señor la gracia de saber amar y perdonar a la medida de su Corazón. Que no cedamos al mal ni al resentimiento, sino que abramos nuestros corazones a la salvación que Él nos ofrece. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua italiana. Saludo en particular a las Familias religiosas presentes, a las que animo a testimoniar con ardor apostólico sus respectivos carismas para el bien de la Iglesia.

A continuación, saludo a los grupos parroquiales, exhortando a cada uno a responder con generosidad a la invitación del Señor a ser anunciantes gozosos del Evangelio de la salvación.

Por último, mi pensamiento se dirige a los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados. Hoy celebramos la fiesta de san Bernardo de Claraval, gran doctor de la Iglesia y gran cantor de la Virgen. Es un hombre que generó paz a su alrededor, mostrando cómo vivir el Evangelio. Que su ejemplo os guíe en vuestro camino cotidiano.

¡Mi bendición para todos!

Saludo improvisado a los fieles en el patio de Petriano

Buenos días a todos, buenos días, ¡gracias por vuestra paciencia! Que Dios os bendiga a todos, a vuestros seres queridos, familiares, niños, enfermos y ancianos. Que el Señor esté con vosotros. Que Dios Padre Todopoderoso os bendiga y os acompañe siempre.

Y que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros y permanezca siempre con vosotros. Amén. ¡Buenos días! Os deseo lo mejor.

Saludo pronunciado de manera improvisada a los fieles en la Basílica de San Pedro

¡Buenos días a todos! ¡Buenos días! ¡Good morning!

Han escuchado la meditación, la catequesis de esta mañana.

Todos han escuchado esta reflexión sobre un momento –se podría decir– casi «doloroso» en la vida de Jesús, en el que nos enseña a perdonar,

incluso antes de que el otro pida perdón. El perdón es una señal muy grande de amor, de amor auténtico, especialmente del amor de Dios por todos nosotros.

Pedimos perdón al Señor, aprendamos a perdonarnos unos a otros.

Aprendamos todos a perdonar, porque perdonarnos unos a otros es construir un puente de paz. Y debemos rezar por la paz, tan necesaria en nuestro mundo actual, la paz que solo Jesucristo puede darnos. Gracias por estar aquí esta mañana y gracias por vuestra paciencia. Pedimos la bendición del Señor para todos vosotros.

AUDIENCIA GENERAL

Aula Pablo VI. Miércoles, 13 de agosto de 2025

Paz para todos los pueblos en guerra

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. III. La Pascua de Jesús. 2. La traición. «¿Seré yo?» (Mc 14,19)

Queridos hermanos y hermanas:

Continuamos nuestro camino en la escuela del Evangelio, siguiendo los pasos de Jesús en los últimos días de su vida. Hoy nos detenemos en una escena íntima, dramática, pero también profundamente verdadera: el momento en el que durante la cena pascual Jesús revela que uno de los Doce está a punto de traicionarlo: «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo» (Mc 14,18).

Son palabras contundentes. Jesús no las pronuncia para condenar, sino para mostrar que el amor, cuando es verdadero, no puede prescindir de la verdad. La habitación del piso superior, donde poco antes se había preparado todo con atención, se llena de repente de un dolor silencioso, hecho de preguntas, de sospechas, de vulnerabilidad. Es un dolor que conocemos bien también nosotros, cuando en las relaciones más queridas se insinúa la sombra de la traición.

Sin embargo, el modo en el que Jesús habla de

lo que está a punto de suceder es sorprendente. No levanta la voz, no señala con el dedo, no pronuncia el nombre de Judas. Habla de tal modo que cada uno pueda cuestionarse a sí mismo. Y es precisamente eso lo que sucede: «Ellos comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno tras otro: ‘¿Seré yo?’» (Mc 14,19).

Queridos amigos, esta pregunta - “¿Seré yo?” - es quizá una de las preguntas más sinceras que podemos hacernos a nosotros mismos. No es la pregunta del inocente, sino la del discípulo que descubre su fragilidad. No es el grito del culpable, sino el susurro de quien, aunque queriendo amar, sabe que puede herir. Es en esta consciencia donde inicia el camino de la salvación.

Jesús no denuncia para humillar. Dice la verdad porque quiere salvar. Y para ser salvados hay que sentir: sentir que se está involucrado, sentir que se es amado a pesar de todo, sentir que el mal es real pero no tiene la última palabra. Solo quien ha conocido la verdad de un amor profundo puede aceptar también la herida de una traición. La reacción de los discípulos no es rabia, sino tristeza. No se indignan, se entristecen. Es un dolor que nace de la posibilidad real de ser involucrados. Y precisamente esta tristeza, si se acoge con sinceridad, se convierte en un lugar de conversión. El Evangelio no nos enseña a negar el mal, sino a reconocerlo como una ocasión dolorosa para renacer.

Jesús, después, añade una frase que nos inquieta y nos hace pensar: «El Hijo del hombre se va, como está escrito; pero, ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado!; ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!» (Mc 14,21). Son palabras duras, ciertamente, pero hay que entenderlas bien: no se trata de una maldición, es más bien un grito de dolor. En griego ese “ay de aquel” suena como un lamento, como un “ay”, una exclamación de compasión sincera y profunda.

Nosotros estamos acostumbrados a juzgar. Dios, en cambio, acepta sufrir. Cuando ve el mal, no se venga, sino que se entristece. Y aquel “más le valdría a ese hombre no haber nacido” no es una condena impuesta a priori, sino una verdad que

cada uno de nosotros puede reconocer: si renegamos del amor que nos ha engendrado, si traicionando nos volvemos infieles a nosotros mismos, entonces realmente perdemos el sentido de nuestra venida al mundo y nos autoexcluimos de la salvación.

Sin embargo, precisamente allí, en el punto más oscuro, la luz no se apaga. Es más, comienza a brillar. Porque si reconocemos nuestro límite, si nos dejamos tocar por el dolor de Cristo, entonces podemos finalmente nacer de nuevo. La fe no nos evita la posibilidad del pecado, sino que nos ofrece siempre una vía para salir: la de la misericordia. Jesús no se escandaliza frente a nuestra fragilidad. Sabe bien que ninguna amistad es inmune al riesgo de traición. Pero sigue fiándose. Sigue sentándose en la mesa con los suyos. No renuncia a partir el pan, incluso para quien lo traicionará. Esta es la fuerza silenciosa de Dios: no abandona nunca la mesa del amor, ni siquiera cuando sabe que lo dejarán solo.

Queridos hermanos y hermanas, también nosotros podemos preguntarnos hoy, con sinceridad: “¿Seré yo?”. No para sentirnos acusados, sino para abrir un espacio a la verdad en nuestro corazón. La salvación comienza aquí: en la conciencia de que podremos ser nosotros los que rompamos la confianza en Dios, pero que podemos ser también nosotros los que la recojamos, la custodiamos y la renovemos.

En el fondo, esta es la esperanza: saber que, aunque podamos fallar, Dios nunca nos falla. Aunque podamos traicionar, Él nunca deja de amarnos. Y si nos dejamos alcanzar por este amor –humilde, herido, pero siempre fiel– entonces podemos de verdad renacer. Y empezar a vivir ya no como traidores, sino como hijos siempre amados.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor Jesús un corazón humilde y abierto a su gracia para que, como hacemos en la Eucaristía, esté dispuesto a reconocer las faltas, a pedir perdón y a empezar de nuevo cada día, con la certeza de sabernos infinitamente amados por Él. Que Dios los bendiga. Mu-

chas gracias.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 6 de agosto de 2025

La gratitud y el perdón preparan los lugares donde habita Dios

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. III. La Pascua de Jesús. 1. La preparación de la cena. «Prepárennos allí lo necesario» (Mc 14,15)

Queridos hermanos y hermanas, seguimos nuestro camino jubilar al descubrimiento del rostro de Cristo, en el que nuestra esperanza toma forma y consistencia. Hoy comenzamos a reflexionar sobre el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Iniciemos meditando una palabra que parece sencilla, pero que custodia un secreto precioso de la vida cristiana: preparar.

En el Evangelio de Marcos se cuenta que «el primer día de la fiesta de los panes Acimos, cuando se inmolaba la víctima pascual, los discípulos dijeron a Jesús: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la comida pascual?»». (Mc 14,12). Es una pregunta práctica, pero también cargada de expectación. Los discípulos intuyen que algo importante está a punto de suceder, pero no conocen los detalles. La respuesta de Jesús parece casi un enigma: «Vayan a la ciudad; allí se encontrarán con un hombre que lleva un cántaro de agua.» (v. 13). Los detalles se vuelven simbólicos: un hombre que lleva un cántaro –gesto habitualmente femenino en aquella época–, una sala en el piso superior ya preparada, un dueño de la casa desconocido. Es como si todas las cosas hubieran sido preparadas de antemano. De hecho, así es. En este episodio, el Evangelio nos revela que el amor no es fruto del azar, sino de una elección consciente. No se trata de una simple reacción, sino de una decisión que requiere preparación. Jesús no afronta su pasión por fatalidad, sino por fidelidad a un camino acogido y recorrido con libertad y cuidado. Esto es lo que

nos consuela: saber que el don de su vida nace de una intención profunda, no de un impulso repentino.

Esa «sala en el piso superior ya preparada» nos dice que Dios siempre nos precede. Incluso antes de que nos demos cuenta de que necesitamos acogida, el Señor ya ha preparado para nosotros un espacio donde reconocernos y sentirnos sus amigos. Este lugar es, en el fondo, nuestro corazón: una “sala” que puede parecer vacía, pero que solo espera ser reconocida, llenada y custodiada. La Pascua, que los discípulos deben preparar, está en realidad ya preparada en el corazón de Jesús. Es Él quien lo ha pensado todo, dispuesto todo, decidido todo. Sin embargo, pide a sus amigos que hagan su parte. Esto nos enseña algo esencial para nuestra vida espiritual: la gracia no elimina nuestra libertad, sino que la despierta. El don de Dios no anula nuestra responsabilidad, sino que la hace fecunda.

Hoy, como entonces, hay una cena que preparar. No se trata solo de la liturgia, sino de nuestra disponibilidad a entrar en un gesto que nos supera. La Eucaristía no se celebra solo en el altar, sino también en la vida cotidiana, donde es posible vivir todo como ofrenda y acción de gracias. Prepararse para celebrar esta acción de gracias no significa hacer más, sino dejar espacio. Significa quitar lo que estorba, rebajar las pretensiones, dejar de cultivar expectativas irreales. Con demasiada frecuencia, de hecho, confundimos los preparativos con las ilusiones. Las ilusiones nos distraen, los preparativos nos orientan. Las ilusiones buscan un resultado, los preparativos hacen posible un encuentro. El amor verdadero —nos recuerda el Evangelio— se da incluso antes de ser correspondido. Es un don anticipado. No se basa en lo que recibe, sino en lo que desea ofrecer. Es lo que Jesús vivió con los suyos: mientras ellos aún no entendían, mientras uno estaba a punto de traicionarlo y otro de renegar de él, Él preparaba una cena de comunión para todos. Queridos hermanos y hermanas, también nosotros estamos invitados a «preparar la Pascua» del Señor. No solo la litúrgica, sino también la de nuestra vida. Cada gesto de disponi-

bilidad, cada acto gratuito, cada perdón ofrecido por adelantado, cada esfuerzo aceptado con paciencia es una forma de preparar un lugar donde Dios puede habitar. Podemos entonces preguntarnos: ¿qué espacios de mi vida necesito reordenar para que estén listos para acoger al Señor? ¿Qué significa para mí hoy «preparar»? Quizás renunciar a una pretensión, dejar de esperar que el otro cambie, dar el primer paso. Quizás escuchar más, obrar menos o aprender a confiar en lo que ya está dispuesto. Si acogemos la invitación a preparar el lugar de la comunión con Dios y entre nosotros, descubrimos que estamos rodeados de signos, encuentros, palabras que nos orientan hacia esa sala, espaciosa y ya preparada, en la que se celebra incesantemente el misterio de un amor infinito, que nos sostiene y siempre nos precede. Que el Señor nos conceda ser humildes preparadores de su presencia. Y, en esta disponibilidad cotidiana, crezca también en nosotros esa confianza serena que nos permite afrontar todo con el corazón libre. Porque donde se ha preparado el amor, la vida puede realmente florecer. Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a Jesús, el Pan vivo bajado del cielo, que nos conceda saber preparar con humildad y vivir con buena disposición la celebración de la Santa Misa, así como hacer de toda nuestra vida una continua Eucaristía. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Llamamiento

Hoy se cumple el 80.º aniversario del bombardeo atómico de la ciudad japonesa de Hiroshima, y dentro de tres días recordaremos el de Nagasaki. Deseo asegurar mis oraciones por todos aquellos que sufrieron sus efectos físicos, psicológicos y sociales. A pesar del paso de los años, aquellos trágicos acontecimientos constituyen una advertencia universal contra la devastación causada por las guerras y, en particular, por las armas nucleares. Espero que en el mundo contemporáneo, marcado por fuertes tensiones y conflictos sangrientos, la seguridad ilusoria basada en la amenaza de la destrucción mutua dé paso a los instrumentos de la justicia, a la práctica del diálogo y a la confianza en la fraternidad.

